BAKUNIN. CRÍTICA Y ACCIÓN

Frank Mintz

(Compilador)

BAKUNIN. CRÍTICA Y ACCIÓN



Mintz, Frank
Bakunin. Crítica y acción - 1a. ed.
Buenos Aires: Libros de Anarres, 2006.
128 p.; 20x12,5 cm. (Utopía Libertaria)

ISBN 987-22440-2-2

1. Anarquismo. I. Título
CDD 320.57

Corrientes 4790
Buenos Aires / Argentina
Tel: 4857-1248

ISBN-10: 987-22440-2-2
ISBN-13: 978-987-22440-2-6

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina / Printed in Argentina

Prólogo

Hace ya muchos años que un chiste circula en distintas versiones ligeramente modificadas:

Muere Bakunin y llega al infierno; allí, por supuesto, es recibido por el demonio en persona quien lo condecora por su inmensa labor atea y anticlerical. Luego es enviado a un sector de privilegios, libre de torturas y malos tratos. A los pocos días una insurrección violenta se desata en ese sector la cual, al ser aplastada por las huestes infernales, se descubre fue impulsada por el viejo Bakunin.

Como castigo es trasladado a un sector normal en donde se producen toda clase de tormentos. A los pocos días, en una recorrida de inspección, el demonio descubre que los castigos ya no se producen: el sector está en huelga en solidaridad con los trabajadores expulsados del primer sector.

Así es que Bakunin es trasladado al pozo más profundo del averno en donde las condiciones de calor extremo y tormento permanente –confía el diablo– lo tendrán entretenido. Con el correr de los días una inmensa columna de demonios de toda laya asciende desde el fondo del averno con banderas rojinegras y cánticos espeluznantes.

Reclaman: jornada laboral de 8 horas, vacaciones pagas, equiparación de los sueldos y comodidades con el primer sector.

Vencido el demonio resuelve enviar a Bakunin al cielo, mataría dos pájaros de un tiro: volvería a tener control absoluto del averno y le generaría a Dios un caos en el paraíso.

Ansioso por reír ante Dios, a los quince días asciende el demonio y se presenta a las puertas del paraíso, allí se encuentra un inmenso cartel que dice: “Paraíso colectivizado”; debajo de él, se encuentra San Pedro con un birrete rojinegro y un fusil al hombro.

Al verlo el demonio se le acerca y le pregunta: –¿Qué tal, San Pedro, cómo van las cosas por acá?

San Pedro responde: –Todo tranquilo.

Nuevamente el demonio: –¿No ha venido por aquí un tal Mijail Bakunin?

San Pedro: –Sí así es, está adentro, ¿por qué?

Demonio: –Sólo quería saber si Dios había tenido con él algún problema.

San Pedro toma de los hombros al demonio y le dice: –¡Me extraña compañero, sí todo el mundo sabe que Dios no existe!

El ingenio popular difícilmente pueda ser superado a la hora de describir los rasgos más sobresalientes de una institución, un acontecimiento o un individuo.

Bakunin, lo sabemos, fue un promotor, impulsor y agitador inagotable. Bakunin fue un revolucionario sin igual. Muchos han querido ver en ello sólo disposiciones especiales o rasgos de genialidad innata. Lo cierto es que Bakunin fue un hombre animado de una profunda convicción, su fuerza; la llama inmortal que portaba residía en su condición libremente asumida: la de militante.

Mijail Bakunin nació y creció teniendo posibilidades de gozar de una vida de privilegios y los rechazó por una convicción a la que llegó por vía del conocimiento y la razón.

Hoy que tanto descrédito y embates ha sufrido la noción de "razón" –el "espíritu" en tiempos de Bakunin–, el ejemplo de su vida nos pone en guardia. Hay quienes, escudados en un supuesto "nihilismo" vinculado sólo tangencialmente con el anarquismo, pretenden, en lugar de razonar sobre lo irracional para tenerlo en cuenta como algo indisociable de la experiencia humana, actuar emotivamente lo que deviene por carencias comunicativas, en un individualismo egoísta.

Bakunin fue claro y terminante respecto de la necesidad del socialismo y la revolución. No hay equívocos posibles. Él planteó que libertad e igualdad son indisociables y que ellas son imposibles de lograr existiendo la explotación. Pues la explotación es el medio por el cual aquellos que construyen todo lo existente no poseen nada más que la miseria. Por ello Bakunin luchó con los trabajadores, para que se sacudan el yugo de la explotación. Pero, teniendo en cuenta que la dirección política tiende a restablecer situaciones de privilegio, no se cansó jamás de pregonar aquel punto del programa de la Primera Internacional que rezaba: "La emancipación de los trabajadores debe

ser obra de los trabajadores mismos". El dominio y la explotación son dos caras de la misma moneda.

Bakunin produjo un corte con el socialismo utópico que le precediera e incluso con Proudhon, de quien tomó algunas ideas importantes. Ya no habría programas para un futuro de la sociedad toda, sino planes para la emancipación de los oprimidos.

Bakunin identificó a la clase trabajadora como el objeto privilegiado de su lucha. Su planteo de realizar una doble tarea pretendía influir con ideas y prácticas anarquistas a organizaciones de masas que no debían presentarse directamente como organizaciones específicas si se quería conservar la unión y la masividad necesaria para dar batalla. Por supuesto que las organizaciones que sindicalizaban a los trabajadores debían lograr que éstos desarrollaran una firme conciencia de sus derechos a través de las luchas huelguísticas y la acción directa.

Bakunin predicó ese hallazgo teórico del que los marxistas se vanaglorian: el determinismo de la estructura. Él diría que no son los hombres los que hacen la posición (social), sino la posición (social) la que hace a los hombres. El socialismo vendría a destruir esas posiciones sociales y no a los hombres. Por ello recomendaba a los militantes cortar con todos los lazos que los unieran a la burguesía. Un militante debía ser uno más en las masas trabajadoras.

Bakunin fue también aquel que identificó un mal central de la civilización y lo combatió bajo todas sus formas: el principio de autoridad. Él lo vio en Dios y en el Estado que llegó para reemplazarlo y, de haber vivido hoy, seguramente lo señalaría en las corporaciones que, lentamente, socavan el poder de los Estados, para, en ciertas ocasiones, reemplazarlos en un control aún más férreo y una explotación más sanguinaria.

Bakunin hizo todo esto y mucho más en el plano teórico sin abandonar ni por un instante su militancia revolucionaria. Esto ha sido dicho cientos de veces, pero bien vale repetirlo, ya que previene la enfermedad burguesa de separar el pensamiento de la acción.

No vale la pena detenernos aquí en las peripecias de su vida, ya que entre los textos que el compañero Frank Mintz presenta aquí se encuentra un breve esbozo biográfico.

El texto central de este libro fue elaborado por Gregori Maximov con el fin de intentar presentar de manera más o menos coherente las ideas y planteamientos de este incansable revolucionario; si lo logra o no lo juzgará el lector.

También encontramos algunos breves textos críticos de Mintz y, seguida de ellos, una selección de artículos hasta ahora inéditos en idioma español escritos por Bakunin en 1869, que el lector sabrá apreciar en todo su valor.

Creemos que estos textos serán de interés para el público en general, pero aún más lo serán como herramienta para aquellos que día a día luchan, desde sus diversos puestos y formas de lucha social, por terminar con este sistema de horror y muerte para alcanzar la utopía.

Red Libertaria Argentina
red-libertaria@lycos.com
Buenos Aires, enero de 2006

Introducción

Aparentemente todos los textos de Bakunin son perfectamente accesibles: existe un CD-Rom que recoge todos sus escritos y su correspondencia en diferentes idiomas (unos 690 euros) y también los ocho tomos de las obras de la editorial Champ Libre (a unos 30 euros el tomo), sin contar con las numerosas ediciones de sus distintos libros y folletos. El problema es que, como lo muestra el artículo de Kropotkin que transcribimos más adelante (ver pp. 112 a 116 de esta edición), los textos de Bakunin están casi siempre inacabados; son apresurados y descabellados (las cartas se convierten en artículos, los libros se ramifican en decenas de digresiones de todo tipo) porque para él, sin que por eso reprimiera su sensibilidad, la acción contaba diez veces más.

A Bakunin se lo debe abordar, por lo tanto, a partir de selecciones concisas y precisas. Algunas presentan cualidades indudables (Leval: *La pensée constructive de Bakounine,* Spartacus, 1976 y Lesourd: *Théorie générale de la révolution,* Nuit Rojo, 2001). A mi parecer, fluctúan entre cercenar los textos originales o no citar lo suficiente. Otros autores caen en el error de insistir tanto en la vida de Bakunin, muy seductora y novelesca, que hasta llegan a olvidarse de su pensamiento. Kamensky logra expresar el ser y las ideas –toda la envergadura de este individuo excepcional– pero en detrimento de numerosas páginas indispensables para comprender y asimilar la teoría de Bakunin.

Uno de los mejores conocedores de Bakunin, Gueorgui Maximov, el anarcosindicalista ruso emigrado a los EE. UU., publicó en inglés una de las mejores antologías de su compatriota (que Lesourd adaptó brillantemente en francés, como lo hizo, en español, Proyección de Buenos Aires). Gueorgui Maximov preparó, también, en 1934 (visiblemente esperando disturbios en el mundo tras la crisis de 1929) un folleto en ruso destinado al traslado clandestino a la URSS (de ahí su formato reducido: 11/18). Maximov imagina preguntas y críticas, respondidas con citas de Bakunin, admirablemente bien elegidas gracias a años de lectura y de trabajo. ¿Qué efecto tuvo este

folleto? No tengo informaciones, pero el compañero Skirda (ante quien hay que sacarse el sombrero por sus obras en francés y en ruso sobre el anarquismo antes y después de la revolución soviética) lo encontró bastante eficaz como para reeditarlo para mandarlo a la URSS en los años 70.

Dicho trabajo me parece excelente. El pensamiento de Bakunin está muy bien expuesto, con más flexibilidad que en una antología y con menos digresiones que en sus propios textos. La atmósfera de la época explica la importancia dada a la guerra civil, la responsabilidad colectiva de algunas clases sociales, la utilización del terror y las dificultades para controlarlo. En muchos aspectos, el siglo XXI y la globalización perpetúan estas lacras. Uno de los motores de las exportaciones de los países industrializados se apuntala en la industria militar, que invade la investigación científica. La reacción a la miseria en el Tercer Mundo está contenida por centenas de millares de asesinos en varios países, colonias del primer mundo, por ejércitos entrenados y formados por asesores provenientes de países del G8. Los media están controlados en un 99 % por capitales de empresas que trabajan para la guerra. Afirmarlo es políticamente incorrecto.

A fin de reforzar el impacto del trabajo de Gueorgui Maximov, se ha agregado una breve biografía de Bakunin, algunos textos suplementarios y una presentación del pensamiento y de la vida del compilador. La interpretación central es el reconocimiento de la triple herencia de Bakunin:

- el rechazo, en nombre de la revolución social emancipadora de la explotación de las clases dirigentes, cualquiera sea su forma, del capitalismo, con o sin religión, con o sin marxismo en el poder;
- la defensa de un anarquismo social indiscutiblemente unido al sindicalismo de acción directa que nace con la AIT –Asociación Internacional de los Trabajadores– en 1864;
- el buscar el autoritarismo para rechazarlo, bajo las diferentes manifestaciones del poder, incluso provisorio, entre los militantes libertarios.

Estos tres pilares explican el vigor de la puesta en aplicación de los conceptos antiautoritarios en los planos del sindicalismo y de la reconstrucción de la sociedad: en Rusia desde 1905, y en

particular en Ucrania de 1917 a 1922 (bajo el nombre de anarcocomunismo) y en España de 1936 a 1939 (con el anarcosindicalismo). La persistencia actual de la práctica y de las ideas libertarias entre los trabajadores en Francia y en Suecia, Rusia, España, Argentina, etc., sólo se explican por la eficacia de estos principios.

Frank Mintz (diciembre de 2005)

Biografía

Las peripecias de la vida de Bakunin son tan curiosas que sus biografías, incluso algunas con más de 400 páginas (Grawitz), tienden a destacar tanto los detalles que su mensaje queda prácticamente ausente.

La profunda diferencia entre la vida de Bakunin y la de los distintos representantes del pensamiento socialista de cualquier tendencia se debe, según mi opinión, a tres aspectos:

Primero, su participación en insurrecciones armadas (en Dresde[1], Lyon y Boloña). Luego, los años que pasó en prisión (casi nueve años: una condena a muerte en Prusia conmutada en cadena perpetua, su expulsión hacia Austria, y un año y medio en calabozo, su extradición a Rusia y seis años de prisión –donde el escorbuto hizo que perdiera los dientes– y, tras la intervención de sus familiares en el entorno del zar, los tres años de internación en Siberia, desde donde se fugó). Por último, es evidente la profundidad de sus análisis teóricos.

Estos rasgos (excepto el análisis teórico) precedían a su compromiso como anarquista, pero ya tenía esta visión libertaria: "*la pasión de la destrucción es una pasión creadora*[2]".

Los historiadores soviéticos, si bien condenaban a Bakunin como anarquista, nos dejaron útiles descripciones:

"*Bakunin fue, sin duda alguna, el primer socialista en el mundo, hasta entre los no rusos, en plantear correctamente con toda su importancia la cuestión nacional y en este sentido es un predecesor de Lenin*[3]".

"*Bakunin fue el primer revolucionario profesional en la historia de Rusia, dedicó treinta y cuatro años de su vida a la actividad revolucionaria y recorrió Europa entera en nombre del triunfo de 'la causa del pueblo', según la concepción singular que de ella tenía. Ya desde los años 40 del siglo XIX propone a los pueblos eslavos participar en el combate contra la explotación extranjera, cuyos responsables eran los emperadores ruso y austríaco, el rey de Prusia y el sultán turco. Merece los honores en la historia de la emancipación de los pueblos eslavos. Un lugar importante de su programa consistía en reunir la libera-*

ción nacional de los pueblos eslavos con la cuestión social, con el fin de poder alejarlos de manera bastante clara de los nacionalistas burgueses eslavos. […] Bakunin tuvo un rol importante en el pensamiento social de la Rusia del período previo a las reformas zaristas. Formuló el programa de los populistas revolucionarios en su variante insurreccional y representó durante mucho tiempo el estandarte de la juventud revolucionaria (con Chernichevsky y Lavrov)[4].”

El detalle olvidado por los historiadores soviéticos es éste: “*Es inadmisible dar la independencia a los checos, porque entonces el Este de Alemania tendría el aspecto de un trozo de pan roído por las ratas […] Estas regiones [de Polonia] fueron completamente germanizadas. La causa está zanjada. El resultado no puede cuestionarse ya*[5]. *[…] A los discursos sentimentales sobre la fraternidad que nos sueltan ahora en nombre de las naciones contrarrevolucionarias de Europa, respondemos: el odio a los rusos fue y sigue siendo, entre los alemanes, la primera pasión revolucionaria; desde la revolución […] de 1848 […], se añadió el odio a los checos y croatas, en unión con los polacos y los magyares, sólo podemos salvar la revolución ejerciendo el terrorismo más decidido contra esos pueblos eslavos*[6]”.

Los programas revolucionarios que Bakunin elabora en 1848 para los eslavos, en 1860 para Siberia y en 1863 para los polacos, insistían en el federalismo, el respeto de las libertades y el respeto a los campesinos, pero ninguno tenía un carácter libertario[7]. Es sin duda alguna por esa razón que Marx lo apreciaba entonces, en 1864: “*Es uno de los pocos hombres en quien después de dieciséis años [9 en cárcel, 4 en relegación, 3 en actividad revolucionaria], constato progreso y no retroceso*[8]”.

El paso de Bakunin al anarquismo es el fruto de una reflexión sobre sus fracasos precedentes, de la influencia de discusiones con Proudhon en 1845 y de la vida de tipo libertario de ciertas organizaciones campesinas de Siberia[9]. La prueba tangible aparece en las condiciones de aceptación del futuro adherente en *El programa de la Fraternidad* (1865): “Es preciso que sea ateo […] enemigo del principio de autoridad y que deteste todas sus aplicaciones y consecuencias, sea en el mundo intelectual y moral, sea en el mundo político, económico y social. [...] que quiera ante todo la libertad y la justicia […] que

sea federalista” (véase la continuación en *Otros textos de Bakunin*, página 59 de esta edición).

Entonces comenzó la guerra ideológica y personal entre Marx y Bakunin –ya entablada por Engels– y se lanzaron algunas sórdidas calumnias sobre Bakunin como espía zarista, débilmente desmentidas luego por Marx. Una conclusión puede ser la del marxista Mehring en su biografía de Karl Marx: “*La divergencia estaba en la táctica que este movimiento de masas debía adoptar para llegar a la meta; pero, por erróneos que fueran los enfoques de Bakunin en este plano, no tenían, sin embargo, nada en común con los contubernios de un sectario. [...] la historia reservará a Bakunin, a pesar de todos sus errores y todas sus debilidades, un sitio de honor entre los artífices del proletariado internacional, incluso si este lugar le esté cuestionado mientras haya filisteos en esta tierra, que escondan sus orejas de burro en el gorro de noche del censor, o que se pongan la piel de león de un Marx para disimular sus miembros trémulos*[10]”.

Notas

1 Véase el largo testimonio de Wagner sobre el marco y las ideas de Bakunin en Lehning, *Michel Bakounine et les autres,* pp. 140-162.
Puede verse también Richard Wagner, *Mi vida,* Barcelona, 1952, José Janes Ed., pp. 324-366 (N. del E.).

2 “Die Zerstörende Lust ist eine shafende Lust” Frase final de un artículo, bajo el seudónimo de Jules Elysard “La reacción en Alemania, fragmento, por un francés”, en la revista *Deutsche Jahrbucher für Wisenschat und Kunst* (Anales alemanes científicos y artísticos) en 1842.

3 Steklov *Vestnik komunisticheskoy akademii* [Boletín de la academia comunista], 1926, N°18.

4 Poliansky Fedor Iakovlevitch *Kritika ekonomicheskij teorii anarjizma* [Crítica de las teorías económicas del anarquismo] Moscú, 1976, pp. 7-8.

5 “Neue Rheinische Zeitung” enero-febrero de 1849, citado por Porges, *Bakounine,* 1946, pp. 53-56 en *Noir & Rojo. Antología 1956-1970,* pp. 114-115.

6 Engels *Le panslavisme democratique.* Mehring, p. 195. Se puede constatar el uso de estas ideas de una parte de la izquierda alemana por la práctica nazi. Adler, marxista austríaco, era lo contrario de Engels sobre el respeto a las otras etnias y naciones.

7 Poliansky o. c., pp. 42, 52, 54.

8 Ribeil, *Socialisme autoritaire ou libertaire,* tomo 1, p. 64.

[9] Shtyrbul *Anarjiskoe dvijenie v Sibiri v 1 cherverti XX veka* [El movimiento anarquista en Siberia en los primeros 20 años del siglo XX], tomo 1, p. 55.

[10] Mehring Franz, *Karl Marx*, París, 1983, pp. 535, 550.
Hay edición castellana en Editorial Cenit, Madrid. 1932 (N. del E.).

Discusión con Bakunin

por Gregori Maximov

El tema de nuestra charla de hoy por hoy será la revolución. Comenzaremos por su delimitación. ¿Qué entiende usted con el término de "revolución"? ¿Qué revolución?

Las revoluciones no son un juego de niños, ni un debate académico en que se matan únicamente las vanidades, ni un torneo literario en el que sólo se vierte la tinta. La revolución es la guerra, y quien dice guerra dice destrucción de hombres y de cosas. Sin duda alguna es molesto para la humanidad que no se haya inventado aún un medio más pacífico de progreso, pero hasta la fecha cualquier paso novedoso en la historia se hizo verdaderamente sólo tras el bautizo de la sangre. Además, la reacción nada tiene que reprochar al respecto a la revolución. Ella siempre vertió más sangre que ésta. (OB, p. 20-21)

La revolución es el derrumbe del Estado (EKG, p. 38).

Pero se suele distinguir entre dos suertes de revolución: la revolución política y la revolución social. ¿Qué es para usted la revolución social?

[A fin de dar una presentación clara de mi concepción de la revolución social, voy a contarles un episodio de la guerra franco-alemana de 1870]: Es verdad que en una reunión de la izquierda, el 23 o el 24 de agosto, reunión en la que participaban Thiers y algunos miembros progresistas del centro izquierda, tras expresar la izquierda su intención de derribar el ministerio y Thiers rogarle que no hiciera nada semejante, al final éste preguntó: "¿Pero, por fin, con qué lo sustituirá, qué hombres pondría en el gabinete?", una voz, no sé de quién, respondió: "No habrá ya gabinete, el gobierno se confiará a toda la nación armada, actuando a través de sus delegados" lo que, a menos de no tener ningún sentido, sólo puede significar: una Convención nacional revolucionaria y limitada –no una Constituyente legalmente y regularmente integrada por delegados de todas las comarcas de Francia– sino una Convención exclusivamente

compuesta de delegados de las ciudades que hayan hecho la revolución. No sé a quién perteneció esta voz loca que vino a sonar en medio de este consejo de sabios. ¿Tal vez era el asno de Balaam[1], alguna montura inocente de ese gran profeta Gambetta? Pero es cierto que, esta vez también, el burro habló mejor que el profeta… Lo que dicho burro anunciaba, proponía, no era ni más ni menos que la revolución social… (LF, pp. 29-30)

¿Y la revolución política?

Toda revolución política, que no tiene otra finalidad inmediata y directa que la igualdad económica sólo es, desde el punto de vista de los intereses y de los derechos populares, una reacción hipócrita y encubierta. (LP, p. 213)

¿Significa eso, para usted, que la revolución política no es obligatoriamente social: una y otra deben cumplirse al mismo tiempo?

Según la opinión casi unánime de los socialistas alemanes, la revolución política debe preceder a la revolución social, lo que para mí es un gran y fatal error, porque toda revolución política que se haga antes, y, por lo tanto, fuera de la revolución social, será necesariamente una revolución burguesa, y la revolución burguesa no puede servir más que para producir a lo sumo un socialismo burgués; o sea que tiene que desembocar infaliblemente en una nueva explotación, más hipócrita y más sabia quizá, pero no menos opresiva del proletariado por la burguesía. (LF, p. 88)

¿Cuál es el contenido de la revolución social? ¿Cuál es su programa?

Es precisamente ese sistema antiguo de la organización por la fuerza con lo que la Revolución social debe acabar devolviendo su plena libertad a las masas, a los grupos, a las comunas[2], a las asociaciones, a los mismos individuos, y destruyendo, de una vez por todas, la causa histórica de todas las violen-

cias, el poderío y la existencia misma del Estado, que debe arrastrar con su caída todas las iniquidades del derecho jurídico, con todas las mentiras de los cultos diversos, ese derecho y esos cultos que no fueron más que la consagración obligada, tanto ideal como real, de todas las violencias representadas, garantizadas y privilegiadas por el Estado. (CP, p. 414 y Vol. 8, p. 297)

[…] abolición de toda explotación y de toda opresión política o jurídica o administrativa y gubernamental, es decir hacia la abolición de todas las clases por medio de la nivelación económica de todas las riquezas y hacia la abolición de su último apoyo, el Estado.

Tal es el programa de la revolución social. (EA, ed. 2004, p. 60)

¿Cuál debe ser el carácter de la revolución social: nacional, internacional o universal?

[Existe un] carácter universal de la revolución social […] La revolución social, por tanto, no puede ser una revolución aislada de una sola nación; es, en su esencia, una revolución internacional,… (EA, ed. 2004, p. 24 y p. 60)

¿Por qué razones la revolución social tiene que ser obligatoriamente internacional? ¿No puede ser victoriosa en los límites de un país?

En la organización actual política, jurídica, religiosa y social de los países más civilizados, la emancipación económica de los trabajadores es imposible y por consiguiente, para alcanzarla y realizarla, habrá que destruir todas las instituciones actuales: Estado, Iglesia, Forum Jurídico, Banca, Universidad, Administración, Ejército y Policía, que no son en efecto sino otras tantas fortalezas edificadas por el privilegio contra el proletariado; y no basta con derribarlas en un país, es preciso desmantelarlas en todos los países, porque desde la formación de los Estados modernos en los siglos XVII y XVIII, existió entre todas esas instituciones, a través de las fronteras de todos esos países una solidaridad creciente y una muy fuerte alianza internacional. (PA, p. 79-80[3])

¿De qué manera, en este caso, se puede realizar la revolución: por un complot internacional, por una insurrección o por qué otro medio?

[…] las revoluciones no se improvisan. No las hacen arbitrariamente ni los individuos ni aun las poderosas asociaciones. Independientemente de toda voluntad y de toda conspiración, son llevadas siempre por la fuerza de los acontecimientos. Se las puede prever, algunas veces presentir su aproximación, pero jamás acelerar la explosión. (PI, página 100 de esta edición)

En este caso el papel del individuo en la revolución es absolutamente inexistente y, además, no veo el interés de la organización, por ejemplo, de la Internacional obrera. Desde este punto de vista, es del todo inútil.

[En lo que concierne el papel del individuo en la revolución, la cuestión se plantea así]: "El tiempo de las grandes individualidades políticas ya pasó. Mientras se trataba de hacer revoluciones políticas, tenían su razón. La política tiene por objeto la fundación y la conservación de los Estados; pero quien dice Estado, dice dominación de un lado y supeditación del otro. Las grandes individualidades dominantes son pues absolutamente necesarias en la revolución política; en la revolución social, no sólo son inútiles, sino que son positivamente nocivas, e incompatibles con el fin que se propone esta revolución, o sea la emancipación de las masas. Hoy por hoy en la actividad revolucionaria como en el trabajo, la colectividad debe reemplazar las individualidades. (CAI, p. 308)

[En cuanto a la organización, es indispensable] con el objeto de que, cuando la revolución, llevada por la fuerza de los acontecimientos, haya estallado, se encuentre una fuerza real que sepa lo que ella debe hacer y por eso mismo, capaz de apoderársela y de darle una dirección verdaderamente saludable para el pueblo. Una organización internacional seria de las asociaciones obreras de todos los países, capaz de reemplazar este mundo político de los Estados y de la burguesía, que comienzan a desaparecer. (PI, páginas 100 y 101 de esta edición)

¿Cuál es la condición primera y fundamental de la aparición de la revolución social?

Es la bancarrota general –pública y privada– que comienza: la primera condición de la revolución social y económica (EA, ed. 2004, p. 38)

¿Qué hay que hacer para acelerar el momento de la revolución social?

[…] los Estados no se derrumban por sí mismos; no podrán ser destruidos más que por la revolución de todos los pueblos y de todas las razas, por la revolución social internacional.

Organizar las fuerzas del pueblo para realizar tal revolución, he ahí el único fin de los que desean sinceramente la libertad […] (EA, ed. 2004, p. 56)

Si como lo dice usted, la revolución no depende de la voluntad y del deseo de un individuo, si ella madura de por sí, entonces el planteo es saber qué factores favorecen precisamente esa maduración. ¿Acaso será la miseria, el descontento, la desesperación de las masas? Me hago la pregunta porque de conocer nosotros estos factores de maduración, podemos influir en ellos, reforzando su acción y aproximando el momento de la revolución social.

En cuanto a la disposición revolucionaria en las masas obreras –no hablo naturalmente ahora de algunos individuos excepcionales–, no depende sólo de un grado más o menos grande de miseria y de descontento, ni tampoco de la fe o de la confianza que las masas obreras tienen en la justicia y en la necesidad del triunfo de su causa. Desde que existieron sociedades políticas, las masas estuvieron siempre descontentas y siempre miserables, porque todas les sociedades políticas, todos los Estados, tanto republicanos como monárquicos, desde el comienzo de la historia hasta hoy, fueron fundados exclusivamente y siempre, con estadios de distintas opresiones, sobre la miseria y el trabajo forzado del proletariado. Por lo tanto,

tanto como los disfrutes materiales, todos los derechos políticos y sociales siempre estuvieron del lado de las clases privilegiadas; las masas laboriosas siempre participaron de los sufrimientos concretos y de los desprecios, las violencias de todas las sociedades materialmente organizadas. De ahí un eterno descontento.

Pero este descontento muy pocas veces produjo revoluciones. Vemos inclusive pueblos que están abocados a una miseria excesiva, y que, no obstante, no se mueven. ¿A qué se debe? ¿Estarán satisfechos de su posición? De ninguna manera. Proviene de que no tienen el sentimiento de su derecho, ni la fe en su propio poder; y por no tener ni ese sentimiento, ni esa fe, permanecen durante siglos siendo esclavos impotentes. (LF, pp. 79-80)

[Con masas obreras desorganizadas y decapitadas, es imposible alcanzar la revolución. Estas masas] pacerán la hierba, y azotadas por el hambre, trabajarán como locas para enriquecer a los patrones. ¡Cómo esperar pues una revolución de las masas populares reducidas a semejante posición! (LF, p. 84)

Pero la miseria más terrible, aunque afecte a millones de proletarios, no es aún un recurso suficiente para una revolución. El hombre está dotado por naturaleza de una paciencia maravillosa y que lo impulsa, es verdad, a menudo a la desesperación, y el diablo sabe hasta qué grado puede soportarlo todo cuando, junto a la miseria que lo condena a privaciones inauditas y a una muerte lenta por inanición, es compensado aún por una estupidez, por una dureza de sentimientos, por una ausencia completa de toda conciencia de su derecho y por una paciencia tal y una obediencia imperturbable que distinguen, entre todos los pueblos, sobre todo a los hindúes orientales y a los alemanes. Un hombre dotado así no resucitará jamás: morirá, pero no se despertará.

Pero cuando es llevado a la desesperación, su rebelión se vuelve entonces más probable. La desesperación es un sentimiento agudo y apasionante despertado por el sufrimiento obtuso y semisomnoliento y presupone al menos un cierto grado de comprensión de la posibilidad de una mejor situación que no confía, sin embargo, alcanzar.

En fin, es imposible quedar demasiado largo tiempo en la

desesperación; impulsa al hombre bien pronto sea a la muerte, sea a la acción. ¿Pero a qué acción? Evidentemente, a la de la emancipación y a la de la conquista de mejores condiciones de existencia. Incluso el alemán en la desesperación cesa de ser razonador; sin embargo, hacen falta muchos insultos de toda especie, muchas vejaciones, sufrimientos y males antes de que sea impulsado a la desesperación.

Pero la miseria y la desesperación no bastan aún para suscitar la revolución social. Son capaces de promover [rebeliones individuales], motines locales, pero no bastan para levantar masas enteras. Para llegar a eso, es indispensable poseer un ideal común a todo el pueblo; desarrollado históricamente desde las profundidades del instinto del pueblo; educado, ampliado y esclarecido por una serie de fenómenos significativos y de experiencias severas y amargas, es necesario tener una idea general de su derecho y una fe profunda, apasionada, religiosa si se quiere, en ese derecho. Cuando tal ideal y tal fe se encuentran con la miseria que los lleva a la desesperación, entonces la revolución social es inevitable, está próxima y ninguna fuerza podrá resistirla. (EA, ed. 2004, pp. 40-41, con una leve corrección a partir del original ruso entre corchetes.)

Deduzco de su respuesta que la iniciativa de la revolución social corresponderá al pueblo, a los obreros y a los campesinos, ¿porque son los elementos más explotados de la sociedad actual?

Esta pasión que quiebra los obstáculos y que crea mundos nuevos se encuentra exclusivamente en el pueblo. Por tanto corresponderá al pueblo, sin contestación alguna, la iniciativa del mundo nuevo. (FSA, p. 53)

[…] pero para que los campesinos se subleven, es preciso que la iniciativa del movimiento revolucionario sea tomada por los obreros de las ciudades, porque únicamente los obreros unen hoy por hoy, al instinto, la conciencia esclarecida, la idea, la voluntad reflexionada de la revolución social. Por lo tanto, todo el peligro que amenaza la existencia de los Estados es únicamente concentrado hoy por hoy en el proletariado de las ciudades. (LF, pp. 78-79)

Si, como lo dice, el proletariado "concentra en sí el instinto, la conciencia clara, la idea y la toma de conciencia de la voluntad de revolución social" ¿es entonces necesario para la revolución que los obreros comiencen al mismo tiempo que los campesinos?

En nombre del socialismo revolucionario organicemos al proletariado de las ciudades y, al hacerlo, unámoslo en una misma organización preparatoria con el pueblo del campo. La sublevación del proletariado de la ciudad no basta; con eso sólo tendríamos una revolución política que motivaría necesariamente en contra suya la reacción natural, legítima, de las poblaciones del campo, y esta reacción, o simplemente la indiferencia de los campesinos, ahogaría la revolución de las ciudades, como sucedió últimamente en Francia. Únicamente la revolución universal es bastante fuerte como para derribar y quebrar el poder organizado del Estado, sostenido con todos los recursos de las clases ricas. Pero la revolución universal es la revolución social, es la revolución simultánea del pueblo del campo y del de las ciudades. Esto es lo que es preciso organizar, porque sin una organización preparatoria, los elementos más poderosos se vuelven impotentes y nulos. (CAI, p. 303)

A pesar del hecho que los campesinos son ignorantes, supersticiosos, creyentes, sometidos a la influencia de los sacerdotes, conservadores y ardientes partidarios de la propiedad privada, usted considera, sin embargo, indispensable de reunirles en una única organización con los obreros. ¿Por qué? ¿Depende realmente de los campesinos la revolución social?

El principal argumento de los obreros de las ciudades en contra de los campesinos es la codicia de éstos, su grosero egoísmo y su apego apasionado a la propiedad individual de la tierra. Los obreros que les reprochan todo eso deberían preguntarse primero: ¿y quién no es egoísta? ¿Quién en la sociedad actual no es codicioso, en el sentido de que se aferra furiosamente al escaso bien que ha podido recoger y que le garantiza, en la anarquía económica actual y en esta sociedad que no tiene pie-

dad para quienes se mueren de hambre, su existencia y la de los suyos? ¡Los campesinos no son comunistas, es verdad, temen, odian a los "repartidores" [4], porque tienen algo que conservar, al menos en su imaginación, y la imaginación es una gran potencia, que no se suele tener bastante en cuenta en la sociedad! Los obreros, cuya inmensa mayoría no posee nada, tienen infinitamente más propensión hacia el comunismo que los campesinos; nada más natural: el comunismo de los unos es tan natural como el individualismo de los otros –no hay motivo para jactarse de ello, ni despreciar a los demás– siendo tanto unos como otros, con todas sus ideas y todas sus pasiones, los productos de medios diferentes que los engendraron. Y además, ¿son todos comunistas los mismos obreros?

No se trata por lo tanto de oponerse a los campesinos, ni de denigrarlos, se trata de establecer una línea de conducta revolucionaria que supere las dificultades y que no sólo impida al individualismo de los campesinos empujarles hacia el partido de la reacción, sino que al contrario sirva para hacer triunfar la revolución.

Recordemos bien, estimados amigos, y repitámoslo cien veces, mil veces en el día, que del establecimiento de esta línea de conducta depende forzosamente el resultado: el triunfo o la derrota de la revolución [...]

[El] terrorismo de las ciudades se ejerce contra los campesinos. Es el medio por excelencia, preferido por todos nuestros amigos, los obreros de las grandes ciudades de Francia, que no se percatan y ni siquiera sospechan que han tomado este instrumento de revolución, iba a decir de reacción, en el arsenal del jacobinismo revolucionario, y que si por desgracia se sirven de esta herramienta, se matarán a sí mismos, más todavía, matarán la misma revolución. ¿Cuál será en efecto la consecuencia inevitable, fatal? Toda la población del campo, 10 millones de campesinos, se pasará al otro lado robusteciendo con sus masas formidables e invencibles el bando de la reacción.

En este campo, como en muchos otros aún, considero como una verdadera felicidad, para Francia y para la revolución universal, la invasión de los prusianos. De no haber habido esta invasión y de hacerse la revolución en Francia sin ella, los mismos socialistas franceses habrían intentado una vez, y por cuenta

propia esta vez, hacer una revolución de Estado. Sería perfectamente ilógico, sería fatal para el socialismo, pero lo habrían intentado seguramente, tan empapados y presumidos como lo son de los principios del jacobinismo. Por consiguiente, entre otras medidas de salud pública decretadas por una Convención de los delegados de las ciudades, habrían tratado sin lugar a dudas de imponer el comunismo o el colectivismo a los campesinos. Habrían alzado y armado toda la masa des campesinos contra ellos, y para reprimir la rebeldía, estarían obligados de valerse de una inmensa fuerza armada, bien organizada, bien disciplinada. Darían un ejército a la reacción, y engendrarían, formarían militares reaccionarios, generales ambiciosos en su propio seno. Con la máquina del Estado consolidada, les caería pronto el maquinista del Estado, el dictador, el emperador. Todo eso les habría sucedido infaliblemente, porque está en su lógica, no en la imaginación caprichosa de un individuo, sino en la lógica de las cosas, y esta lógica nunca se equivoca. (LF, pp. 52-54[5]) [Así es como la revolución social depende de los campesinos.]

¿Qué habría pues que hacer para que el campesinado esté del lado de la revolución, y no de la reacción?

Sólo hay un medio de revolucionar tanto el campo como las ciudades. ¿Y quién lo puede hacer? La única clase que lleva hoy en día realmente, francamente, la revolución en su seno: la clase de los trabajadores de las ciudades. ¿Pero cómo harán los trabajadores para revolucionar el campo? (EKG, p. 24)

Hay que mandar al campo, como propagadores de la revolución, cuerpos de voluntarios. [...] los cuerpos de voluntarios propagadores tienen que ser, ellos mismos, inspirados y organizados por la revolución. Deben llevar la revolución en su pecho, para poder provocarla y suscitarla en derredor suyo. Luego, deben fijarse un sistema, una línea de conducta conforme a la meta que se proponen.

¿Cuál es esta meta? No es imponer la revolución al campo, sino provocarla y fomentarla. Una revolución impuesta, sea por decretos oficiales, sea por la fuerza, no es la revolución, sino lo contrario de la revolución, porque provoca necesariamente la

reacción. Al mismo tiempo, los cuerpos de voluntarios deben presentarse al campo como una fuerza respetable y capaz de hacerse respetar; no para imponerle la violencia –qué duda cabe–, sino para quitarle las ganas de mofarse de ellos y de maltratarlos, antes de escucharlos, lo que podría pasar seguramente con los propagandistas individuales no acompañados por una fuerza respetable. Los campesinos son algo groseros, y los temperamentos zafios se dejan fácilmente llevar por el prestigio y las manifestaciones de la fuerza, incluso para rebelarse contra ella más tarde, si dicha fuerza les impone condiciones demasiado contrarias a sus instintos y a sus intereses. (EKG, p. 29)

¿Significa eso, de acuerdo con sus palabras, que la revolución en determinadas condiciones puede cesar de ser la revolución?

[Pero] la revolución ya no es la revolución, cuando en lugar de provocar la libertad en las masas, suscita la reacción en su seno. El medio y la condición, sino el objeto principal de la revolución, es la aniquilación del principio de la autoridad en todas sus manifestaciones posibles, es la abolición completa del Estado político y jurídico, porque el Estado, hermano *menor* de la Iglesia, como bien lo demostró Proudhon, es la consagración histórica de todos los despotismos, de todos los privilegios, la razón política de todas las supeditaciones económicas y sociales, la esencia misma y el centro de toda reacción. Cuando en nombre de la Revolución se quieren apoderar del Estado, aunque sea el Estado provisional, se crea la reacción y se obra por el despotismo, no por la libertad; por la institución del privilegio contra la igualdad. Es tan claro como la luz del día. (EKG, p. 30)

A mi parecer, es evidente que la revolución social, brotando de la quiebra del viejo mundo, será espantosa tanto para las cosas como los individuos. ¿No habrá otro camino hacia la liberación del pueblo?

Por lo que se refiere a los que verdadera y sinceramente quieren la emancipación [completa] de las masas del pueblo, ésos

irán con nosotros por la vía de la revolución social, porque no existe otra vía que pueda llevar a la conquista de la libertad del pueblo. (EA, ed. 2004, p. 71, con una incorporación a partir del original ruso entre corchetes.)

¿Cuándo y cómo pues se puede saciar la sed de revolución social?

[…] no puede ser satisfecha más que con la caída de la violencia estatista, ese último refugio de los intereses burgueses. Por consiguiente, ningún Estado, por democráticas que sean sus formas, incluso la república *política* más roja, popular sólo en el sentido mentiroso conocido con el nombre de representación del pueblo, no tendrá fuerza para dar al pueblo lo que desea, es decir la organización libre de sus propios intereses de abajo a arriba, sin ninguna ingerencia, tutela o violencia de arriba, porque todo Estado, aunque sea el más republicano y el más democrático, incluso el Estado pseudopopular, inventado por el señor Marx, no representa, en su esencia, nada más que el gobierno de las masas de arriba a abajo por intermedio de la minoría intelectual, es decir de la más privilegiada, de quien se pretende que comprende y percibe mejor los intereses reales del pueblo que el pueblo mismo. (EA, ed. 2004, p. 31)

¿Puede llevarse a cabo la revolución social únicamente por la destrucción? Algunos anarquistas, apoyándose en su lema de "la pasión de la destrucción es una pasión creadora[6]", piensan que su acción (destruir y construir) es la de las próximas generaciones. ¿A su parecer tienen razón o no?

Esa pasión negativa, sin embargo, está lejos de ser suficiente para elevarse a la altura de la causa revolucionaria; pero sin ella esta última sería [inconcebible], imposible, porque no puede haber revolución sin una destrucción extensiva y apasionada, una destrucción [salvadora] saludable y fecunda puesto que es de ella, y solamente por ella, de donde surgen y nacen mundos nuevos. (EA, ed. 2004, p. 36, con una leve corrección a partir del ruso entre corchetes.)

Su respuesta me parece algo confusa. Quiero saber si los anarquistas pueden basarse únicamente sobre la destrucción, sin descuidar lo que se creará de la destrucción, dicho de otro modo, ¿hace falta ir a la destrucción, sin tener plan de construcción del nuevo régimen social?

Nadie puede querer destruir sin tener por lo menos una remota imaginación, real o falsa, del orden de cosas que debería a su parecer suceder al que existe actualmente; y cuanto más viva está en él dicha imaginación, más poderosa se vuelve su fuerza destructora; y cuanto más se acerca a la verdad, o sea está más en armonía con el desarrollo necesario del mundo social actual, más saludables y útiles se hacen los efectos de su acción destructora. En efecto la acción destructora está siempre determinada, no sólo en la esencia y en el grado de intensidad, sino también en los modos, las vías y los medios que emplea, por el ideal positivo, que constituye su inspiración primera, su alma. (PA, pp. 66-67)

Si la revolución social es inevitable, mi curiosidad me incita a preguntarle: ¿dónde, en qué país surgirá y con las condiciones de resistencia más violentas?

La revolución social en Inglaterra está más próxima de lo que se piensa, y en ninguna parte será tan terrible, porque en ninguna parte encontrará una resistencia tan encarnizada y tan bien organizada como en ese país. (EA, ed. 2004, pp. 34-35)

Si la revolución social lleva en sí no sólo la libertad, sino la muerte y la destrucción, ¿puede disponer de medios morales y valerse de los mismos?

Tratemos de convertir, pongo el caso, al socialismo a un noble que codicia la riqueza, a un burgués que quisiera ser noble o a un obrero que no aspirara con todas las fuerzas de su alma a otra cosa que ser burgués ¡Convertir asimismo a un aristócrata de la inteligencia, real o imaginaria, a un sabio, un “medio sabio”, un cuarto, un décimo, una centésima parte de un sabio que, lleno de ostentación científica y sólo porque han

tenido a menudo la dicha de haber comprendido más o menos bien algunos libros, están llenos de desprecio arrogante por las masas iletradas y se imaginan que están llamados a formar entre ellos una nueva casta dominante, es decir explotadora!

No hay razonamiento ni propaganda alguna que consigan ser capaces de convertir a esos desdichados. Para convencerlos no hay más que un medio: es el hecho, la destrucción misma de la posibilidad de situaciones privilegiadas, de toda dominación y de toda explotación; es la revolución social que barriendo todo lo que constituye la desigualdad en el mundo, los moralizará al forzarlos a buscar su felicidad en la igualdad y en la solidaridad. (PI, páginas 88 y 89 de esta edición.)

[Así es, desde nuestro punto de vista, la moral social revolucionaria] "un gran acto de justicia, indispensable para fundar la organización de la sociedad de modo racional y igualitario. (EA[7])

Para concluir nuestra discusión, deseo preguntarle si la revolución es próxima y de hecho, ¿en qué países puede surgir?

En ninguna parte es tan inminente la revolución social como en Italia, en ninguna parte, sin exceptuar siquiera a España, a pesar de la existencia en ese país de una revolución oficial, mientras que en Italia todo parece tranquilo. Todo el populacho espera en Italia una transformación y aspira hacia ella conscientemente. Se puede, pues, imaginarse uno con qué amplitud, con qué necesidad y con qué entusiasmo fue acogido el programa de la Internacional y lo es hasta hoy por el proletariado italiano [...] es por eso que no hay que esperar una política de conquistas de parte de Italia y de España; al contrario, es preciso confiar en una revolución social en ellas. (EA, ed. 2004, pp. 11-12, p. 42.)

¿Qué le da, francamente, tal seguridad sobre el próximo triunfo de la revolución social?

Es verdad que las crueles experiencias por las que fueron condenadas a pasar no fueron todas perdidas para las masas.

Esas experiencias crearon en su seno una suerte de conciencia histórica y de ciencia tradicional y práctica, que les sirve muchas veces de ciencia teórica. Por ejemplo, uno puede estar seguro hoy día de que ningún pueblo de Europa occidental se dejará enredar ni por un charlatán religioso o mesiánico, ni por ningún hipócrita político. También se puede decir que la necesidad de una revolución económica y social se nota fuertemente hoy por hoy, en las masas populares de Europa, hasta las menos civilizadas. Eso es precisamente lo que nos da confianza en la victoria próxima de la Revolución social. De no haberse manifestado el instinto colectivo de las masas tan clara, profunda, resueltamente en ese sentido, nadie entre los socialistas del mundo, por más genial que fuese, habría sido capaz de sublevarlas.

Los pueblos están preparados, sufren mucho, y además, empiezan a comprender que ya no están en absoluto obligados a sufrir, y, hastiados de dirigir neciamente su aspiración hacia el cielo, no están ya dispuestos a mostrar mucha paciencia en la tierra. Las masas, en una palabra, hasta independientemente de toda propaganda, se han vuelto conscientemente socialistas. La simpatía universal y profunda que la Comuna de París ha encontrado en todos los países, sí, es una prueba.

Pero las masas son la fuerza, por lo menos el elemento esencial de toda fuerza. ¿Qué les falta pues para derribar un estado de cosas que aborrecen? Les faltan dos cosas: la organización y la ciencia. Ambas precisamente, hoy por hoy constituyen, y siempre han constituido el poder de todos los gobiernos. (PA, pp. 82-83)

Notas

1 Personaje bíblico que cambiaba totalmente gracias a este animal. (N. del T.)

2 En la visión de Bakunin la “comuna”, equivalente jurídico francés del sector poblado más pequeño en una región o comarca, tiende a seguir el ejemplo de la Comuna de París, o sea un municipio administrado por los mismos ciudadanos. (N. del T.)

3 En la edición rusa de que se servía Maximov, esta cita aparece en “La organización de la Internacional”, artículo anónimo de *L’Almanach de Génève pour* 1872. De hecho una nota de James Guillaume (VI, pp. 78-79)

explica que este artículo es una parte del texto de Bakunin, con algunas palabras de más, que no cambian el sentido. (N. del T.)

4 Apodo dado por la derecha a los socialistas. (N. del T.)

5 Por no seguir totalmente el texto original, la traducción de Abad de Santillán sirve poco; Bakunin *Obras completas*, tomo I, pp. 123-124. (N. del T.)

6 Véase la nota 2. (N. del T.)

7 Retraducido del ruso, porque Maximov reescribió esta cita a partir de extractos, desgraciadamente la paginación del tomo I de las obras en ruso es errónea. Además una búsqueda informática en cirílico palabra por palabra no dio nada, excepto relaciones entre les páginas 226 y 362; otra búsqueda en el CD Rom de las obras fue también infructuosa. (N. del T.)

Segunda charla: Sobre la acción durante la revolución y la guerra civil

Durante la última discusión hemos esclarecido la revolución social; para nuestra discusión de ahora, quisiera explicar la cuestión de la acción de los anarquistas en la revolución, sus tácticas y su relación con la guerra civil. Deseo por consiguiente preguntarle: ¿cuál debe ser la táctica de los anarquistas en la revolución? Y en relación con ese problema, le planteo otro. ¿En el momento revolucionario, es preciso –como ya lo hicieron y se están preparando para hacerlo numerosos anarquistas– cuidar más la pureza del aspecto anarquista, es decir agitar ampliamente el estandarte de los principios teóricos, negándose a la acción práctica que de un modo u otro posibilitaría transformar los principios en acciones?

[Durante la tormenta revolucionaria] Hablemos poco de revolución, pero hagamos mucho de revolucionario. En ese momento dejemos a otros el cuidado de desarrollar teóricamente los principios de la revolución social, y contentémonos con aplicarlos ampliamente, **encarnarlos en los hechos.**

Quienes entre mis aliados y amigos me conocen bien, se sorprenderán tal vez de que use ahora este lenguaje, yo, que hice tanta teoría, y que me mostré siempre un guardián celoso y empecinado de los principios. ¡Ah! Ya cambiaron los tiempos; entonces, hace apenas un año, nos preparábamos para la revolución, que esperábamos unos más temprano, otros más tarde– y ahora, pese a lo que digan los ciegos, estamos en plena revolución. En aquel entonces era preciso mantener alta la bandera de los principios teóricos, exponer pulcramente esos principios en toda su pureza, con el fin de formar un partido, por reducido que fuera, pero compuesto únicamente de hombres que fueran sincera, plena, apasionadamente apegados a esos principios, de manera que cada uno, en tiempo de crisis, pudiera contar con todos los demás. Ahora no se trata más de reclutar. Hemos conseguido formar, a duras penas, un pequeño partido, pequeño en relación con el número de hombres que adhieren

con pleno conocimiento, pero inmenso en relación con sus adherentes instintivos, en relación con esas masas populares cuyas necesidades representa mejor que cualquier otro partido. Ahora tenemos que embarcarnos juntos por el océano revolucionario, y en adelante debemos propagar nuestros principios no ya con palabras, **sino con hechos, porque son la más popular, poderosa e irresistible de las propagandas.** (LF, p. 51)

Por lo que he entendido, usted recomienda la política de callar los principios, al menos, en determinadas circunstancias. ¿En qué situaciones y en qué circunstancias se debe aceptar ese silencio?

Callemos algunas veces nuestros principios cuando la política, o sea cuando nuestra debilidad momentánea de cara a un gran poder contrario lo exija, pero seamos siempre sumamente consecuentes en los hechos. Toda la salvación de la revolución está en ello. (LF, pp. 51-52)

Le voy a plantear una cuestión sumamente importante sobre la táctica durante la revolución. Esta cuestión me viene de los marxistas, que se ponen a copiar el método de los jacobinos, que ya copian los bolcheviques. ¿Deben los socialistas revolucionarios y los anarquistas, en cierto modo, imitar a los jacobinos durante la revolución?

Los revolucionarios socialistas de hoy día no tienen nada o casi nada que imitar de los procedimientos revolucionarios de los jacobinos de 1793. La rutina revolucionaria los perdería. Deben actuar sobre la marcha, deben crearlo todo. (LF, p. 52)

En periodos revolucionarios hay que tratar problemas sumamente importantes y complejos, fundamentales para la revolución, como la cuestión llamada del "poder revolucionario". La experiencia enseña que en todas las revoluciones el "poder revolucionario" se planteó inmediatamente y esa misma experiencia indicó que ese poder resultó no sólo poco activo, sino que obstaculizaba la revolución. ¿Cómo explica usted

que todos los poderes revolucionarios del mundo hicieran tan poca revolución, cuál es la causa?

La principal razón de por qué todas las autoridades revolucionarias del mundo hicieron tan pocas revoluciones es que siempre quisieron hacerlas ellas mismas, con su propia autoridad y con su propio poder, lo que trajo siempre dos resultados. Primero menguar con creces la acción revolucionaria, porque es imposible incluso para la autoridad revolucionaria más inteligente, más enérgica, más sincera, abarcar muchos planteamientos e intereses a la vez. Cualquier dictadura, tanto individual como colectiva, en tanto que integrada por varios personajes oficiales, por ser necesariamente muy limitada, muy ciega, es incapaz de penetrar en las profundidades, ni de abrazar toda la amplitud de la vida popular, así como es imposible para el más poderoso buque medir la profundidad y la amplitud del océano. Segundo, porque todo acto de autoridad y de poder oficial, legalmente impuesto, despierta necesariamente en las masas un sentimiento de rebelión, una reacción. (LF, p. 52)

¿Qué es lo que las autoridades revolucionarias no deben hacer para permitir que la revolución se extienda y fortalezca?

No deben hacerla ellas mismas por decretos, no imponerla a las masas, sino provocarla en las masas. No deben imponerles una organización cualquiera, sino, suscitando su organización autónoma de abajo arriba, trabajar bajo cuerda, con la ayuda de la influencia individual sobre los individuos más inteligentes y más influyentes de cada localidad, para que esa organización sea lo más posible conforme a nuestros principios. Todo el secreto de nuestro triunfo está en eso.

Que esa obra encuentre inmensas dificultades, ¿quién puede dudarlo? ¿Pero quién pensará que la revolución sea un juego para niños que se puede llevar a cabo sin vencer innumerables dificultades? (LF, pp. 51-52)

¿No cree usted que tal vez ese "poder revolucionario" podría no proceder como usted lo recomienda? La experiencia histórica muestra que cualquier poder tiende a mantenerse, y

esa tendencia, como lo sabe, conducirá al fin de revolución. Le pregunto si cree que ese poder revolucionario podrá obrar como usted lo desea.

Sólo temería yo expresar esta convicción si mañana se estableciera un gobierno y un consejo legislativo, un parlamento, exclusivamente compuestos de obreros. Esos obreros, que son hoy día firmes demócratas socialistas, se convertirían pasado mañana en aristócratas resueltos, adoradores –atrevidos o tímidos– del principio de autoridad, opresores y explotadores. (OB, II, p. 39)

[...] somos realmente enemigos de toda autoridad, porque sabemos que el poder corrompe tanto a los que están investidos de él como a los que están obligados a sometérsele. Bajo su influencia nefasta, los unos se convierten en tiranos vanidosos y codiciosos, en explotadores de la sociedad en provecho de sus propias personas o de su clase, los otros en esclavos. (EA, ed. 2004, p. 161)

Así, nada de legislación exterior y nada de autoridad. (EKG, p. 104)

Si las cosas son tales como lo dice, la cuestión es cuáles deben ser las relaciones con el "poder revolucionario", que sin duda alguna se esforzará por "suplantar –según usted– a las masas populares en tanto que poder oficial"?

Los burgueses de Praga [...] infinitamente más moderados que los husitas del campo, en 1419 tiraron por las ventanas, según la antigua costumbre de ese país, a los partidarios del emperador Segismundo, cuando ese infame perjuro, ese asesino de Juan Hus y de Jerónimo de Praga, tuvo la audacia insolente y cínica de presentarse como competidor de la corona vacante de Bohemia. ¡Un buen ejemplo a seguir! Es así como habrá que tratar, para la emancipación universal, a todas les personas que quieran imponerse como autoridades oficiales a las masas populares, bajo cualquier máscara, bajo cualquier pretexto y denominación que sea. (EKG, pp. 76, 77)

Usted recomienda no seguir en ningún caso a los jacobinos

de la revolución francesa de 1793, eso significa que usted se opone a la pena de muerte y al terror revolucionario, al terror rojo aplicado a los burgueses y a los contrarrevolucionarios. Observo en sus respuestas la sombra de una contradicción: aconseja no seguir los jacobinos, está en contra del terror, luego dice que hay que hacer como los burgueses de Praga… ¡Pero es el terror! ¿Cómo se explica usted?

[Hay que diferenciar el terror espontáneo de las masas, que se manifiesta durante el proceso de la lucha, dejándolo espontáneamente al día siguiente de la victoria, del terror organizado de la institución jurídica. El terror de los burgueses de Praga entra en el primer caso, el terror de los jacobinos en el segundo]... queridos amigos, lo que tienen que buscar, al mismo tiempo que la organización de los obreros en las ciudades, es el medio a emplear para romper el hielo que separa el proletariado de las ciudades del pueblo del campo, para unir y organizar esos dos pueblos en uno único ...todas las otras clases deben desaparecer de su suelo, no como individuos, sino como clases. El socialismo no es cruel, es mil veces más humano que el jacobinismo, quiero decir que la revolución política. El socialismo no tiene nada en contra de las personas, hasta de las más traicioneras, sabiendo muy bien que todos los individuos, buenos o malos, no son más que el producto fatal de la posición social que la historia y la sociedad les crearon. Los socialistas, es verdad, no podrán por cierto impedir que en la primera racha de su furor el pueblo haga desaparecer unos centenares de individuos entre los más odiosos, los más encarnizados y los más peligrosos, pero pasado ese huracán, se opondrán con toda su energía a la carnicería hipócrita, política y jurídica, organizada con sangre fría.

El socialismo hará una guerra inexorable a las "posiciones sociales", no a los hombres. Una vez destruidas y quebradas esas posiciones, desarmados y privados de todos los medios de acción, los hombres que las ocuparon se volverán inofensivos y mucho menos poderosos, lo afirmo, que el más ignorante obrero, porque su potencia actual no radica en sí mismos, en su valor intrínseco, sino en su riqueza y en el apoyo del Estado. (CAI, p. 302)

Estoy del todo de acuerdo que es necesario llevar un combate contra "las situaciones sociales" y no contra la gente. Pero en esas situaciones hay precisamente gente para defenderlas. Oponerse a las situaciones sociales sólo es posible cuando las clases poseedoras están vencidas físicamente. La idea que usted presenta de que las clases, condenadas a desaparecer por la historia, dejarán dócilmente el escenario histórico, es irrealizable. Indudablemente, como lo muestra la experiencia histórica, ellas defenderán con rabia sus posiciones privilegiadas con las armas en la mano. No cabe duda alguna. La guerra civil comenzará así en las ciudades y el campo, como fue el caso en Rusia. La guerra civil, como lo sabe usted muy bien, no perdona ni las gentes, ni las cosas. Puede provocar la pérdida de la revolución, traer un caos completo. Puede conducir a la ruina a toda la sociedad, porque la gente se devorará una contra otra, como fieras. Para mí, ocurrirá inevitablemente en el campo. ¿Cómo ve usted esa situación?

Es cierto que, entonces, las cosas no pasarán de modo absolutamente pacífico. Habrá luchas, el **orden público**, esa arca santa de los burgueses, será perturbado, y los primeros hechos que resultarán de semejante situación podrán constituir lo que conviene llamar la guerra civil. (EKG, 8, p. 31**)**

Sí, será la guerra civil. Pero ¿por qué estigmatizar, por qué temer tanto a la guerra civil? Le pregunto, con la historia en la mano, ¿es de la guerra civil, o del orden público impuesto por una autoridad tutelar cualquiera, de donde salieron los grandes pensamientos, los grandes caracteres y las grandes naciones? Por haber tenido la dicha de evitar la guerra civil durante veinte años, ¿no cayó tan bajo, aquella gran nación, que los prusianos se la comieron de un golpe? Para volver a la cuestión del campo, ¿es preferible tener en contra de nosotros a diez millones de campesinos, unidos como un solo hombre, en una masa unánime y compacta, por el odio que le inspirarán, nuestras violencias y nuestros decretos revolucionarios? ¿O divididos entre sí por esa revolución anárquica, lo que permitirá formar un partido poderoso entre ellos? Pero es preciso que veamos que los campesinos están tan atrasados, precisamente porque la guerra civil no ha dividido todavía el campo. Las masas compactas

son rebaños humanos poco aptos al desarrollo y a la propaganda de las ideas. La guerra civil, al contrario, por dividir esa masa en partidos diferentes, crea las ideas, motivando intereses y aspiraciones distintas. El alma, les instintos humanos no le faltan al campo, lo que le falta es el espíritu. Y bien, la guerra civil les dará ese espíritu. [...] No temamos que la guerra civil, la anarquía, desemboque en destrucción del campo. Hay en toda sociedad humana un gran fondo de instinto conservador, una fuerza de inercia colectiva, que la salvaguarda contra todo peligro de aniquilamiento, y que hace precisamente a la acción revolucionaria y al progreso tan lentos y tan difíciles. La sociedad europea, hoy día, en las ciudades como en el campo, pero en el campo aún más que en las ciudades, se ha dormido totalmente, ha perdido toda energía, todo vigor, toda espontaneidad de pensamiento y de acción, bajo la égida del Estado. Unas decenas de años más pasados en ese Estado, y ese sueño tal vez se convierta en la muerte. (LF,. 7, p. 60)

No temamos que los campesinos se devoren entre sí. Incluso de querer intentar hacerlo al inicio, no tardarían en convencerse de la imposibilidad material de persistir en esa vía. Y entonces se puede estar seguro de que tratarán de entenderse, de transigir y organizarse entre sí. La necesidad de comer y mantener sus familias, y por lo tanto la necesidad de continuar las faenas del campo, la necesidad de garantizar sus casas, sus familias y su propia vida contra ataques imprevistos, todo eso los forzará indudablemente a entrar en la vía de los arreglos mutuos.

Y no creamos tampoco que, en esos arreglos concertados fuera de toda tutela oficial, por la única fuerza de las cosas, los más fuertes, los más ricos, ejerzan una influencia predominante. La riqueza de los ricos, por no estar ya garantizada por las instituciones jurídicas, dejará de ser un poder. Los ricos son tan influyentes hoy por hoy sólo porque, halagados por los funcionarios estatales, están especialmente protegidos por el Estado. Al faltarles este apoyo, su poder desaparecerá simultáneamente. En cuanto a los más astutos, a los más fuertes, éstos serán anulados por el poder colectivo de la masa de los pequeños y de los muy pequeños campesinos, así como de los proletarios del campo, hoy reducido al sufrimiento mudo, pero que el movi-

miento revolucionario armará con una irresistible potencia. (EKG, pp. 31-32[1])

No obstante, no veo bien toda su argumentación. ¿Por qué tendría yo que pensar que la guerra civil sería en efecto el despertar de las iniciativas, del desarrollo intelectual, moral y material del pueblo, y no el de los aspectos contrarios a la sociabilidad y la moral del pueblo? Además, se puede pensar que la libertad hallará en la guerra civil, como fue el caso en Rusia, no un apoyo, sino su propia tumba. En la guerra de todos contra todos, otra salida es poco probable.

La guerra civil, tan funesta a la potencia de los Estados, es, al contrario y a causa de eso mismo, siempre favorable al despertar de la iniciativa popular y al desarrollo intelectual, moral y hasta material de los pueblos. La razón es sencilla: perturba, socava en las masas esa disposición aborregada, tan cara a todos los gobiernos, y que convierte a los pueblos en otros tantos rebaños que llevan a pacer y a trasquilar a mansalva. La guerra civil quiebra la monotonía embrutecedora de su existencia cotidiana, maquinal, vacía de pensamiento, y, forzándolas a pensar en los derechos respectivos de los príncipes o de los partidos que se disputan el derecho de oprimirlas y explotarlas, las conduce con frecuencia a la conciencia sino reflexionada, por lo menos instintiva, de esa profunda verdad, de que los derechos de unos son tan nulos como los de otros y que sus intenciones son igualmente malas. Además, siempre que se despierta sobre un punto el pensamiento ordinariamente dormido de las masas, se extiende necesariamente a todos los demás. La inteligencia del pueblo se mueve, rompe su inmovilidad secular, y, saliendo de los límites de una fe maquinal, quebrando el yugo de las representaciones y de las nociones tradicionales y petrificadas que le había servido de único pensamiento, somete a una crítica severa, apasionada, dirigida por su sentido común y por su conciencia honesta –que valen muchas veces más que la ciencia– a todos esos ídolos de ayer. Así se despierta el espíritu del Pueblo. Con el espíritu nace el instinto sagrado, el instinto esencialmente humano de la rebelión, fuente de toda emancipación, y se desarrollan simultáneamente su moral y su prosperidad

material, hijas gemelas de la libertad. Esta libertad, tan bienhechora, para el pueblo, encuentra un apoyo, una garantía y un aliento en la misma guerra civil, que, al dividir a sus opresores, explotadores, tutores o amos, disminuye necesariamente el poderío maléfico de unos y otros. (EKG, p. 67)

Antes de terminar nuestra discusión, le quiero hacer aún una pregunta cuya respuesta correcta tiene una gran importancia para la revolución. La experiencia muestra, y es imposible dudar de ello, que un país, enarbolando la bandera de la revolución social, en plena guerra civil, estará expuesto a los ataques del extranjero. La burguesía internacional, en nombre de su salvación, buscará armar las masas populares engañadas y las incitará a levantarse contra la dominación del pueblo. ¿Se podrá defender el país insurrecto? ¿No será la derrota el resultado de esta guerra civil? ¿Acaso no será entregar la revolución a la rabiosa burguesía internacional, dado el cerco que sufrirá el país en revolución? ¿No conducirá "este combate interior entre los habitantes de cada comuna, al que se agrega aún la lucha de las comunas entre sí" a la victoria de los intervencionistas y al restablecimiento del régimen del Estado capitalista?

En absoluto. La historia nos prueba que nunca las naciones se sentirán más poderosas fuera, sino cuando se sientan profundamente agitadas y con disturbios por dentro, y que, al contrario, nunca fueron tan débiles sino cuando parecían unidas bajo una autoridad o con algún orden armónico. En el fondo, nada más natural, la lucha es vida y la vida es fuerza. Para estar convencido basta con que comparemos dos épocas, hasta cuatro épocas de la historia de aquí: primero la Francia de después de la Fronda[2], y desarrollada, curtida por las luchas de la Fronda, bajo la juventud de Luis XIV, con la Francia de su vejez con la monarquía fuertemente asentada, unificada, pacificada por el gran rey. La primera resplandecía de victorias, la segunda fue de derrota en derrota hasta la ruina. Comparemos asimismo la Francia de 1792 con la Francia de hoy. En 1792 y en 1793 Francia estaba literalmente desgarrada por la guerra civil; el movimiento, la lucha, una lucha por la vida y la muerte se encontraba, se reproducía en todos los puntos de la república Y

sin embargo Francia repelió victoriosamente la invasión de casi todas las potencias de Europa. En 1870, Francia unida y pacificada bajo el imperio fue vencida por los ejércitos de Alemania y se muestra tan desmoralizada que uno tiembla por su existencia. (LF, p. 62)

Notas

1 Bakunin retoma palabra por palabra una parte de LF (N. del T.).
2 La Fronda: guerra dentro de la clase dirigente en la época de la niñez de Luis XIV (N. del T.).

Tercera charla: Sobre la continuación de la revolución social y del período transitorio

Durante la última discusión aclaramos la noción de revolución social. Explicamos que, si bien se opone a la situación de opresión no tiene nada en contra de la población. La revolución provocará inevitablemente la guerra civil, porque las clases acomodadas no querrán abandonar de buen grado sus privilegios y, en consecuencia, habrá destrucción no sólo de las cosas, sino también de personas. Vimos igualmente la influencia favorable que la guerra civil tendrá sobre el pueblo, pero no abordamos en absoluto las influencias y las recaídas negativas de esa guerra civil. Y para nosotros, de hecho, no hay lugar a dudas sobre que la guerra civil excitará entre los combatientes todos los lados del pasado profundamente ocultos por el barniz de la cultura, de los instintos animales, instintos de fieras. Arrastrará la peor presión, agudizará el odio de clase y creará lo que llaman "el patriotismo de clase", al destruir y aniquilar con creces numerosos tesoros materiales y culturales, etc. Está claro. Y cuando la revolución social sea victoriosa para el proletariado y para todos los trabajadores en la guerra civil, es decir cuando sean los trabajadores físicamente vencedores de los capitalistas y de los partidarios del Estado, entonces comenzará, aparentemente, un bastante largo y penoso período de reconstrucción de la nueva sociedad sobre la base del comunismo[1] y del anarquismo y del crecimiento, por cierto muy intensivo, de una nueva civilización, de una nueva cultura y de una creación libre en todos los dominios. En consecuencia, me parece que la realización completa de nuestro ideal de la *anarquía y del comunismo, sólo será posible tras ese período transitorio de reconstrucción, después de esa etapa de transición, o sea que nuestro ideal, tal como lo concebimos hoy día, será el resultado de un desarrollo progresivo y de la reconstrucción del período que llegue tras la victoria de la revolución social.*

Así, a mi parecer, entre la victoria física definitiva del momento sobre el capitalismo y el Estado y el primer día de la realización completa, sin restricción, de nuestro ideal habrá un

período más o menos largo que llamo estadio de transición. De eso quiero hablar con usted. Deseo conocer su visión, su punto de vista, su enfoque, su respuesta a los problemas que planteo y su representación del día siguiente de la revolución social. ¿Piensa usted que el día siguiente a la revolución social, como se le llama, se aplicará nuestro ideal –anarquía y comunismo– en todos los detalles o usted reconoce que el progreso social se basa en períodos, fases, y que tras la revolución social habrá un momento de desarrollo lento, y luego, mucho más tarde, una era de fraternidad; dicho de otro modo, la era del cumplimiento total de nuestro ideal, tal como lo concebimos hoy? Subrayo esas últimas palabras porque el ideal es infinito en su desarrollo, eterno y nunca accesible, porque va creciendo a medida del incremento espiritual de la humanidad: la realización completa del ideal significaría el fin definitivo del desarrollo espiritual de la humanidad, lo que resulta imposible.

Quien haya tratado un poco de historia se habrá percatado de que en el fondo de las luchas religiosas y teológicas más abstractas, más sublimes e ideales, siempre hubo algún interés material. Todas las guerras de razas, de naciones, de Estados y clases, nunca tuvieron otro objetivo sino la dominación, condición y garantía necesarias del disfrute y de la posesión. La historia humana, considerada desde este punto de vista, no es más que la continuación de aquel gran combate por la vida, que, de acuerdo con Darwin, constituye la ley fundamental de la naturaleza orgánica.

En el mundo animal, ese combate se hace sin ideas y sin frases, queda sin solución; mientras exista la tierra el mundo animal se combatirá a sí mismo. Es la condición natural de su vida. Los hombres, animales carnívoros por antonomasia, han empezado su historia por la antropofagia. Tienden hoy por hoy a la asociación universal, a la producción y al disfrute colectivos.

Pero entre estos dos términos, ¡qué tragedia sangrienta y horrible! y aún no hemos terminado con esta tragedia. Después de la antropofagia vino la esclavitud, después de la esclavitud la servidumbre, después de la servidumbre el asalariado, al que debe suceder primero el día terrible de la justicia, y más tarde,

mucho más tarde, la era de la fraternidad. Éstas son las fases por las que el combate animal por la vida se transforma gradualmente en la historia, en la organización humana de la vida. (LP, tercer artículo)

–Usted dice que ahora la gente tiende a la asociación, al trabajo colectivo y al consumo generalizados, o sea a la fraternidad universal en una comuna anarquista y comunista. Pero esta comuna, para usted, surge en el período que comienza tras "el día terrible de la justicia", la revolución social. De ahí estas preguntas: ¿habrá, al fin de dicho período, realización instantánea y general de nuestro ideal a escala planetaria? ¿Seguirá esta realización la vía natural de la evolución (claro, sin descartar la participación activa del individuo, su influencia en el devenir del progreso, para colocar en su sitio a la fatalidad), con fases determinadas, que engloben progresivamente cada vez más pueblos, los más cultos, los menos cultivados, y, por fin, los que en la actualidad no han salido todavía de su infancia?

Todas las clases deben desaparecer en la revolución social, excepto las dos masas, el proletariado de las ciudades y el del campo, convertidos en propietarios, probablemente colectivos –bajo formas y condiciones diversas, que serán determinadas en cada localidad, en cada región y en cada comuna por el grado de civilización y por la voluntad de las poblaciones–, uno de los capitales y de los instrumentos de trabajo, otro de la tierra que cultiva con sus brazos; y que se organizarán equilibrándose mutua, natural, necesariamente, empujados por las necesidades y los intereses recíprocos de una manera homogénea y al mismo tiempo perfectamente libre. (CAI, p. 302)

Organización de la sociedad por la libre federación, de abajo arriba, de las asociaciones obreras tanto industriales como agrícolas, tanto científicas como artísticas y literarias, en la comuna primero; federación de las comunas en las regiones, de las regiones en las naciones, y de las naciones en la Internacional fraternal.

En cuanto al modo de organización de la vida social, del trabajo y de la propiedad colectiva el programa de la Internacional no impone nada que sea absoluto. La Internacional no

tiene ni dogmas, ni teorías uniformes. En este ámbito, como en toda sociedad viviente y libre, muchas teorías diferentes se agitan en su seno. Pero ella acepta como base fundamental de su organización el desarrollo y la organización espontánea de todas las asociaciones y de todas las comunas en completa autonomía, a condición de que, sin embargo, las asociaciones y las comunas tomen como base de su organización los principios generales ya expuestos, principios que son obligatorios para todos los que quieren formar parte de la Internacional. Para el resto, la Internacional cuenta con la acción saludable de la propaganda libre de las ideas y sobre la identidad y el equilibrio natural de los intereses. (CAI, p. 300)

En fin, no digo que el campo se reorganizará así, de abajo arriba, libremente, y creará a la primera vez una organización ideal, conforme en todos los puntos a la que imaginamos y en la que soñamos ... De lo que estoy convencido es que será una organización viviente, mil veces superior y más justa que la que existe en la actualidad, y que por otra parte, abierta a la propaganda activa de las ciudades de un lado, y de otro, por no poder nunca fijarse, ni ser por así decir petrificada por la protección del Estado ni por la de la ley –porque ya no habrá ni ley ni Estado–, podrá progresar libremente, desarrollarse y perfeccionarse de una manera indefinida, pero siempre viva y libre, nunca decretada ni legalizada, hasta llegar por fin a un punto tan razonable como puede desearse y esperarse hoy.

Como la vida y la acción espontánea, suspendidas durante siglos por la acción, por la absorción todopoderosa del Estado, se devolverán a las comunas por la abolición de Estado, es natural que cada comuna tome como punto de partida de su desarrollo nuevo, no el estado intelectual y moral en que la ficción oficial la supone, sino el estado real de la civilización, y como el grado de civilización real es muy diferente entre las comunas de Francia, lo mismo que entre las de Europa, resultará necesariamente una gran diferencia de desarrollos, lo que tendrá por consecuencia, quizá, primero la guerra civil de las comunas entre sí; luego inevitablemente la alianza mutua y el acuerdo, la armonía y el equilibrio establecidos entre ellas. Habrá una vida nueva y un mundo nuevo. (LF, pp. 61-62)

Ya expuesto el aspecto general del período transitorio, quisiera respuestas sobre algunos puntos. Usted dice que para las preguntas sobre la organización de la vida social, sobre el trabajo colectivo y sobre la propiedad social no se pueden dar contestaciones de antemano en todos sus detalles. Es verdad, pero supongo que no se niega a satisfacer mi interés legítimo sobre algunos detalles muy esenciales. Quisiera saber, por ejemplo, su postura sobre la burguesía vencida y sus hijos que, como sus padres, por no estar obligados a trabajar y por estar criados en un espíritu antisocial, podrían representar un peligro para la existencia de las nuevas formas de sociedad. ¿Cómo conducirse con quien no quiera atender la producción, el trabajo social útil? ¿Será forzado a hacerlo por una medida, una influencia obligatoria y la imposición o habrá sencillamente que soportarlo en su medio, como un parásito?

El socialismo hará una guerra inexorable a las "posiciones sociales", no a los hombres; y destruidas y quebradas esas posiciones, los hombres que las habían ocupado, desarmados y privados de todos los medios de acción, se volverán inofensivos y mucho menos poderosos, se lo aseguro, que el obrero más ignorante. En efecto, su poder actual no está en sí mismos, sino en su riqueza y en el apoyo del Estado.

La revolución social, por lo tanto, no solamente los perdonará, sino que, tras abatirlos y privarlos de sus armas, los reunirá y les dirá: "Y ahora, queridos compañeros, como se han convertido en nuestros iguales, es necesario que trabajen normalmente con nosotros. En el trabajo, como en todo, el primer paso es difícil, y los auxiliaremos a superarlo". Entonces quienes, robustos y válidos, no quieran ganarse la vida por el trabajo, tendrán el derecho a morir de hambre, a menos de resignarse a subsistir humilde y miserablemente de la caridad pública, que a buen seguro no les negará, por cierto, lo estrictamente necesario.

En cuanto a los niños, no hay que dudar en absoluto que se convertirán en sólidos trabajadores y hombres iguales y libres. En la sociedad habrá por supuesto menos lujo, pero incontestablemente más riqueza; y, además, habrá un lujo hoy por hoy ignorado por todos, el lujo de la humanidad, de la

felicidad del pleno desarrollo y de la plena libertad de cada uno en la igualdad de todos. (CAI, p. 302)

Usted plantea una cuestión sumamente importante, en la que es necesario detenerse, es el problema del trabajo obligatorio y voluntario. ¿Cómo se debe resolver esta cuestión, desde su punto de vista, durante el período de transición?

[Puede tener parte de mi posición sobre la pretendida "libertad del trabajo" (capitalista) en mi respuesta a Mazzini] "ella existió ya, y todo el sistema burgués está fundado en esa libertad." (CAI p. 287)

[Nuestro ideal, presente en la Internacional, está en el pueblo]: "Este ideal presenta, naturalmente, al pueblo en primer lugar el fin de la miseria, de la pobreza y la satisfacción completa de todas las necesidades materiales por medio del trabajo colectivo, obligatorio e igual para todos." (EA, ed. 2004, p. 41)

El trabajo obligatorio es para usted el fundamento de la nueva sociedad. Pero la obligación no es la imposición, y este concepto puede extenderse, por ejemplo, apoyándose en el trabajo obligatorio, ¿no aplicará usted una imposición sobre los que llamamos ociosos, perezosos y parásitos, que intentarán explotar a sabiendas el trabajo de las comunas?

Nadie podrá ya explotar el trabajo de los demás: cada uno estará obligado a trabajar para vivir y quien no desee trabajar, será libre de morir de hambre, si no está socorrido por alguna asociación o comuna que aceptara alimentarlo por piedad. Pero se encontrará entonces, es muy verosímil, justo no reconocerle derecho político alguno, ya que, teniendo la capacidad de trabajar, preferirá estar en una situación vergonzosa y vivir del trabajo ajeno: no habrá en efecto ningún otro fundamento a los derechos políticos y sociales que el trabajo aportado por cada uno. No obstante casos de este tipo podrán darse únicamente en el período transitorio, cuando haya aún, desgraciadamente, en el mundo un cierto número de individuos formados por el sistema actual de la injusticia y de los privilegios, y no educa-

dos en la conciencia de la justicia y de la verdadera dignidad humana, e igualmente del respeto y de la costumbre del trabajo. Para tales individuos, la sociedad revolucionaria o vuelta revolucionaria se enfrentará a un penoso dilema: forzarlos a trabajar, lo que sería despotismo, o dejar que los exploten algunos ociosos, lo que sería esclavitud y una fuente de corrupción para toda sociedad.

En una sociedad organizada sobre la base de la igualdad y de la justicia, que sirve de cimiento a la verdadera libertad, con un enfoque razonable de la educación y de la formación, y bajo la presión de la opinión pública, no será posible no despreciar a los ociosos, porque esta sociedad estaría fundada en el respeto al trabajo. En tal sociedad el ocio y el parasitismo serán imposibles. Convertidos en excepciones sumamente escasas, se considerarán justamente como una suerte de enfermedad, que será tratada en los hospitales. (PR)

Llegamos, como lo puede ver, al problema de la sanción en la sociedad futura. Usted rechaza categóricamente el trabajo forzado de los haraganes y el castigarlos, dejándolos en su propia condición, o dependientes de la generosidad de la sociedad. Pero ¿cómo se protegerá la sociedad de esos individuos incorregibles? ¿No deberá en ese caso decidirse a castigarlos?

La educación, la instrucción y la organización de la sociedad fundada sobre la libertad y la justicia deben sustituir a la sanción. Durante todo el período transitorio, más o menos largo, que necesariamente seguirá a la revolución social, la sociedad –para defenderse de los individuos incorregibles (no criminales, sino peligrosos)– no les aplicará nunca otro castigo que apartarlos del marco de sus garantías y de su solidaridad. (PR)

En lo que concierne a la obligación del trabajo para todos, una cuestión muy delicada se plantea: ¿cómo las personas del mundo de la ciencia y de la cultura cumplirán esa obligación? ¿Qué sucederá con la ciencia y las artes, con todo lo que la humanidad ha asociado con el progreso? ¿No se corre el riesgo de rebajar las grandes personalidades con el trabajo físico al nivel de las más vulgares? Luego, la retribución del trabajo in-

telectual. ¿Cómo lo pagaría usted o, tal vez, no consideraría de ningún modo útil retribuir ese tipo de trabajo?

Todas las obras aisladas de la inteligencia individual, todas las obras del espíritu, en tanto que invención, no en tanto que aplicación, deben ser obras gratuitas. Pero entonces, ¿de qué vivirán los hombres de talento, los hombres de genio? ¡Eh, por Dios! Vivirán de su trabajo manual y colectivo como los demás. ¡Cómo! ¿Usted quiere obligar a las grandes inteligencias a un trabajo manual lo mismo que las inteligencias más inferiores? Sí, nosotros lo queremos, y por dos razones. La primera, es que estamos convencidos de que las grandes inteligencias, lejos de perder algo, al contrario ganarán mucho en salud para el cuerpo y en vigor espiritual, y sobre todo en espíritu de solidaridad y de justicia. La segunda, es que es el único medio de elevar y de humanizar el trabajo manual, estableciendo con eso una igualdad real entre los hombres. (LE, pp. 127-128)

Puesto que estamos en esa cuestión delicada, me parece que es deseable, antes de poner un punto final a nuestra discusión, aclarar otros aspectos en este dominio. Primero, con lo que ha dicho no se puede concluir que, tras la revolución social, como lo pretenden algunos, todos serán sabios por igual. Segundo, ¿quiénes atenderán las ciencias, si los científicos tienen que trabajar físicamente? Por fin, si todos son efectivamente cultos, ¿quiénes van a trabajar? Además, ¿qué pasará con los científicos de la sociedad burguesa durante el período transitorio: podrán ser aún útiles para el nuevo régimen? Y, finalmente, ¿no se producirá, a causa de la generalización del trabajo, un bajón de la ciencia, al menos, durante el período transitorio; no será el comienzo de lo que llaman la disminución organizada de la cultura?

Nos parece que se engañan profundamente los que imaginan que todos serán igualmente sabios después de la revolución social. La ciencia como ciencia –mañana lo mismo que hoy– será una de las numerosas especialidades sociales, con esta sola diferencia: que esa especialidad, accesible hoy a los individuos pertenecientes a las clases privilegiadas solamente, será luego,

cuando desaparezcan las distinciones de clase para siempre, accesible a todos los que tengan vocación o deseo de estudiar, pero no a expensas del trabajo común manual, que será obligatorio para todos.

Un patrimonio común será sólo la instrucción científica general y sobre todo la enseñanza del método científico, el hábito de pensar, es decir, de generalizar los hechos y de deducir conclusiones más o menos correctas. (EA, ed. 2004, p. 160)

Pero si todo el mundo está instruido ¿quiénes querrán trabajar?, nos preguntan. Nuestra respuesta es sencilla: todos deben trabajar y todos deben instruirse. A eso, contestan a menudo que la mezcla del trabajo industrial con el trabajo intelectual no podrá ocurrir sino a expensas de uno y de otro: los trabajadores serán malos científicos y los científicos siempre serán tristes obreros. Sí, así es en la sociedad actual, en la que tanto el trabajo manual como el trabajo de la inteligencia son igualmente falseados por el aislamiento muy artificial al que se los condena a ambos. Pero estamos convencidos de que en el hombre viviente y completo, cada una de esas dos actividades, muscular y nerviosa, debe ser igualmente desarrollada y que, lejos de dañarse mutuamente, cada una ha de apoyar, ampliar y fortalecer a la otra. La ciencia del científico se hará más fecunda, más útil y más amplia cuando el científico no ignore ya el trabajo manual, y el trabajo del obrero educado será más inteligente y por consiguiente más productivo que el del obrero ignorante.

De ahí que, por el interés mismo del trabajo tanto como el de la ciencia, es preciso que ya no haya ni obreros ni científicos, sino sólo hombres.

Resultará de ello que los hombres que, por su inteligencia superior, hoy en día están encerrados en el mundo exclusivo de la ciencia y, afincados ya en ese mundo, aceptando la necesidad de una posición muy burguesa, hacen funcionar todas sus invenciones para la utilidad exclusiva de la clase privilegiada de la que forman parte. Aquellos hombres, una vez que se vuelvan realmente solidarios con todo el mundo –solidarios, no en imaginación y en palabras únicamente, sino en los hechos, por el trabajo– harán funcionar también necesariamente los descu-

brimientos y las aplicaciones de la ciencia para utilidad de todo el mundo, y ante todo para el alivio y el ensalzamiento del trabajo, esa base, la única legítima y la única real, de la humana sociedad.

Es posible e incluso muy probable que en la época de transición más o menos larga que sucederá naturalmente a la gran crisis social, las ciencias más elevadas caigan considerablemente por debajo del nivel actual. Como resulta indudable también que el lujo, y cuanto constituyen los refinamientos de la vida, deberán desaparecer de la sociedad por mucho tiempo, y podrán reaparecer, no ya como disfrute exclusivo sino como un noble ascenso de la vida de todos, cuando la sociedad haya conquistado lo necesario para todo el mundo. ¿Pero será una desgracia tan grande ese eclipse temporario de la ciencia superior? ¿Lo que pierda en elevación sublime, acaso no lo ganará al ampliar su base? Sin duda habrá menos ilustres científicos, pero al mismo tiempo habrá infinitamente menos ignorantes. Ya no habrá esos pocos hombres que alcanzan el cielo, sino por el contrario, millones de hombres, hoy por hoy envilecidos, aplastados, caminarán como humanos en la tierra. Nada de dioses a medias, nada de esclavos. Los dioses a medias y los esclavos se humanizarán a la vez, unos descendiendo algo, otros ascendiendo mucho. Ya no habrá, pues, sitio ni para la divinización ni para el desprecio. Todos se darán la mano y, al aunarse, todos caminarán con una andadura nueva hacia nuevas conquistas, tanto en la ciencia como en la vida. [...] Y estamos convencidos de que una vez conquistada esa base nueva, los progresos de la humanidad, tanto en la ciencia como en la vida, superarán muy rápido cuanto hemos tenido y todo lo que podamos imaginarnos hoy en día. (INI, pp. 145-147)

Fuentes de las citas:

Obras en la editorial Stock de James Guillaume y Max Nettlau, seis volúmenes, designados por I, II, etc. Obras en Champ Libre, de Arthur Lehning, nueve volúmenes designados por l, 2, etc. *La Comuna de París y la noción del Estado* sólo aparece con ese título en las ediciones rusa y española y en el

libro de Fernand Rude *De la guerre à la Commune*. Este texto se intitula "Segunda entrega del Imperio knuto-germánico" en II y Vol. 8, siendo esta última edición la más completa.

CAI: *Circulares a mis amigos de Italia*, 1871, 2.
CP: *La Comuna de París y la noción del Estado*, 1871.
EA: *Estatismo y anarquía*, 1873, 4.
EKG: *El Imperio knuto-germánico y la revolución social*, 1871, 8.
FSA: *Federalismo, socialismo, antiteologismo*, 1867, I.
INI: *La instrucción integral*, 1869, V.
LE: *Los adormecedores*, 1869, V.
LF: *Carta a un francés*, 1870, 7.
LP: *Cartas sobre el patriotismo*, I.
OB: *Los Osos de Berna y los Osos de San Petersburgo*, 1870, II.
PA: *Protesta de la Alianza*, 1871, VI.
PI: *La política de la Internacional*, 1869, I.
PR: *Programa Obchtchestva Mejdunarodnoy Revolutsiia* [programa de la sociedad Internacional de la revolución] 1871, texto en ruso.

Notas

[1] Aunque en las preguntas de Maximov se utiliza repetidas veces este término, cabe aclarar que Bakunin prefería hablar de colectivismo y no de comunismo, pues, asociándolo con la escuela alemana, descontaba el carácter autoritario y estatalista de este último. Tampoco acordaba con la divisa "de cada cual de acuerdo con sus posibilidades y a cada cual de acuerdo con sus necesidades" –retomada luego por los anarco comunistas–, sino que opinaba que la retribución a cada uno debía ser proporcional a su aporte al trabajo colectivo. (N. del E.).

Otros textos de Bakunin

Crítica de algunos aspectos

Por Frank Mintz

La proximidad de la explosión social

Bakunin, como Marx y Engels, luego Kropotkin, estaban persuadidos de que la revolución social iba a estallar durante sus vidas. La evocación de las condiciones revolucionarias corresponde a la historia del siglo xx: el papel de los campesinos fue fundamental en 1917-34 en la URSS sea como actores (con el anarcocomunismo y los sindicatos de Makhno) sea como víctimas (con el PC). En España, de 1936-1939, inspirados por el anarcosindicalismo de la CNT, los campesinos y los obreros edificaron una nueva sociedad aplastada por un enemigo que abarcaba desde los republicanos socialdemócratas hasta los dirigentes comunistas españoles, soviéticos y asimilados a los franquistas estimulados por Hitler, Mussolini y el Papa.

El nacionalismo y los orígenes nacionales

Bakunin analizó los nacionalismos para recusarlos: “Cualquier nación tiene el derecho absoluto de disponer de sí misma, de asociarse o no asociarse, de aliarse con quienes quiera y de romper sus alianzas sin respetar ninguno de los presuntos derechos históricos” (véase a continuación “Exposición de las ideas anarquistas”). Aunque se dejó constantemente guiar por prejuicios nacionalistas: los pueblos latinos propensos a las revoluciones, los pueblos germánicos con inclinación al totalitarismo[1] y los judíos que reúnen los defectos más graves (de ahí los textos antisemitas contra Marx). Además el texto de Kropotkin sobre Bakunin está impregnado de esa convicción.

Marx y Engels, por su lado, atribuían una disposición más o menos fuerte a ciertas culturas nacionales para acelerar la llegada de la revolución (Alemania, Inglaterra y Turquía). Ese aspecto está superado. El final de la Primera Guerra Mundial acarreó convulsiones revolucionarias tanto en Alemania como en Rusia y en Italia. Los pueblos eslavos, latinos y germánicos

fueron vencidos por las fuerzas autoritarias del marxismo-leninismo, del marxismo parlamentario y del fascio mussoliniano. Se borraban las afirmaciones rusófilas de Bakunin y de Kropotkin sobre una supuesta diferencia profunda entre estos pueblos, demostrando la validez de sus análisis anarquistas e internacionalistas. Alemania, entre 1918 y 1920, estuvo en una fase extraordinaria de acción directa de los trabajadores, alentados por comunistas de base y anarquistas. Los proletarios de Rusia fueron engañados por el lema de "todo el poder a los soviets" de presuntos líderes obreros marxistas-leninistas que se hicieron con el poder hasta 1991. Los explotados de ambos países supieron sacudir sus cadenas y sólo la fuerza del número superior de verdugos armados venció su entusiasmo, que sobrepasó su acervo cultural positivo o negativo.

La psicología individual

Bakunin reconoce que el autoritarismo es innato: existe en todos los hombres un instinto natural del mando que se origina en esa ley fundamental de la vida, que ningún individuo puede asegurar su existencia y hacer valer sus derechos sino por la lucha. "[…] en toda la historia humana, ése es el principio de mando. […] Y fatalmente ese principio maldito se encuentra como instinto natural en cada hombre, sin exceptuar a los mejores" (PA pp. 11, 17).

Alexandre Herzen, que permitió a Bakunin ir al extranjero, gracias a su generosidad financiera, no compartía todas sus ideas y le escribió: "Si volaran con pólvora a todo el mundo burgués, se vería renacer, una vez disipado el humo y sacados los escombros, otro mundo burgués, porque tal mundo no habría muerto interiormente y porque ni el mundo por construir ni la nueva organización estarían lo suficientemente preparados para poder completarse con su realización". (15-1-1869)

No se conoce la respuesta de Bakunin. Acaso hubiera dicho que son resabios judeocristianos que la conciencia de los males de la jerarquía puede superar.

El anarquista

De *El Programa de La Fraternidad* (1865): “Es preciso que [el futuro afiliado] sea ateo […] enemigo del principio de autoridad y que deteste todas sus aplicaciones y consecuencias, sea en el mundo intelectual y moral, sea en el mundo político, económico y social. [...] que quiera ante todo la libertad y la justicia […] que sea federalista”.

“Es necesario, tanto en la teoría como en la práctica y en toda su amplitud de sus consecuencias, que se siga este principio: todo individuo, toda asociación, toda comuna, toda provincia, toda región, toda nación tienen el derecho absoluto de decidir por sí mismos, de asociarse o de no asociarse, de aliarse con quienes quieran y de romper sus alianzas sin miramiento alguno por los pretendidos derechos históricos, ni por los usos de sus vecinos; y que estén firmemente convencidos que sólo cuando estén formados por la omnipotencia de sus atracciones y necesidades inherentes, naturales y consagradas por la libertad, esas nuevas federaciones de comunas, de provincias, de regiones y de naciones se harán verdaderamente fuertes, fecundas e indisolubles”[2].

“Es necesario que él esté convencido de que el trabajo, siendo el único productor de las riquezas sociales, cualquiera que se beneficie del mismo sin trabajar es un explotador del trabajo ajeno, un ladrón, y que siendo el trabajo la base fundamental de la humana dignidad, el único medio por el cual el hombre conquista realmente y crea su libertad, todos los derechos políticos y sociales sólo deberán en adelante pertenecer únicamente a los trabajadores”.

“Debe estar convencido como nosotros de que la mujer, diferente del hombre, pero no inferior a él, inteligente, laboriosa y libre como él, debe ser declarada en todos los derechos políticos y sociales, su igual. Que en la sociedad libre, el casamiento religioso y civil debe ser reemplazado por el casamiento libre, y que la crianza, la educación y la instrucción de todos los niños

deberán hacerse igualmente para todos, por todos, a cargo de la sociedad, y que ésta, sin dejar de protegerlos ya sea contra la estupidez, la negligencia, la mala voluntad de los padres, tenga necesidad de separarlos. Los niños no pertenecen ni a la sociedad, ni a sus padres, sino a la futura libertad de la sociedad, que no deberá tener otro fin, ni otra misión en relación con ellos, que prepararlos para una educación racional y viril fundada únicamente sobre la justicia, sobre el respeto humano y el culto al trabajo"[3].

"Es necesario que sea revolucionario [...] una tan completa y tan radical transformación de la sociedad [...] no podrá naturalmente efectuarse por medios pacíficos".

"Es necesario que comprenda que la revolución social se convertirá necesariamente en una revolución europea y mundial".

La autoridad, sus virtudes y sus límites

"¿Qué es la autoridad? ¿Es el poder inevitable de las leyes naturales que se manifiestan por el encadenamiento y la sucesión fatal de los fenómenos tanto del mundo físico como del mundo social? En efecto, contra esas leyes, la rebelión no sólo está prohibida, sino que es imposible. [...] La libertad del hombre consiste únicamente en esto: que obedece a las leyes naturales porque las ha reconocido él mismo como tales, y no porque le fueron impuestas desde fuera por una voluntad ajena, divina o humana, colectiva o individual, cualquiera".

"Supongamos una academia de científicos, compuesta por los representantes más ilustres de la ciencia; supongamos que esa academia se encargue de la legislación, de la organización de la sociedad, y que, inspirándose solamente en el amor más puro a la verdad, no le dicta más que leyes absolutamente conformes a los más recientes descubrimientos de la ciencia. Pues, afirmo yo, que esa legislación y esa organización serán una monstruosidad y por dos razones. La primera, porque la ciencia humana siempre será necesariamente imperfecta, y que al comparar lo ya descubierto con lo que le queda por descubrir, se puede decir que ella está siempre en su cuna. De modo que si

se quisiera forzar la vida práctica de los hombres –tanto colectiva como individual– a conformarse estricta, exclusivamente, a los últimos datos de la ciencia, se condenaría la sociedad como los individuos a sufrir el martirio en una cama de Procusto, que terminaría pronto por dislocar o sofocar la vida restante, siempre infinitamente más amplia que la ciencia".

"La segunda razón es ésta: una sociedad que obedeciera a una legislación procedente de una academia científica, no porque ella misma hubiera comprendido el carácter racional –en ese caso la existencia de la academia sobraría– sino porque esta legislación, dictada por la academia, se le impondría en nombre de una ciencia que veneraría sin comprenderla, tal sociedad sería una sociedad no de hombres, sino de embrutecidos"? [...]

"[...] Pero existe aún una tercera razón que hace tal gobierno imposible. Una academia científica revestida de esa soberanía por así decir casi absoluta, aunque estuviese integrada por los hombres más ilustres, acabaría infalible y rápidamente, ella misma, por corromperse en lo moral e intelectual. Ya es en la actualidad, con el juego de los privilegios que se les deja, la historia de todas las academias. El mayor genio científico, en cuanto sea académico, un sabio oficial, patentado, se apaga inevitablemente y se duerme. Pierde su espontaneidad, su audacia revolucionaria, y esa energía incómoda y salvaje que caracteriza la naturaleza de los más grandes genios, siempre llamados para destruir los mundos caducos y colocar los cimientos de mundos nuevos. [...] Así, nada de legislación exterior y nada de autoridad, una siendo además inseparable de otra, y tendiendo ambas a la supeditación de la sociedad y al embrutecimiento de los mismos legisladores".

"¿Se desprende de esto que rechazo toda autoridad? Lejos de mí ese pensamiento, cuando se trata de botas, prefiero la autoridad del zapatero; de tratarse de una casa, de un canal o de un ferrocarril, consulto la [del arquitecto o] del ingeniero. Para tal ciencia especial me dirijo a tal sabio. Pero no me dejo que se me imponga ni el zapatero, ni el arquitecto ni el sabio. Los escucho libremente y con todo el respeto que merecen su inteligencia, su carácter, su saber, pero me reservo sin embargo mi derecho incontestable de crítica y de control. No me conformo con consultar una sola autoridad especialista, consulto va-

rias; comparo las opiniones, y elijo la que me parece más justa. Pero no reconozco ninguna autoridad como infalible, hasta en las cuestiones muy especiales; por consiguiente, por mucho respeto que pueda tener por la honradez y la sinceridad de tal o cual individuo, no tengo una fe absoluta en nadie. Tal fe sería fatal a mi razón, a mi libertad y al mismo éxito de mis empresas; me transformaría inmediatamente en un esclavo estúpido y en un instrumento de la voluntad y de los intereses ajenos"? [...]

"[...] Me inclino ante la autoridad de hombres especiales porque me viene impuesta por mi propia razón. Tengo conciencia de no poder abarcar en sus detalles y sus desenvolvimientos positivos únicamente una muy pequeña parte de la ciencia humana. La más grande inteligencia no bastaría para abarcarlo todo. De ahí, para la ciencia como para la industria, la necesidad de la división y de la asociación del trabajo. Recibo y doy, tal es la vida humana. Cada uno es autoridad dirigente y cada uno es dirigido a su vez. Por lo tanto no hay autoridad fija y constante, sino un intercambio continuo de autoridad y de subordinaciones mutuas, pasajeras y sobre todo voluntarias"? [...]

"[...] Reconocemos la autoridad absoluta de la ciencia, pero rechazamos la infalibilidad y la universalidad de los representantes de la ciencia [...] aceptamos todas las autoridades naturales, y todas les influencias de hecho, ninguna de derecho; porque toda autoridad o toda influencia de derecho, y como tal oficialmente impuesta, por ser enseguida una opresión y una mentira, nos impondría infaliblemente, como creo haberlo demostrado bastante, la esclavitud y el absurdo."

"En una palabra, rechazamos toda legislación, toda autoridad y toda influencia privilegiada, patentada, oficial y legal, incluso originada en el sufragio universal, convencidos de que éstas sólo podrían redundar en beneficio de una minoría dominadora y explotadora, contra los intereses de la inmensa mayoría supeditada. En ese sentido somos realmente anarquistas". EKG, *Obras completas,* tomo 4, pp. 63-69.

“[a propósito de una parte de la burguesía] comprendiendo al fin que ninguna existencia política es desde ahora posible sin la cuestión social, ella se dice socialista, se ha convertido en socialista burguesa, lo que equivale a decir que quiere resolver todas las cuestiones sociales sobre la base de la desigualdad económica. Quiere y debe conservar el interés del capital y la renta de la tierra, pretendiendo que con esto se podrá emancipar a los trabajadores. Se esfuerza en dar consistencia a la insensatez. […]

“[…] [cómo reconocer a un falso socialista] Es éste un signo infalible por el cual los obreros pueden reconocer un falso socialista, un socialista burgués. Si en lugar de hablar de revolución o si se quiere de transformación social, él les dice que la transformación política *debe preceder* la transformación económica; si niega que ellas deben hacerse las dos a la vez o incluso que la revolución política no debe ser otra cosa que la puesta en acción inmediata y directa de la plena y entera liquidación social, que el obrero le dé la espalda pues o es un tonto, o un hipócrita explotador. [...]

“[…] Pero, se dirá, los trabajadores vueltos más sabios por la misma experiencia que hicieron, ya no enviarán burgueses a las asambleas constituyentes legislativas; enviarán simples obreros. Por pobres que sean, podrán proveer el mantenimiento necesario a sus diputados. ¿Saben ustedes lo que resultará? Los obreros diputados, transportados en las condiciones de existencia burguesa y en una atmósfera de ideas políticas completamente burguesas, cesarán de ser trabajadores de hecho para convertirse en hombres de Estado. Se convertirán en burgueses ellos mismos, y quizás incluso más burgueses que los burgueses mismos. En efecto los hombres no crean las posiciones; son las posiciones, al contrario, las que hacen a los hombres. Sabemos por experiencia que los obreros burgueses no son a menudo ni menos egoístas que los explotadores burgueses ni menos funestos a la Asociación que los burgueses socialistas, ni menos vanidosos y ridículos que los burgueses ennoblecidos”. (PI, páginas 94, 95 y 98 de esta edición)

“Es propio del privilegio y de toda posición privilegiada matar el espíritu y el corazón de los hombres”. (EKG, esp., p. 65.)

El terrorismo individual y su eficacia

“En ningún caso, tenemos aquí el derecho de juzgarlo [al terrorista] sin saber nada de él ni de las razones que lo incitaron a cometer su acto. Como tú, no espero el menor provecho del asesinato del zar de Rusia; incluso estoy dispuesto a admitir que tal regicidio sería positivamente nefasto al suscitar una reacción momentánea favorable al zar; pero no me extraña en absoluto que no todos compartan mi parecer y que, con el agobio de la situación actual, que dicen insoportable, haya habido un hombre menos filosóficamente culto que nosotros, pero más enérgico, para creer que se puede de un golpe zanjar el nudo gordiano; y lo respeto sinceramente por haber tenido esa idea y cumplido su acto. A pesar de sus errores teóricos, no podemos rehusarle nuestro respeto y reconocerlo, ante la abyecta muchedumbre de cortesanos serviles del zar, como uno de los ‘nuestros’.” Carta a Herzen y Ogarev, 19 de julio de 1866 (CD-Rom).

El momento de la revolución

"Pero la miseria y la desesperación no bastan aún para suscitar la revolución social. Son capaces de promover [rebeliones individuales], motines locales, pero no bastan para levantar masas enteras. Para llegar a eso, es indispensable poseer un ideal común a todo el pueblo; desarrollado históricamente desde las profundidades del instinto del pueblo; educado, ampliado y esclarecido por una serie de fenómenos significativos y de experiencias severas y amargas, es necesario tener una idea general de su derecho y una fe profunda, apasionada, religiosa si se quiere, en ese derecho. Cuando tal ideal y tal fe se encuentran con la miseria que los lleva a la desesperación, entonces la revolución social es inevitable, está próxima y ninguna fuerza podrá resistirla". (EA ed. 2004, pp. 40-41, con una leve corrección a partir del original ruso entre corchetes.)

"Pero las revoluciones no se improvisan. No las hacen arbitrariamente ni los individuos ni aun las poderosas asociaciones. Independientemente de toda voluntad y de toda conspiración, son llevadas siempre por la fuerza de los acontecimientos. Se las puede prever, algunas veces presentir su aproximación pero jamás acelerar la explosión". (PI, página 100 de esta edición.)

Los asalariados, la mayoría de los trabajadores

"Hablamos de la gran masa obrera que, aplastada por su trabajo cotidiano, se encuentra ignorante y miserable. Ésta, cualesquiera sean los prejuicios políticos y religiosos que se han encargado –y a veces logrado en parte– de introducir en su conciencia, es *socialista sin saberlo*. Ella es en el fondo de su instinto y por la fuerza misma de su posición, más seriamente, más realmente, socialista que todos los socialistas científicos y burgueses tomados en su conjunto". (PI página 89 de esta edición.)

“[…] el mundo obrero permanece todavía ignorante de una teoría que le falta aún completamente. Así no le queda más que una sola vía, la de su *emancipación por la práctica*. ¿Cuál puede y debe ser esta práctica? No hay más que una. Es la de la lucha solidaria de los obreros contra los patrones y su carácter fundamental: *la organización y la federación de los sindicatos de resistencia*”. (PI página 51 de esta edición.)

El Estado y la explotación social

“[…] el Estado no es otra cosa que la garantía de todas las explotaciones a favor de un número exiguo de felices privilegiados y en detrimento de las masas populares. Se sirve de la fuerza colectiva y del trabajo colectivo para asentar la felicidad, la prosperidad y los privilegios de unos pocos a expensas del deber humano de todos. Es un lugar donde la minoría tiene el papel de martillo y la mayoría forma el yunque”. (Conferencias V, 312)

“[…] mientras haya Estados, no habrá humanidad, y mientras haya Estados, la guerra y los horribles crímenes de la guerra, la ruina y la miseria general de los pueblos, que son las consecuencias inevitables, serán permanentes”. (Conferencias V, 311)

“[…] el Estado siempre ha sido el patrimonio de cualquier clase privilegiada: clase sacerdotal, clase nobiliaria, clase burguesa y clase burocrática. Ésta aparece al final, cuando todas las otras clases se agotaron, cuando el Estado se cae o se eleva, como se quiera, a la condición de máquina”. (A los compañeros I, p. 227.)

“Pero para que esa abstracción omnívora pueda imponerse a millones de hombres, es preciso que esté representada y sostenida por un ser verdadero, por una fuerza viviente cualquiera. Pues, ese ser, esa fuerza siempre han existido. En la Iglesia, se llamaron el clero, y en el Estado la clase dominante o gobernante...” (EKG IV, p. 476)

"[…] Por su esencia misma todo sabio está inclinado hacia toda suerte de perversidad intelectual y moral, y su principal vicio es la exageración de sus conocimientos, de su propio intelecto y el desprecio de los que no saben. Dadle la Administración en sus manos y se convertirá en el tirano más insoportable, porque el orgullo del sabio es repugnante, ultrajante y es más opresivo que cualquier otro. Ser esclavos de pedantes, ¡qué destino para la humanidad! Dadles plena libertad y comenzarán a hacer sobre la humanidad las mismas experiencias que hacen actualmente en provecho de la ciencia sobre los conejos y los perros".

"Respetemos a los sabios según sus méritos, pero por salvación de su inteligencia y de su moralidad, no les demos ningún privilegio social y no les reconozcamos ningún otro derecho que el derecho que todos poseen, el de la libertad de profesar sus convicciones, sus pensamientos y sus conocimientos. No hay que darles, ni a ellos ni a nadie el poder, porque el que está investido de un poder se volverá, inevitablemente, por la ley social inmutable, un opresor y un explotador de la sociedad".

"Pero se nos dirá: la ciencia no será siempre el patrimonio de un pequeño número; llegará el tiempo en que será accesible a todos. Y bien, estamos lejos de ello y antes de que suene esa hora tendrán que realizarse gran número de trastornos sociales. Y hasta entonces, ¿quién querrá poner su suerte en manos de los sabios, de los sacerdotes de la ciencia? ¿Por qué arrancarla entonces de manos de los sacerdotes cristianos?".

"Nos parece que se engañan profundamente los que imaginan que todos serán igualmente sabios después de la revolución social. La ciencia como ciencia –mañana lo mismo que hoy– será una de las numerosas especialidades sociales, con esta sola diferencia: que esa especialidad, accesible hoy a los individuos pertenecientes a las clases privilegiadas solamente, será luego, cuando desaparezcan las distinciones de clase para siempre, accesible a todos los que tengan vocación o deseo de estudiar, pero no a expensas del trabajo común manual, que será obligatorio para todos".

"Un patrimonio común será sólo la instrucción científica

general y sobre todo la enseñanza del método científico, el hábito de pensar, es decir, de generalizar los hechos y de deducir conclusiones más o menos correctas. Pero habrá siempre un pequeño número de cerebros enciclopédicos, y por consiguiente de sabios sociólogos. ¡Ay de la humanidad si el pensamiento se convirtiese en la fuente y en el único director de la vida, si las ciencias y el estudio se pusieran a la cabeza de la administración social! La vida se desecaría y la sociedad humana se transformaría en un rebaño mudo y servil. La administración de la vida por la ciencia no tendría otro resultado que el embrutecimiento de la humanidad".

"Nosotros, revolucionarios anarquistas, defensores de la educación del pueblo entero, de la emancipación y del desenvolvimiento más vasto de la vida social, y por consiguiente enemigos del Estado y de toda estatización, en oposición a todos los metafísicos, positivistas y a todos los adoradores sabios o profanos de la diosa Ciencia, afirmamos que la vida natural y social precede siempre al pensamiento, que no es más que una de sus funciones, pero nunca su resultado; que se desarrolla de su propia profundidad inagotable por una serie de hechos diferentes y no de reflejos abstractos y que estos últimos, producidos siempre por ella, pero no lo contrario, indican sólo, como los postes kilométricos, su dirección y las diferentes fases de su desenvolvimiento propio e independiente".

"De acuerdo con esa convicción, nosotros, no sólo no tenemos la intención o el menor deseo de imponer a nuestro pueblo o a cualquier otro pueblo tal o cual ideal de organización social, leído en los libros o inventado por nosotros mismos, sino que, convencidos de que las masas del pueblo llevan en sí mismas, en sus instintos más o menos desarrollados por la Historia, en sus necesidades cotidianas en sus aspiraciones conscientes o inconscientes, todos los elementos de su organización normal del porvenir, buscamos ese ideal en el seno mismo del pueblo; y como todo poder estatista, todo gobierno debe por su esencia misma y por su situación al margen del pueblo y sobre él, aspirar inevitablemente a subordinarlo a una organización y a fines que le son extraños, nos declaramos enemigos de todo poder gubernamental y estatista, enemigos de toda organización estatista en general y consideramos que el pueblo no po-

drá ser feliz y libre más que cuando, organizándose de abajo arriba por medio de asociaciones independientes y absolutamente libres y al margen de toda tutela oficial, pero no al margen de las influencias diferentes e igualmente libres de hombres y de partidos, cree él mismo su propia vida".

"Tales son las convicciones de los revolucionarios sociales y por eso se nos llama anarquistas. Nosotros no protestamos contra esa denominación, porque somos realmente enemigos de toda autoridad, porque sabemos que el poder corrompe tanto a los que están investidos de él como a los que están obligados a sometérsele. Bajo su influencia nefasta, los unos se convierten en tiranos vanidosos y codiciosos, en explotadores de la sociedad en provecho de sus propias personas o de su clase, los otros en esclavos. Los idealistas de todo matiz, los metafísicos, los positivistas, los defensores de la hegemonía de la ciencia sobre la vida, los revolucionarios doctrinarios, todos juntos soportan con el mismo ardor, bien que con argumentos diferentes, la idea del Estado y del poder estatista, viendo en ésta y según ellos *del todo lógicamente*, la única salvación de la sociedad. *Del todo lógicamente*, porque una vez adoptado el principio fundamental de que el pensamiento precede a la vida –principio absolutamente falso, según nosotros–, que la teoría precede a la práctica social, y que por consiguiente la ciencia sociológica debe ser el punto de partida para reorganizaciones y revoluciones sociales, son forzados necesariamente a concluir que, puesto que el pensamiento, la teoría, la ciencia –al menos en la hora actual– constituye el patrimonio de un pequeño número, y como ese pequeño número debe administrar la vida social, no sólo debe estimular, sino dirigir todos los movimientos nacionales, y al día siguiente de la revolución la nueva organización de la sociedad deberá ser creada, no por medio de la libre unión de abajo arriba de las asociaciones del pueblo, de las comunas, de los cantones, de las provincias –de acuerdo con las necesidades e instintos del pueblo–, sino exclusivamente por el poder dictatorial de esa minoría sabia que pretende expresar la voluntad del pueblo".

"Es sobre la ficción de esa pretendida representación del pueblo y sobre el hecho real de la administración de las masas populares por un puñado insignificante de privilegiados elegi-

dos o no elegidos por las muchedumbres reunidas en las elecciones y que no saben nunca por qué y por quién votan; sobre esa pretendida expresión abstracta que se imagina ser el pensamiento y la voluntad de todo un pueblo y de la cual el pueblo real y viviente no tiene la menor idea, sobre la que se basan igualmente la teoría estatista y la teoría de la llamada dictadura revolucionaria".

"La única diferencia que existe entre la dictadura revolucionaria y el estatismo no está más que en la forma exterior. En cuanto al fondo, representan ambos el mismo principio de la administración de la mayoría por la minoría en nombre de la pretendida estupidez de la primera y de la pretendida inteligencia de la última. Son por consiguiente igualmente reaccionarias, pues el resultado de una y de otra es la afirmación directa e infalible de los privilegios políticos y económicos de la minoría dirigente y de la esclavitud política y económica de las masas del pueblo".

"Está claro ahora por qué los *revolucionarios doctrinarios*, que tienen por misión destruir el poder y el sistema actuales, a fin de crear sobre sus ruinas su propia dictadura, no han sido jamás, y no serán nunca, los enemigos, sino al contrario, han sido y serán siempre los defensores más ardientes del Estado. No son enemigos más que del poder actual, porque quieren ponerse en su lugar; son enemigos de las instituciones políticas de hoy porque excluyen la posibilidad de su dictadura; pero son, sin embargo, los amigos más ardientes del poder estatista sin cuyo mantenimiento la revolución, que libertó definitivamente las grandes masas del pueblo, habría quitado a esa minoría pseudorrevolucionaria toda esperanza de encadenarlas a un nuevo carro y de colmarlas de beneficios por sus medidas gubernamentales". (EA ed. 2004 pp. 159-163)

La disciplina en las organizaciones

"Por enemigo que sea de lo que llaman en Francia la disciplina, reconozco sin embargo que cierta disciplina, no automática, sino voluntaria y reflexionada, combinándose perfectamente con la libertad de los individuos, fue y será necesaria, siem-

pre que muchos individuos, unidos libremente, emprendan un trabajo o una acción colectiva cualquiera. Esa disciplina sólo es entonces nada más que la concordancia voluntaria y reflexionada de todos los esfuerzos individuales hacia un fin común. En el momento de la acción, en medio de la lucha, se dividen los papeles naturalmente, de acuerdo con las aptitudes de cada uno, apreciadas y juzgadas por la colectividad entera: unos dirigen y mandan, otros ejecutan las órdenes. Pero ninguna función se petrifica, ni se fija y no queda irrevocablemente apegada a ninguna persona. El escalafón y el ascenso jerárquicos no existen, de modo que el comandante de ayer puede ser subalterno hoy en día. Ninguno se alza encima de los demás, o si se eleva, es sólo para caer un instante después, como las olas del mar, regresando siempre al nivel saludable de la igualdad. En ese sistema, ya no hay de hecho poder. El poder se funde en la colectividad, y resulta la expresión sincera de la libertad de cada uno, la realización fiel y seria de la voluntad de todos; obedeciendo cada uno porque el jefe de un día sólo le manda lo que él mismo desea". (EKG, pp. 7-8)

Sindicalismo e indiferencia de la base

"Excepto las cuestiones de huelga y de cuotas, sobre todos los otros puntos las secciones de los obreros de la construcción han renunciado de lleno a todo juicio, a toda deliberación, a toda intervención; se conforman simplemente con los decisiones de sus comités. 'hemos elegido nuestro comité, le toca decidir'. Así contestan muchas veces los obreros de la construcción a quienes se esfuerzan por conocer su opinión sobre cualquier cuestión [...] siempre que sus comités no les pidan demasiado dinero y no les presionen demasiado para pagar lo que deben, éstos pueden, sin consultarlos, decidir y hacer impunemente en su nombre lo que se les antoje bueno. Es muy cómodo para los comités, pero no es de ninguna manera favorable para el desenvolvimiento social, intelectual y moral de las secciones, ni para el desarrollo verdadero del poder colectivo de la Asociación Internacional. En efecto de ese modo no queda nada verdadero al final sino los comités. Pero por representar los comités sólo a

sí mismos y por tener detrás de ellos sólo masas ignorantes e indiferentes, ya no son capaces de formar sino un poder ficticio, no un poder verdadero. Ese poder ficticio, consecuencia detestable e inevitable del autoritarismo una vez introducido en las organizaciones de las secciones de la Internacional, es excesivamente favorable al desarrollo de toda suerte de intrigas, de vanidades, de ambiciones y de intereses personales; incluso es excelente para inspirar un contento pueril de sí mismo y una seguridad tan ridícula como fatal al proletariado". (PA, pp. 20-21)

Sindicalismo y religión

"Pensamos que los fundadores de la Asociación han actuado primero con una gran sabiduría al eliminar del programa de esta asociación todas las cuestiones políticas y religiosas. Sin duda no les faltaron ni opiniones políticas ni antirreligiosas muy marcadas, pero se abstuvieron de emitirlas en este programa, porque el fin principal era, ante todo, unir las masas obreras del mundo civilizado en una acción común. Necesariamente, debieron buscar una base común, una serie de simples principios sobre los cuales todos los obreros, cualesquiera fueran por otra parte sus aberraciones políticas y religiosas, siendo al menos obreros serios, es decir hombres duramente explotados y sufridos, están y deben estar de acuerdo". (PI, página 85 de esta edición.)

Demagogia frente a las masas

"No se debe nunca, bajo ningún pretexto y no importa cuál sea el fin perseguido, engañar al pueblo. Esto no sólo sería criminal sino además nefasto en tanto que medio para servir a la causa revolucionaria; nefasto porque todo engaño, no importa cuál sea, es por esencia limitado, mezquino, estrecho, siempre frágil y corrupto y, por ello, la juventud revolucionaria quedaría situada en la dirección más engañosa, más arbitraria e insensata, además de la más opuesta al pueblo. El individuo sólo

es fuerte cuando defiende con ardor su buena causa, cuando habla y actúa de acuerdo con sus convicciones más profundas. Entonces, no importa cuál sea su situación, siempre sabe lo que conviene decir y hacer. Puede sucumbir, pero es imposible que se comprometa y comprometa a su causa. Si intentamos emancipar al pueblo por medio de la mentira, nos perderemos sin la menor duda, abandonaremos el camino bueno, perderemos de vista la propia finalidad y, si contamos con alguna influencia sobre el pueblo, le haremos desviarse de su camino, lo que quiere decir que actuaríamos en el sentido de la reacción y en su beneficio".

"De igual modo, debido a que somos ateos profundamente convencidos, adversarios de cualquier creencia religiosa, y de los materialistas, cada vez que tengamos que hablar de religión delante del pueblo, tendremos la obligación de expresarle francamente nuestro ateísmo y yo diría más: nuestra hostilidad hacia la religión". (EA, en apéndice ed. 1986 pp. 298-299.)

El individualismo

"Entiendo por individualismo esa tendencia que, considerando toda la sociedad, la masa de los individuos, la de los indiferentes, la de los rivales, la de los competidores, como enemigos naturales, en una palabra, con los cuales cada uno está obligado de convivir, pero que obstruyen la ruta a cada uno– impulsa al individuo a conquistar y a establecer su propio bienestar, su prosperidad, su dicha a pesar de todo el mundo, en detrimento y a espaldas de todos los demás. Es una carrera alocada, un sálvese quien pueda general en que cada uno intenta ser el primero. ¡Ay de los débiles que se paran, quedan rezagados! ¡Ay de quienes, agotados, caen en el camino, enseguida los aplastan! La competencia no tiene corazón, no tiene piedad. [...] El Estado, que, dicen, es el representante y el vindicador de la justicia, no impide la perpetuación de esos crímenes, los perpetúa y los legaliza, al contrario. Lo que él representa, lo que defiende, no es la justicia humana, la justicia jurídica, que no es otra cosa que la consagración del triunfo de los fuertes sobre los débiles, de los ricos sobre los pobres. El Estado sólo

exige una cosa: que todos esos crímenes se cumplan legalmente. Puedo arruinarlos, aplastarlos, matarlos, pero debo hacerlo cumpliendo las leyes. De otro modo sería declarado criminal y tratado como tal. Tal es el sentido de este principio, de esta palabra, el individualismo".

"[...] [en política] Todos tienen el derecho de ascender a las más altas posiciones y funciones sociales. Pero para lograrlo hay que ser inteligente, hábil; es preciso ser fuerte y dichoso; es preciso saber y poder sobreponerse a todos los rivales. He ahí aún una carrera alocada: serán los individuos hábiles y fuertes quienes gobernarán, quienes esquilmarán a las masas".

"[...] [la economía burguesa] Quiere el disfrute aislado de los individuos. Pero ¿de qué individuos? ¿Será de todos? ¡Oh no, de ninguna manera! Quiere el disfrute de los fuertes, de los inteligentes, de los hábiles, de los dichosos. ¡Ah, sí, de los dichosos sobre todo! Porque en su organización social, y conforme a esa ley de herencia que es su fundamento principal, nace una minoría de individuos más o menos ricos, felices, y millones de seres humanos desheredados, desgraciados. Después la sociedad burguesa dice a todos esos individuos: Luchen, dispútense el premio, el bienestar, la riqueza, el poder político. Felices serán los vencedores. ¿Habrá por lo menos igualdad en esta lucha fratricida? No, de ningún modo. Unos, el pequeño número, están sumamente armados; fortalecidos por la instrucción y la riqueza heredada, y los millones de hombres del pueblo se presentan en la arena casi desnudos, con su ignorancia y su miseria igualmente heredadas. ¿Cuál es el resultado necesario de esa competencia llamada libre? Sucumbe el pueblo, la burguesía triunfa, y el proletario encadenado está obligado de trabajar como un presidiario por su eterno vencedor, el burgués". (Conferencia, *Obras Completas* tomo 2, pp. 245-248, trad. corregida.)

El control del poder

"Los mejores hombres son fácilmente corruptibles, sobre todo cuando el mismo medio provoca la corrupción de los individuos por la ausencia de control serio y de oposición perma-

nente. En la Internacional, no puede tratarse de la corrupción venal, por ser aún demasiado pobre la asociación para dar ingresos o incluso justas retribuciones a ninguno de sus jefes. Al contrario de lo que se da en el mundo burgués, los cálculos interesados y las malversaciones son muy pocos y sólo ocurren como excepción. Pero existe otro tipo de corrupción a la que infelizmente la alianza internacional no es ajena: es la de la vanidad y de la ambición". (PA, p. 15)

"[…] Existe en todos los hombres un instinto natural de mando que se origina en esa ley fundamental de la vida, que ningún individuo puede asegurar su existencia y hacer valer sus derechos sino por la lucha... Esa lucha entre les hombres empezó por la antropología"[4]. (PA, p. 15)

"[…] Se ve que el instinto de mando, en su esencia primitiva, es un instinto carnívoro, del todo bestial y salvaje. Bajo la influencia del desarrollo intelectual de los hombres, se idealiza en cierto modo, adorna sus formas, presentándose como el órgano de la inteligencia y como el servidor entregado de esa abstracción o de esa ficción política que llaman el bien público. Pero en el fondo, el instinto de mando permanece tan importante, incluso más, a medida que con la ayuda de las aplicaciones de la ciencia se extiende más y potencia su acción. Si hay un diablo en toda la historia humana, es este principio del mando. Sólo él, con la estupidez y la ignorancia de las masas, sobre las que por lo demás se funda siempre y sin las cuales no podría existir por sí solo, produjo todas las desgracias, todos los crímenes y todas las vergüenzas de la historia. Y fatalmente ese principio maldito se encuentra como instinto natural en cada hombre, sin exceptuar los mejores". (PA, p. 17)

Grupo ideológico y organización de masa

Las afirmaciones del respeto de la base y de la ética parecen en contradicción con Bakunin predicando diferentes asociaciones secretas con dos fines: asegurar una cohesión y respetar la libertad de los adherentes; acelerar la revolución para que permanezca en manos del pueblo contra les autoritarios de todo tipo. Desde luego, en una lógica bakuninista, mantener una

organización secreta para la aceleración de la revolución en período de estancamiento no puede sino producir un grupo de elegidos, que pueden caer en la doblez[5], de revolucionarios patentados encima de la mayoría de los trabajadores. Una organización que degenera debe ser destruida:

"Si la Internacional pudiera organizarse en Estado, nos convertiríamos, nosotros, sus partidarios convencidos y apasionados, en sus enemigos más encarnizados..."[6]

Bakunin sólo confía en la base, de ahí sus anticipaciones de 1873 sobre el llamado Estado obrero:

"[de acuerdo con los marxistas se llega] al gobierno de la inmensa mayoría de las masas del pueblo por la minoría privilegiada. Pero esa minoría, nos dicen los marxistas, será compuesta de trabajadores. Sí, de *antiguos* trabajadores, quizá, pero que en cuanto se conviertan en gobernantes o representantes del pueblo cesarán de ser trabajadores y considerarán el mundo trabajador desde su altura estatista; no representarán ya desde entonces al pueblo, sino a sí mismos y a sus pretensiones de querer gobernar al pueblo. El que quiera dudar de ello no sabe nada de la naturaleza humana. [...] del señor Marx y de sus amigos que comenzarán entonces a libertar [al pueblo] a su modo. Centralizarían las riendas del poder en un puño de hierro, porque el pueblo ignorante exige un tutela muy enérgica; fundarán un solo banco de Estado que concentrará en sus manos toda la producción comercial, industrial, agrícola y hasta científica y repartirán la masa del pueblo en dos ejércitos: uno industrial y otro agrícola, bajo el comando directo de los ingenieros de Estado que formarán así la nueva casta privilegiada político-científica del Estado"[7].

Bakunin anticipa la degeneración del Estado llamado obrero de los marxistas y propone un programa claro, económico y ético sin olvidar los campesinos[8], sabiendo que el control por la base debe ser constante.

Notas

[1] "La anarquía es el rasgo fundamental del espíritu alemán, del carácter alemán y de la vida alemana: anarquía entre las provincias, anarquía entre

la ciudad y el campo, anarquía entre los habitantes del mismo lugar […] por eso la unidad política nunca existió y nunca será posible entre ellos". *Confesión*, texto de 1857, edición de Brupbacher y Nettlau, p. 246. Bakunin, tras su fuga de Rusia, verá a Alemania como el centralismo de la clase dirigente.

2 Reproducido en Daniel Guérin, *Ni Dieu ni Maître*, I, pp. 171-172, sacado de Max Nettlau, *Bakunin*, I, pp. 209-210.

3 No obstante Bakunin (y sus compañeros) rechazaban la idea de que las mujeres pudieran participar en la dirección de un grupo (a causa de su falta de estabilidad en esa época), *Rapport sur l'Alliance*, VI, pp. 197-198 (N. del T.).

4 Parece que Bakunin emplea "antropología" en el sentido de "historia de la humanidad", (N. del T.).

5 "Él [Netchayev] llegó poco a poco a convencerse que para fundar una sociedad seria e indestructible había que tomar como base la política de Maquiavelo y adoptar totalmente el sistema de los jesuitas –como cuerpo la única violencia, como alma la mentira. […] cuando en asamblea general le hemos convencido, se ha atrevido a decir con cinismo: pues sí, es el sistema nuestro– consideramos como enemigos, y tenemos el derecho de engañar, de comprometer todas las personas que no están *del todo* con nosotros, o sea cuantos no estén convencidos de la belleza de este sistema". (Carta a Talandier, 24-7-1870.)

6 *Organización de la Internacional* (texto completo, p. 107 de esta edición).

7 EA, ed 2004 p. 210 y p. 213.

8 "Sí, queridos compañeros, vosotros los obreros, solidariamente con vuestros hermanos los trabajadores del mundo entero, heredáis solos hoy de la gran misión de la emancipación de la humanidad. Tenéis un coheredero, trabajador como vosotros, aunque en condiciones distintas. Es el campesino. Pero el campesino no tiene aún la conciencia de la gran misión popular. Ha sido envenenado, es todavía envenenado por los sacerdotes, y sirve aún contra sí mismo de instrumento a la reacción. Debéis instruirlo, debéis salvarlo aun a su pesar, atrayéndolo, explicándole lo que es la Revolución social". *Tres conferencias* esp, tomo 2, p. 256 (trad. corregida) […] cuando la Asociación Internacional esté mejor organizada y cuando cuente en su seno con un número mucho mayor de Secciones, sobre todo muchas Secciones agrícolas… *Organización de la Internacional* (texto completo, p. 108 de esta edición).

La mejor exposición, breve y global, está en los dos textos que siguen[1].

La política de la Internacional[2]

I

Habíamos creído hasta ahora, dice *la Montagne*, que las opiniones políticas y religiosas serían independientes de la cualidad de los miembros de la Internacional. En cuanto a nosotros se refiere, en ese terreno nos ubicamos.

Podría creerse, a primera vista, que Coullery[3] tiene razón puesto que, en efecto, la Internacional, aceptando en su seno un nuevo miembro no le pregunta si es religioso o ateo; si pertenece a tal partido político o a ninguno. Le pregunta solamente: ¿eres obrero o si no lo eres, quieres, sientes el deseo y la fuerza de abrazar francamente, completamente la causa de los obreros, de identificarte con ella excluyendo todas las otras causas que podrían serle contrarias?

¿Sientes que los obreros, que producen todas las riquezas del mundo, son los creadores de la civilización y han conquistado todas las libertades burguesas, están condenados hoy a la miseria, a la ignorancia y a la esclavitud? ¿Has comprendido que la causa principal de todos los males que soporta el obrero es la miseria y que ésta, la condición de todos los trabajadores en el mundo, es una consecuencia necesaria de la organización económica actual de la sociedad y sobre todo del avasallamiento del proletariado bajo el yugo del capital, es decir de la burguesía?

¿Has comprendido que entre el proletariado y la burguesía existe un antagonismo que es irreconciliable porque es una consecuencia necesaria de sus posiciones respectivas? ¿Y que la prosperidad de la clase burguesa es incompatible con el bienestar y la libertad de los trabajadores, porque esta prosperidad

exclusiva no puede estar fundada más que sobre la explotación y el avasallamiento de su trabajo y que, por esa misma razón, la prosperidad y la dignidad humana de las masas obreras exigen la absoluta abolición de la burguesía como clase separada? ¿Y que, por consecuencia, la guerra entre el proletariado y la burguesía es ineludible y no puede terminar de otra forma que por la destrucción de esta última?

¿Has comprendido que ningún obrero, por más inteligente y por más enérgico que sea, no es capaz de luchar solo contra el poder tan bien organizado de los burgueses, principalmente representado y sostenido por los organismos del Estado, de todos los Estados? ¿Y que para reforzarte te debes asociar, no con los burgueses que sería de tu parte una tontería o un crimen, porque todos ellos en tanto que burgueses son nuestros enemigos irreconciliables, ni con los obreros infieles que serían bastantes cobardes como para ir a mendigar las sonrisas y la benevolencia de los burgueses, sino con los obreros honestos, enérgicos y que quieren con franqueza lo mismo que lo que tú quieres?

¿Has comprendido que dada la coalición formidable de todas las clases privilegiadas, de todos los propietarios, los capitalistas y los Estados del mundo, una asociación obrera aislada, local o nacional, aunque pertenezca a uno de los más grandes países de Europa, no podrá jamás triunfar y que por oponerse a esta coalición y para obtener ese triunfo no hace falta más que la unión de todas las asociaciones obreras locales y nacionales en una asociación universal, la *gran Asociación Internacional de los trabajadores de todos los países*?

Si tú sientes, si has comprendido bien, y si quieres realmente todo eso, ven con nosotros cualesquiera sean tus creencias políticas y religiosas. Pero para que nosotros te podamos aceptar, nos debes prometer: 1° subordinar desde ahora tus intereses personales y aun los de tu familia así como tus convicciones y manifestaciones políticas y religiosas al interés supremo de nuestra asociación: la lucha del trabajo contra el capital, de los trabajadores contra la burguesía sobre el terreno económico; 2° no transigir jamás con los burgueses por un interés personal; 3° no buscar jamás elevarte individualmente, solamente para tu propia persona por encima de la masa obrera, lo que haría inmediatamente de ti mismo un burgués, un enemigo y un explo-

tador del proletariado, puesto que toda la diferencia entre el burgués y el trabajador es ésa: que el primero busca su bienestar siempre fuera de lo colectivo y que el segundo no lo busca ni lo pretende conquistar más que solidariamente con todos aquellos que trabajan y son explotados por el capital burgués; 4° tú siempre seguirás fiel a la solidaridad obrera puesto que la mínima traición a ella es considerada por la Internacional como el mayor crimen y como la mayor infamia que un obrero pudiera cometer. En una palabra, debes aceptar francamente, plenamente, nuestros estatutos generales y tomar el solemne compromiso de conformar a ello tus actos y tu vida.

Pensamos que los fundadores de la Asociación han actuado primero con una gran sabiduría al eliminar del programa de esta asociación todas las cuestiones políticas y religiosas. Sin duda no les faltaron ni opiniones políticas ni antirreligiosas muy marcadas, pero se abstuvieron de emitirlas en este programa, porque el fin principal era, ante todo, unir las masas obreras del mundo civilizado en una acción común. Necesariamente, debieron buscar una base común, una serie de simples principios sobre los cuales todos los obreros, cualesquiera fueran por otra parte sus aberraciones políticas y religiosas, siendo al menos obreros serios, es decir hombres duramente explotados y sufridos, están y deben estar de acuerdo.

Si ellos hubieran enarbolado la bandera de un sistema político y antirreligioso, lejos de unir a los obreros de Europa, los hubieran dividido aún más porque, ayudados por la propia ignorancia de estos últimos, la propaganda interesada y un alto grado de corrupción de los sacerdotes, de los gobiernos y de todos los partidos políticos burgueses sin exceptuar los más "rojos", ha expandido una multitud de ideas falsas entre las masas obreras que, enceguecidas, desgraciadamente se apasionan aún demasiadas veces por mentiras que no tienen otro fin que servir, voluntaria y estúpidamente, en detrimento de sus propios intereses, aquellos de las clases privilegiadas.

Por otra parte, existe todavía una gran diferencia entre los grados de desarrollo industrial, político, intelectual y moral de las masas obreras en los diferentes países, para que sea posible unirlos hoy en un único y mismo programa político y antirreligioso. Exponer tal programa como propio de la Internacional,

hacer de ello una condición absoluta de ingreso en esta Asociación, sería querer organizar una secta, no una asociación universal, sería matar la Internacional.

Ha habido otra razón aún que ha hecho eliminar desde el principio del programa de la Internacional, en apariencia al menos y *solamente en apariencia, toda tendencia* política.

Hasta ese momento y desde el comienzo de la historia, no ha habido todavía una política del pueblo, entendiendo como tal el bajo pueblo, la *chusma obrera* que compone el mundo laboral. No ha habido otra política que la de las clases privilegiadas. Estas clases se han ido sirviendo de la potencia muscular del pueblo para destronarse mutuamente y para quitarse el lugar una a otra. El pueblo a su vez nunca tomó partido por unas contra otras sino con la vaga esperanza que por lo menos una de estas revoluciones políticas, ninguna se hizo sin él, ninguna se hizo por él, le iba a traer algo de alivio en su miseria y su esclavitud seculares. Siempre se equivocó. Incluso la gran Revolución Francesa lo engañó. Ésta mató a la aristocracia de abolengo y puso en su sitio a la burguesía. El pueblo ya no se llama ni esclavo ni siervo, se le proclama nacido libre en derecho, pero de hecho su esclavitud y su miseria siguen las mismas.

Y se quedarán iguales mientras las masas populares continúen siendo un instrumento de la política burguesa, llámese conservadora, liberal, progresista, radical, y aun de darse las apariencias más revolucionarias del mundo. En efecto cualquier política burguesa, sea cual sea el color y el nombre, no puede tener en el fondo más que una meta única: *el mantenimiento de la dominación burguesa; y la dominación burguesa es la esclavitud del proletariado*.

¿Qué tuvo que hacer la Internacional? Tuvo primero que separar las masas obreras de toda política burguesa, tuvo que eliminar de su programa todos los programas políticos burgueses. Pero, en la época de su fundación, no había en el mundo otra política que la de la Iglesia o de la monarquía, o de la aristocracia, o de la burguesía. La de la burguesía radical era sin lugar a dudas más liberal y más humana que las otras, pero se fundaba igualmente en la explotación de las masas obreras y no tenía en realidad otro fin que competir por el monopolio de

dicha explotación. La Internacional tuvo pues que comenzar a preparar el terreno, y como toda política, desde el punto de vista de la emancipación laboral, se encontraba entonces mezclada con elementos reaccionarios. Debió primero rechazar de sí misma todos los sistemas políticos conocidos, para poder fundar, sobre estas ruinas del mundo burgués, la verdadera política de los trabajadores, la política de la Asociación Internacional. (*L'Égalité*, N° 29, 7 de agosto de 1869.)

II

Los fundadores de la Asociación Internacional de Trabajadores obraron con mucha sabiduría al evitar de colocar principios políticos y filosóficos como base de esta asociación. Primero sólo le dieron por único fundamento la lucha exclusivamente económica del trabajo contra el capital. Ellos tenían la certeza que en cuanto un obrero pisa este terreno, toma confianza tanto en su derecho como en su fuerza numérica, se compromete con sus compañeros de trabajo en una lucha solidaria contra la explotación burguesa. Así él será necesariamente llevado por la fuerza misma de las cosas y por el desarrollo de esa lucha a reconocer pronto todos los principios políticos, socialistas y filosóficos de la Internacional. Principios que no son, en efecto, nada más que la justa exposición de su punto de partida, de su fin.

Hemos expuesto esos principios en nuestros últimos artículos. Desde el punto de vista político y social, ellos tienen por consecuencia necesaria la abolición de clases y por ello la abolición de la burguesía que es hoy la clase dominante; así como la abolición de todos los Estados territoriales, de todas las patrias políticas y sobre su ruina, el establecimiento de la gran federación internacional de todos sus grupos productivos nacionales y locales. Desde el punto de vista filosófico, por buscar nada menos que a la realización del ideal humano, del bienestar humano, de la igualdad, de la justicia y de la libertad sobre la tierra, por convertir en inútiles todos los complementos celestes y todas las esperanzas de un mundo mejor, estos princi-

pios tendrán por consecuencia, igualmente necesaria, la abolición de los cultos y de todos los sistemas religiosos.

Se debe anunciar primero esos dos fines a los obreros que los ignoran, aplastados por el trabajo de cada día y desmoralizados, prisioneros, diríamos a sabiendas, de doctrinas perversas que los gobiernos, de concierto con todas las castas privilegiadas, prelados, nobleza, burguesía le distribuyen a manos plenas. Se espantarán; rechazarán tal vez, sin poner en duda que todas esas ideas no son más que la fiel expresión de sus propios intereses; que sus fines llevan en ellos la realización de sus aspiraciones más queridas y que, al contrario, los prejuicios religiosos y políticos en nombre de los cuales ellos se opondrán tal vez, son la causa directa de la prolongación de la esclavitud y la miseria.

Hace falta distinguir cuidadosamente entre los prejuicios de las masas populares y los de la clase privilegiada. Los prejuicios de las masas, como acabamos de decirlo, no están fundados más que en la ignorancia y resultan muy desfavorables a sus intereses, mientras que los de la burguesía se basan precisamente en los intereses de esta clase, y sólo se mantienen, en contra de la acción disolvente de la misma ciencia burguesa, gracias al egoísmo colectivo de los burgueses. El pueblo quiere, pero no sabe; la burguesía sabe, pero no quiere. Entre ambos, ¿quién es incurable? La burguesía, sin lugar a dudas.

Regla general: no se puede convertir más que a quienes sientan la necesidad de serlo, a quienes lleven ya en sus instintos o en las miserias de su posición, sea exterior, sea interior, todo lo que se quiere darles. Nunca se van a convertir a quienes no sientan la necesidad de cambio alguno, incluso a quienes, a pesar del deseo que tienen de dejar una posición que los enoja, los empuja la índole de sus costumbres morales, intelectuales y sociales, a buscarla en un mundo que no es el de nuestras ideas.

Tratemos de convertir, pongo el caso, al socialismo a un noble que codicia la riqueza, a un burgués que quisiera ser noble o aun un obrero que no aspirara con todas las fuerzas de su alma a otra cosa que ser burgués. ¡Convertir asimismo a un aristócrata de la inteligencia, real o imaginaria, a un sabio, un "medio sabio", un cuarto, un décimo, una centésima parte de un sabio que, lleno de ostentación científica y sólo porque han

tenido a menudo la dicha de haber comprendido más o menos bien algunos libros, están llenos de desprecio arrogante por las masas iletradas y se imaginan que están llamados a formar entre ellos una nueva casta dominante, es decir explotadora!

No hay razonamiento ni propaganda alguna que consigan ser capaces de convertir a esos desdichados. Para convencerlos no hay más que un medio: es el hecho, la destrucción misma de la posibilidad de situaciones privilegiadas, de toda dominación y de toda explotación; es la revolución social que barriendo todo lo que constituye la desigualdad en el mundo, los moralizará al forzarlos a buscar su felicidad en la igualdad y en la solidaridad.

Es diferente lo que ocurre con los obreros conscientes. Entendemos como tales todos los que están de verdad aplastados por el peso del trabajo, todos aquellos cuya posición es tan precaria y tan miserable que ninguno, al menos sólo en circunstancias absolutamente extraordinarias, pudiera tener siquiera la idea de conquistar por sí mismo y sólo por sí mismo en las condiciones económicas y en el medio social actual, una posición mejor, llegar a ser, por ejemplo a su vez, un patrón o un consejero de gobierno. Ubicamos sin duda también en esta categoría a los raros y generosos obreros que poseyendo la posibilidad de subir individualmente por encima de la clase obrera, no buscan aprovechar de eso, prefieren antes sufrir algún tiempo más solidariamente con sus camaradas de miseria, de explotación burguesa, a fin de no a ser a su vez, ellos mismos, explotadores. Ésos no tienen necesidad de ser convertidos: ya son socialistas puros.

Hablamos de la gran masa obrera que, aplastada por su trabajo cotidiano, se encuentra ignorante y miserable. Ésta, cualesquiera sean los prejuicios políticos y religiosos que se han encargado –y a veces logrado en parte– de introducir en su conciencia, es *socialista sin saberlo*. Ella es en el fondo de su instinto y por la fuerza misma de su posición, más seriamente, más realmente, socialista que todos los socialistas científicos y burgueses tomados en su conjunto. Ella lo es, por todas las condiciones de su existencia material, por las mismas necesidades de su vida, mientras que estos últimos no lo son más que por las demandas de sus espíritus. Y en la vida real, las necesidades de

la gente ejercen siempre un poder mucho más fuerte que las del pensamiento, siendo éste como siempre y en todos los casos la expresión del ser, el reflejo de sus desarrollos sucesivos pero jamás su principio.

Lo que falta a los obreros no es la realidad, la necesidad auténtica de las aspiraciones socialistas. Es sólo el pensamiento socialista. Lo que cada obrero reclama desde el fondo de su corazón es una existencia plenamente humana para el bienestar material como el desarrollo intelectual, fundada en la justicia, es decir en la igualdad y en la libertad de cada uno y de todos, en el trabajo. Este ideal instintivo de cada uno, que no vive más que de su propio trabajo, no puede evidentemente realizarse en el mundo social y político actual, que está fundado en la injusticia y en la explotación cínica del trabajo de las masas obreras. Por lo tanto, cada obrero serio es necesariamente un revolucionario socialista puesto que su emancipación no puede efectuarse sino mediante el derrocamiento de todo lo ahora existente. O debe perecer esta organización de la injusticia, con todo su muestrario de leyes inicuas y de instituciones privilegiadas, o las masas obreras permanecerán condenadas a una esclavitud eterna.

He aquí el ideal socialista cuyos gérmenes se encontrarán en lo instintivo de cada trabajador serio. El fin es, entonces, darle la plena conciencia de lo que él quiere, hacer nacer en él una idea que corresponda a su instinto, puesto que en cuanto el pensamiento de las masas obreras se haya elevado a la altura de su instinto, su voluntad será decidida y su pujanza se volverá irresistible.

¿Qué es lo que impide aún el desarrollo más rápido de este sano ideal en el seno de las masas obreras? El desconocimiento, sin duda y en gran parte los prejuicios políticos y religiosos con que las clases interesadas en ello se esfuerzan todavía hoy en oscurecerles sus conciencias y su inteligencia natural. ¿Cómo disipar esta ignorancia, cómo destruir esos maléficos prejuicios? ¿Por la instrucción y por la propaganda?

Son éstos sin duda, grandes y buenos medios pero en el estado actual de las masas obreras resultan insuficientes. El obrero aislado está demasiado aplastado por el trabajo y por sus preocupaciones cotidianas para encontrar tiempo que dedicar a su

propia instrucción. Y por otro lado, ¿quién hará esta propaganda? ¿Serán esos pocos socialistas sinceros, salidos de la burguesía que están llenos de generosa voluntad, sin duda, pero que son muy poco numerosos en principio para dar a la propaganda toda la amplitud necesaria y que, por otra parte, perteneciendo por su posición a un medio diferente, no tienen del mundo obrero toda la comprensión necesaria, provocando por ello desconfianzas más o menos legítimas? *"La emancipación de los trabajadores será obra de ellos mismos"*, dice el preámbulo de nuestros estatutos generales. Tiene mil veces razón decirlo. Es la base principal de nuestra gran Asociación. Pero el mundo obrero permanece todavía ignorante de una teoría que le falta aún completamente. Así no le queda más que una sola vía, la de su *emancipación por la práctica*. ¿Cuál puede y debe ser esta práctica? No hay más que una. Es la de la lucha solidaria de los obreros contra los patrones y su carácter fundamental: *la organización y la federación de los sindicatos de resistencia*. (*L'Egalité.* N° 30, 14 de agosto de 1869.)

III

Si en principio la Internacional se muestra indulgente con las ideas subversivas[4] y reaccionarias, ya sea en política como en religión, que los obreros pueden tener al entrar en su seno, no es para nada por indiferencia hacia estas ideas. No se la puede calificar de indiferente puesto que las detesta y las rechaza con toda su fuerza dado que toda idea reaccionaria es lo opuesto del principio mismo de la Internacional, como lo hemos demostrado en nuestros precedentes artículos.

Esta indulgencia, lo repetimos, ha sido inspirada por una gran sabiduría. Sabiendo perfectamente que todo obrero consciente es socialista por todas las necesidades inherentes a su posición miserable y que las ideas reaccionarias que pudiera tener no pueden ser sino el efecto de su ignorancia, la Internacional cuenta con la experiencia colectiva que el obrero adquirirá en el seno de la Asociación y sobre todo, con el desarrollo de la lucha colectiva de los trabajadores contra los patrones, para libertarlo.

Y en efecto, en cuanto un obrero vaya adquiriendo fe en la posibilidad de una próxima transformación radical de la situación económica, asociado con sus compañeros, comience a luchar seriamente por la disminución de sus horas de trabajo y el aumento de su salario; empiece a interesarse vivamente en esta lucha tan material, se podrá estar seguro que él abandonará muy pronto todas sus preocupaciones celestiales. Habituándose a contar sobre todo con la fuerza colectiva de los trabajadores, renunciará voluntariamente al socorro del cielo. El socialismo tomará en su espíritu el lugar de la religión.

Lo mismo ha de pasar con la política reaccionaria. Ella perderá su pilar principal a medida que la conciencia del obrero se vea librada de la opresión religiosa. Por otra parte la lucha económica, al desarrollarse y extenderse siempre más, le hará conocer progresivamente, de una manera práctica y por la experiencia colectiva que es necesariamente siempre más instructiva y más amplia que cada experiencia aislada, sus verdaderos enemigos: las clases privilegiadas, incluidas en ellas el clero, la burguesía, la nobleza y el Estado. Éste no estando más que para salvaguardar todos los privilegios de esas clases y tomar necesariamente siempre partido contra el proletariado.

El obrero así comprometido en la lucha terminará forzosamente por comprender el antagonismo irreconciliable que existe entre esos secuaces de la reacción y sus más queridos intereses humanos y, llegado a ese punto, no dejará de reconocerse y de ubicarse cabalmente como un socialista revolucionario.

No ocurre lo mismo con los burgueses. Todos sus intereses son contrarios a la transformación económica de la sociedad y si sus ideas son contrarias también, si sus ideas son reaccionarias o como se las designa gentilmente ahora, moderadas; si su inteligencia y su corazón rechazan ese gran acto de justicia y de emancipación que nosotros llamamos la revolución social; si sienten horror a la igualdad social real, es decir la igualdad política, social y económica a la vez; si, en el fondo de su alma quieren guardar para sí, para su clase y para sus hijos un solo privilegio, aunque no fuera mas que el de la inteligencia, como lo hacen hoy muchos socialistas burgueses; si ellos no aborrecen, no solamente con toda la lógica de sus espíritus sino con toda la pujanza de su pasión, el actual orden de las cosas, en-

tonces se puede estar seguro que ellos permanecerán reaccionarios, enemigos de la clase obrera por toda la vida. Es necesario alejarlos de la Internacional.

Es necesario tenerlos muy lejos, puesto que no entrarían allí sino para desmoralizarla y desviarla de su camino. Hay, por otro lado, un signo infalible por el que los obreros pueden reconocer si un burgués, que pide ser recibido en sus filas viene a ellos francamente, sin sombra de hipocresía y sin doble intención conspirativa. Ese signo son las relaciones que él ha conservado con el mundo burgués.

El antagonismo que existe entre el mundo obrero y el mundo burgués toma un carácter cada vez más pronunciado. Cualquier hombre que piense seriamente, cuyos sentimientos e imaginación no se hayan alterado por la influencia frecuentemente inconsciente de los sofismas interesados, debe comprender hoy que ninguna reconciliación entre ambos mundos es posible. Los trabajadores quieren la igualdad y los burgueses quieren el mantenimiento de la desigualdad. Evidentemente una destruye la otra. Así la gran mayoría de los burgueses capitalistas y propietarios, los que tienen el coraje de confesar francamente lo que quieren, tienen también el de manifestar con la misma franqueza el horror que les inspira el movimiento actual de la clase obrera. Son ésos los enemigos tan decididos como sinceros, los conocemos. Y está bien así.

Pero hay otra categoría de burgueses que no tienen ni la misma franqueza ni el mismo coraje. Enemigos de la liquidación social a la que nosotros llamamos con todo el poder de nuestra alma como a un gran acto de justicia, como el punto de partida necesario y la base indispensable de una organización igualitaria y racional de la sociedad, ellos quieren como todos los otros burgueses conservar la desigualdad económica, fuente eterna de todas las otras desigualdades. Al mismo tiempo pretenden querer como nosotros la emancipación integral del trabajador y de su trabajo. Mantienen contra nosotros, con una pasión digna de los burgueses más reaccionarios, la causa misma de la esclavitud del proletariado, la separación del trabajo y de la propiedad inmobiliaria o capitalizada, representada hoy por dos clases diferentes y ellos se sitúan, sin embargo, como

los apóstoles de la liberación de la clase obrera del yugo de la propiedad y del capital.

¿Se equivocan o engañan? Algunos de ellos se equivocan con buena fe. Muchos engañan. La mayoría se equivoca y engaña a la vez. Pertenecen a esa categoría los burgueses radicales y los socialistas burgueses que fundaron la *Liga de la Paz y de la Libertad*.

¿Es socialista esta Liga? Al comienzo, y durante el primer año de su existencia, como tuvimos ya la oportunidad de decir, rechazó con horror el socialismo. El año pasado, su Congreso de Berna rechazó triunfalmente el principio de igualdad económica. Actualmente sintiéndose morir y deseando vivir un poco más, comprendiendo al fin que ninguna existencia política es desde ahora posible sin la cuestión social, ella se dice socialista, se ha convertido en socialista burguesa, lo que equivale a decir que quiere resolver todas las cuestiones sociales sobre la base de la desigualdad económica. Quiere y debe conservar el interés del capital y la renta de la tierra, pretendiendo que con esto se podrá emancipar a los trabajadores. Se esfuerza en dar consistencia a la insensatez.

¿Por qué lo hace? ¿Qué es lo que le hace emprender una obra tan incongruente como estéril? No es nada difícil comprenderlo.

Una gran parte de la burguesía está fatigada del reinado del *cesarismo*[5] y del *militarismo* que ella misma fundó en 1848 por miedo al proletariado. Basta la memoria de las jornadas de junio, anticipo de las jornadas de diciembre[6]. Recuérdese esa Asamblea nacional que, después de los hechos de junio, maldiciendo e insultando, a la unanimidad salvo por una voz, al ilustre y al heroico socialista Proudhon, el único valiente que desafió con el socialismo a esa tropilla rabiosa de burgueses conservadores, liberales y radicales. No hay que olvidar que entre esos insultadores hay una cantidad de ciudadanos todavía vivos y que hoy, más militantes que nunca, bautizados por las persecuciones de diciembre, han llegado a ser los mártires de la libertad. Por lo tanto, no hay la menor duda que la burguesía entera, incluida también la burguesía radical, ha sido verdaderamente la creadora del despotismo cesáreo y militarista cuyos efectos deplora hoy. Después de haberse servido de ello contra

el proletariado quisiera ahora librarse de sus efectos. Nada más natural: ese régimen la humilla y la arruina. Pero ¿cómo liberarse de él? Antes, era ella valiente y poderosa; tenía la pujanza de sus conquistas. Hoy, es cobarde y débil; está aquejada de la impotencia de los viejos. Confiesa del todo su debilidad y siente que sola no puede hacer nada. Le hace falta, por lo tanto, una ayuda. Esa ayuda no puede ser otra que la del proletariado. Hay que ganárselo entonces.

¿Pero cómo ganarlo? ¿Por promesas de libertad e igualdad política? Ésas son palabras que no conmueven más al proletariado. Ellos han aprendido a costas suyas, han comprendido por una dura experiencia que esas palabras no significan otra cosa que el mantenimiento de su esclavitud económica, algunas veces más dura que en el pasado. Entonces, si se quiere llegar al corazón de esos millones de miserables esclavos del trabajo, hay que hablarles de su emancipación económica. No hay ahora un obrero que no sepa que está ahí su única base seria y real de todas las emancipaciones. Es decir, es necesario hablarle de reformas económicas de la sociedad.

Así pensaron los socios de la Liga por la Paz y la Libertad, hablémosle de eso, digámonos también socialistas. Prometámosles reformas económicas y sociales a condición de que quieran respetar las bases de la civilización y de la omnipotencia burguesa: la propiedad individual y hereditaria, el interés sobre el capital y la renta de la tierra. Persuadámoslos que sólo bajo esas condiciones, que además nos aseguran la dominación y a los trabajadores la esclavitud, éstos podrán ser emancipados.

Más aún, hay que persuadirlos que, para realizar todas esas reformas sociales, primero hay que hacer una revolución política, exclusivamente política, tan roja como les guste desde el punto de vista político, con gran derribo de cabezas si eso fuera necesario, pero con el más grande respeto por la santa propiedad. Una revolución absolutamente jacobina, en una palabra, que nos convertirá en dueños de la situación y una vez dueños, les daremos a los obreros lo que podamos y lo que queramos.

Es éste un signo infalible por el cual los obreros pueden reconocer un falso socialista, un socialista burgués. Si en lugar de hablar de revolución o si se quiere de transformación social, él les dice que la transformación política *debe preceder* la trans-

formación económica; si niega que ellas deben hacerse las dos a la vez o incluso que la revolución política no debe ser otra cosa que la puesta en acción inmediata y directa de la plena y entera liquidación social, que el obrero le dé la espalda pues o es un tonto, o un hipócrita explotador. (*L'Egalité.* N° 31, 21 de agosto 1869.)

IV

La Asociación Internacional de los Trabajadores por mantenerse fiel a sus principios y por no desviarse de la única vía para llevarlos a cabo, debe prepararse sobre todo contra las influencias de dos suertes de socialistas burgueses: los partidarios de la *política burguesa, incluidos también los revolucionarios burgueses* y aquellos de la *cooperación burguesa,* o los sedicentes *hombres prácticos.*

Empecemos por los primeros:

La emancipación económica, dijimos en nuestro primer artículo, es la base de todas las otras emancipaciones. Resumimos en esta palabra toda la política de la Internacional. Leemos, en efecto, en los considerandos de nuestros estatutos generales la declaración siguiente:

"*Que el sometimiento del trabajo al capital es la fuente de toda la servidumbre política, moral y material* y que, por esta razón, la emancipación económica de los trabajadores es la gran meta a la que debe estar subordinado todo movimiento político".

Y está claro que todo movimiento político que no tenga por objeto inmediato y directo la emancipación económica *definitiva y completa de los trabajadores* y que no haya inscripto sobre su bandera, de una manera determinada y muy clara el principio de la *igualdad económica,* lo que quiere decir la *restitución integral del capital al trabajo* o *la liquidación social,* todo movimiento político semejante es burgués, y como tal, debe ser excluido de la Internacional.

Debe por lo tanto ser excluida sin piedad la política de burgueses demócratas o socialistas burgueses. Cuando declaran que "la libertad política es la condición *previa* a la emancipación

económica” no pueden significar esas palabras otra cosa que esto: las reformas o la revolución políticas deben *preceder* las reformas o la revolución económica. Los obreros deben, por consiguiente, aliarse a los burgueses más o menos radicales, para llevar a cabo en un primer tiempo estas primeras reformas, para luego estar contra ellos y realizar las últimas.

Protestamos abiertamente contra esta funesta teoría que no podría finalizar, para los trabajadores, más que en hacerlos servir, una vez más, de instrumento contra ellos mismos y entregarlos de nuevo a la explotación de los burgueses.

Conquistar la libertad política *primero* no puede significar otra cosa que conquistarla en primer lugar, dejando al menos, durante los primeros días, las relaciones económicas y sociales en el estado que están, es decir los propietarios y los capitalistas con su insolente riqueza, y los trabajadores con su pobreza.

Pero esta libertad una vez conquistada, dicen, servirá a los trabajadores de instrumento para conquistar más tarde *la igualdad o la justicia económica*.

La libertad, en efecto, es un instrumento mágico y poderoso. Todo está en saber si los trabajadores podrán realmente servirse de ella, si ella estará realmente en su posesión, o si, como ha sido siempre hasta ahora, su *libertad política* no sería más que una apariencia engañosa, una ficción.

Un obrero, en su situación económica presente, al que se le habla de libertad política, podría responder con la letra de una canción muy conocida:

No hablen de libertad.
La pobreza es la esclavitud [7].

Y en efecto, es preciso estar enamorado de las ilusiones para imaginarse que un obrero, en las condiciones económicas y sociales en las que se encuentra actualmente, pueda aprovechar plenamente, hacer un uso serio y real de su libertad política. Les faltan para eso dos cositas: el tiempo libre y los medios materiales.

Además, ¿acaso no lo hemos visto en Francia, al día siguiente de la revolución de 1848, la revolución más radical que se puede desear desde el punto de vista político?

Los obreros franceses, por cierto, no eran ignorantes ni indiferentes y a pesar del sufragio universal más amplio, tuvieron que dejar actuar a los burgueses. ¿Por qué? Por no tener los medios materiales necesarios para que la libertad política se convirtiera en una realidad, porque permanecieron los esclavos de un trabajo forzado por el hambre. Mientras tanto los burgueses radicales, liberales y aun conservadores, unos republicanos de la víspera, otros convertidos al día siguiente, iban y venían, agitaban, hablaban, obraban y conspiraban libremente, unos gracias a sus rentas o su lucrativa posición burguesa, otros gracias al presupuesto del Estado que desde luego habían conservado y que igualmente habían fortalecido más que nunca.

Sabemos lo que resultó de esto: primero las jornadas de junio; más tarde, como consecuencia necesaria, las jornadas de diciembre.

Pero, se dirá, los trabajadores vueltos más sabios por la misma experiencia que hicieron, ya no enviarán burgueses a las asambleas constituyentes legislativas; enviarán simples obreros. Por pobres que sean, podrán proveer el mantenimiento necesario a sus diputados. ¿Saben ustedes lo que resultará? Los obreros diputados, transportados en las condiciones de existencia burguesa y en una atmósfera de ideas políticas completamente burguesas, cesarán de ser trabajadores de hecho para convertirse en hombres de Estado. Se convertirán en burgueses ellos mismos, y quizás incluso más burgueses que los burgueses mismos. En efecto los hombres no crean las posiciones; son las posiciones, al contrario, las que hacen a los hombres. Sabemos por experiencia que los obreros burgueses no son a menudo ni menos egoístas que los explotadores burgueses ni menos funestos a la Asociación que los burgueses socialistas, ni menos vanidosos y ridículos que los burgueses ennoblecidos.

Sea como fuere y se dijere, mientras el trabajador quede sumergido en su estado actual, no habrá para él ninguna libertad posible y aquellos que lo incitan a conquistar las libertades políticas sin tocar primero las candentes cuestiones del socialismo, sin pronunciar esa palabra que hace palidecer a los burgueses: la *liquidación social,* le dicen simplemente: conquista primero esta libertad para nosotros para que más tarde podamos nosotros servirnos de ella contra ti.

Pero, dirán, esos burgueses radicales son bienintencionados y sinceros. No hay buenas intenciones y sinceridad que duren frente a las influencias de la posición y puesto que hemos dicho que los mismos obreros colocados en esta situación se convertirían forzosamente en burgueses, con más razón, los burgueses que se mantendrán en esa posición, se mantendrán burgueses.

Si un burgués, inspirado por una gran pasión de justicia, de igualdad y de humanidad, quiere seriamente trabajar por la emancipación del proletariado, que comience en primer lugar por romper los lazos políticos y sociales, todas las relaciones de interés tanto como espirituales, de vanidad y de corazón con la burguesía. Que él comprenda primero que ninguna reconciliación es posible entre el proletariado y esta clase, que, viviendo sólo de la explotación de otros, es el enemigo natural del proletariado.

Después de haber vuelto definitivamente la espalda al mundo burgués, que venga entonces a alistarse bajo la bandera de los trabajadores sobre la que están inscriptas estas palabras: "Justicia, Igualdad y Libertad para todos. Abolición de clases para la igualdad económica de todos; Liquidación social". Él será bienvenido.

En cuanto a los socialistas burgueses como a los burgueses obreros que vendrán a hablarnos de conciliación entre la política burguesa y el socialismo de los trabajadores, sólo podemos aconsejar a los trabajadores que es necesario darles la espalda.

Los socialistas burgueses se esfuerzan en organizar hoy, *con el cebo del socialismo*, una formidable agitación obrera con el fin de conquistar la libertad política, una libertad que, como acabamos de ver, sólo sería provechosa para la burguesía. Las masas obreras llegadas a la comprensión de su situación, esclarecidas y dirigidas por el principio de la Internacional, se organizan en efecto y comienzan a formar una verdadera potencia, no sólo nacional sino internacional, no para atender los asuntos de los burgueses sino sus propios asuntos. Incluso para realizar este ideal burgués de una completa libertad política con instituciones republicanas es necesaria una revolución y ninguna revolución puede triunfar sin la fuerza del pueblo. Por lo tanto, es preciso que esta pujanza popular, cesando de sacar las castañas del fuego para los señores burgueses, no sirva para

otra cosa que para hacer triunfar la causa del pueblo, la causa de todos los que trabajan contra todos los que explotan el trabajo.

La Asociación Internacional de los Trabajadores, fiel a este principio, no prestará jamás una mano a una agitación política que no tenga por fin inmediato y directo *la completa emancipación del trabajador*, o sea la abolición de la burguesía como clase económicamente separada de la masa de la población, ni a ninguna revolución que, desde el primer día, la primera hora, no inscriba en su bandera la *liquidación social*.

Pero las revoluciones no se improvisan. No las hacen arbitrariamente ni los individuos ni aun las poderosas asociaciones. Independientemente de toda voluntad y de toda conspiración, son llevadas siempre por la fuerza de los acontecimientos. Se las puede prever, algunas veces presentir su aproximación pero jamás acelerar la explosión.

Convencidos de esta verdad, nos hacemos una pregunta. ¿Cuál es la política que la Internacional debe seguir durante este período más o menos largo que nos separa de esta terrible revolución social que todo el mundo presiente actualmente?

Prescindiendo, como se lo ordenan los estatutos, de toda política nacional y local, ella dará a la agitación obrera en todos los países un carácter *esencialmente económico*, poniendo como fin: la disminución de las horas de trabajo y el aumento de los salarios; como medios: *la asociación de las masas obreras y la formación de cajas de resistencia*.

Hará la propaganda de sus principios, y siendo esos principios la expresión más pura de los intereses colectivos de los trabajadores del mundo entero, son el alma y constituyen toda la fuerza vital de la Asociación. Hará esta propaganda ampliamente, sin miramientos por las susceptibilidades burguesas, a fin de que cada trabajador, saliendo de la torpeza intelectual y moral en la que se han esforzado en mantenerlo, comprenda su situación, sepa bien lo que debe querer hacer y bajo cuáles condiciones debe conquistar sus derechos humanos.

La Asociación se extenderá en fin y se organizará con fuerza a través de las fronteras de todos los países, con el objeto de que, cuando la revolución, llevada por la fuerza de los acontecimientos, haya estallado, se encuentre una fuerza real que sepa

lo que ella debe hacer y, por eso mismo, capaz de apoderársela y de darle una dirección verdaderamente saludable para el pueblo. Una organización internacional seria de las asociaciones obreras de todos los países, capaz de reemplazar este mundo político de los Estados y de la burguesía, que comienzan a desaparecer.

Terminamos esta fiel exposición de la política de la Internacional reproduciendo el último párrafo de los considerando de nuestros estatutos generales.

"El movimiento que se realiza entre los obreros de los países más industrializados de Europa, haciendo nacer nuevas esperanzas, hace la solemne advertencia de no caer para nada en los viejos errores." (*L' Egalité.* N° 32, 28 de agosto de 1869.)

La Organización de la Internacional[8]

La inmensa tarea que se impuso la Asociación Internacional de los Trabajadores, la emancipación definitiva y completa del trabajo popular del yugo de todos los explotadores de ese trabajo, patrones, dueños de las materias primas y de los instrumentos de producción, en una palabra de todos los representantes del capital, no es solamente una obra económica o simplemente material. Es al mismo tiempo y en el mismo grado una obra social, filosófica y moral. Es también, si se quiere, una obra eminentemente política pero en el sentido de la destrucción de toda política por medio de la abolición de los Estados.

No creemos tener necesidad de demostrar que en la organización actual política, jurídica, religiosa y social de los países más civilizados, la emancipación económica de los trabajadores es imposible. Por consecuencia, para alcanzarla y para realizarla plenamente será necesario destruir todas las instituciones actuales. Estado, Iglesia, Tribunales, Bancos, Universidades, Administración, Fuerzas Armadas y Policía, que no son otra cosa que fortalezas levantadas por los privilegiados contra el proletariado. Y no es suficiente con derrocarlas en un solo país. Hay que derrocarlas en todos los países puesto que desde la formación de los Estados modernos en los siglos XVII y XVIII existen en todas esas instituciones a través de las fronteras de

todos esos países una solidaridad siempre creciente y una alianza internacional muy fuerte.

La tarea de la Asociación Internacional de los Trabajadores no es sino la liquidación completa del mundo político, religioso, jurídico y social actualmente existente y su reemplazo por un mundo económico, social y filosófico nuevo. Pero una empresa tan gigantesca no podría realizarse jamás si no tuviera a su servicio dos incentivos igualmente poderosos, igualmente gigantescos y que se complementan. El primero es la intensidad siempre creciente de las necesidades, de los padecimientos y de las reivindicaciones económicas de las masas. El segundo, es la filosofía social nueva. Filosofía eminentemente realista y popular, que sólo se inspira teóricamente en la ciencia real, es decir, experimental y racional a la vez, no admite en la práctica otras bases que los principios inmortales, humanos, expresión de los instintos eternos de las masas: la igualdad, la libertad y la universal solidaridad humana.

Impulsado por sus necesidades el pueblo debe vencer en nombre de esos principios. No le son ellos ni extraños ni nuevos ya que, como acabamos de decir, los ha llevado *instintivamente* en su seno. El pueblo ha aspirado siempre a su propia emancipación de todos los yugos de los que ha sido la víctima final. Como trabajador que alimenta la sociedad entera, creador de la civilización y de todas sus riquezas es el esclavo final, el más esclavo de todos los esclavos. Como no puede emanciparse sin hacerlo también para todo el mundo, su aspiración es la libertad universal. Ha amado con pasión la igualdad, condición suprema de la libertad. Desdichado, eternamente aplastado en la existencia individual de sus criaturas, este pueblo ha buscado su salvación en la solidaridad o en la fraternidad. Hasta hoy la felicidad solidaria ha sido desconocida o al menos poco conocida y vivir feliz ha significado vivir egoístamente a cargo de otros por medio de la explotación y la esclavitud ajenas. Por consecuencia, sólo los desdichados –y más que nadie las masas populares– han sentido y realizado la fraternidad.

Es así como la ciencia social[9], en tanto que doctrina moral, no hace sino desarrollar y formular los instintos populares. Pero entre esos instintos y esta ciencia hay sin embargo un abismo

que hay que colmar, puesto que si los instintos justos hubieran bastado para liberar a los pueblos haría mucho tiempo que éstos hubieran sido liberados. Esos instintos no han impedido a las masas de aceptar, en el curso tan melancólico, tan trágico de la historia del desarrollo de la sociedad humana, todas las absurdidades religiosas, políticas, económicas y sociales de las que han sido eternamente las víctimas.

Es verdad que las experiencias crueles por las que han estado condenadas a pasar no han sido desperdiciadas por las masas. Ellas han creado en su seno una suerte de conciencia histórica y de ciencia tradicional y práctica que le sirve con frecuencia de ciencia teórica. Por ejemplo, uno puede estar seguro actualmente que ningún pueblo del occidente de Europa se dejará llevar más ni por un nuevo charlatán religioso o mesiánico ni por la hipocresía política. Se puede decir también que la necesidad de una revolución económica y social se hace sentir vivamente hoy en las masas populares de Europa, aun entre las menos civilizadas. Es esto, precisamente, lo que nos da fe en el triunfo próximo de la revolución social en Europa. Si el instinto colectivo de las masas no se hubiera pronunciado tan claramente, tan resueltamente en ese sentido, ningún socialista en el mundo, por más genial que fuera entre las centenas, los millones mismos de apóstoles del socialismo, hubiera sido capaz de sublevar las masas.

Los pueblos están listos. Son muy grandes sus sufrimientos, y lo que es más, comienzan a comprender que no están para nada obligados a soportarlos. Cansados de rogar tontamente al cielo por sus aspiraciones, no están dispuestos más a mostrar demasiada paciencia en la tierra. Independientes de toda propaganda, las masas se vuelven conscientemente socialistas. La simpatía universal y profunda que la Comuna de París ha reencontrado en el proletariado es en sí misma una prueba.

Pero las masas son la fuerza, es al menos el elemento esencial de toda fuerza. ¿Qué les falta entonces para revertir un orden de cosas que ellas detestan? Les hacen falta dos cosas: la Organización y la Ciencia, las dos cosas precisamente que constituyen hoy y que han constituido siempre el poderío de todos los gobiernos. Se podría agregar un nuevo elemento: la riqueza. Pero teniendo los dos primeros elementos el gobierno se adue-

ña de la riqueza. Lo prueban los 5 millones recientemente conquistados por Prusia.

Decíamos entonces que la organización es lo primero, que por otra parte no puede establecerse sin el concurso de la ciencia. Gracias a la organización militar un batallón, mil hombres armados pueden resistir y tienen a raya, en efecto, un millón de pueblos también armados pero desorganizados. Gracias a la organización burocrática el Estado, con algunas centenas de millones de empleados, encadena países inmensos. Por lo tanto, para crear una fuerza popular capaz de aplastar la fuerza militar y civil del Estado, hay que organizar el proletariado.

Es lo que hace precisamente la Asociación Internacional de los Trabajadores. El día en que ella haya recibido y organizado en su seno la mitad, aun el tercio, el cuarto o solamente la décima parte del proletariado de Europa, el Estado, los Estados dejarán de existir. La organización de la Internacional que tiene por fin no la creación de Estados o de despotismos nuevos sino la destrucción radical de todas las dominaciones particulares, debe tener un carácter esencialmente diferente de la organización de los Estados. En igual medida que esta organización estatal se presenta como autoritaria, artificial y violenta, hostil y extraña a los desarrollos naturales de los intereses y de los instintos populares, la Internacional debe ser libre, natural y conforme en todos los puntos a esos intereses y a esos instintos.

Pero ¿cuál es la organización natural de las masas? Es la que está fundada en las determinaciones diferentes de la vida real de esas masas. La vida cotidiana de las distintas especies de trabajo, es decir la que se da por gremios o por secciones de oficios. Desde el momento en que todas las industrias estén representadas en la Internacional, incluidas las diferentes explotaciones de la tierra, su organización, la de las masas populares se habrá realizado. Es suficiente, en efecto, que un obrero sobre diez haga parte *seriamente y con plena conciencia* de causa de la Asociación para que las nueve décimas restantes, fuera de esa organización, sientan sin embargo su influencia invisible. En los momentos críticos, sin darse cuenta de ello, actuarán de acuerdo con esa dirección tanto como sea necesario a la salvación del proletariado.

Se nos podría objetar que esta manera de organizar la in-

fluencia de la Internacional sobre las masas populares parece querer establecer, sobre las ruinas de las antiguas autoridades y gobiernos existentes, una nueva autoridad y sistemas de gobierno nuevos. Pero sería esto un profundo error. El gobierno de la Internacional, si es que hay algún gobierno, o más bien, su acción organizada sobre las masas, se distinguirá siempre de todos los gobiernos y de la acción de todos los Estados por esta propiedad esencial de no ser jamás otra cosa que la organización de una acción natural, no oficial y no revestida de una autoridad o de cualquier fuerza política sino del hecho del todo normal de un grupo más o menos numeroso de individuos inspirados por el mismo pensamiento y tendiendo al mismo fin. En primer lugar, sobre la opinión de las masas y solamente después, por medio de esta opinión más o menos modificada por la propaganda de la Internacional, sobre su voluntad, sobre los actos de estas masas. Esto es así y todos los gobiernos, armados de una autoridad, de un poder y de una fuerza que unos dicen viene de Dios, los otros, de una inteligencia superior, otros, al fin, de la misma voluntad popular, expresada y constatada por ese malabarismo llamado sufragio universal, se imponen violentamente a las masas, las fuerzan a obedecer, a ejecutar sus decretos, sin tomarse el tiempo de consultar sus necesidades o su voluntad. Hay entre el poderío del Estado y la pujanza de la Internacional la misma diferencia que existe entre la acción oficial del Estado y la acción natural de un club. La Internacional tiene y no tendrá jamás más que un gran poder de opinión y no será otra cosa que la organización natural de los individuos sobre las masas. El Estado, en cambio, y todas sus instituciones: la Iglesia, la Universidad, la Justicia, la burocracia, las finanzas, la Policía, el Ejército, sin dejar sin duda de corromper todo lo posible la opinión y la voluntad de los sujetos del Estado, fuera incluso de esa opinión y de esa voluntad, y con frecuencia contra ellas, reclaman su obediencia pasiva, sin duda en la medida siempre muy elástica, reconocida y determinada por las leyes.

El Estado es la autoridad, la dominación y el poderío organizado de las clases poseedoras y presuntamente esclarecidas sobre las masas. La Internacional es la liberación de esas masas. El Estado apela a su sumisión, por querer y no poder que-

rer jamás otra cosa que la servidumbre de las masas. La Internacional, por querer sólo su completa libertad, apela a su rebelión. Pero con el fin de que esta rebelión sea a su turno poderosa y capaz de derribar la dominación del Estado y de las clases privilegiadas únicamente representadas en él, la Internacional debe organizarse. Para alcanzar este fin, ella emplea solamente dos medios, aunque ellos no sean siempre legales; la legalidad casi siempre, en todos los países, no es otra cosa que la concreción jurídica del privilegio, es decir de la injusticia. Ambos son, desde el punto de vista de los derechos humanos, tan legítimos uno como el otro. Esos dos medios, lo hemos dicho, son en primer término la propaganda de las ideas y luego, la organización de la acción natural de sus miembros sobre las masas.

A quien pretenda que una acción así organizada de las masas es un atentado a la libertad de esas masas, una tentativa de crear un nuevo poder autoritario, respondemos que o es un sofista o un tonto. Peor para quienes ignoran la ley natural y social de la solidaridad humana, hasta el punto de imaginarse que la independencia mutua absoluta de los individuos y de las masas es una cosa posible. Pero la vida social de los hombres, y ningún hombre tiene otra, es... o incluso deseable. Desearlo, es querer la anulación misma de la sociedad, puesto que toda la vida social no es otra cosa que esta dependencia mutua incesante entre los individuos y las masas. Todo individuo, incluso los más inteligentes, los más fuertes, y sobre todo los inteligentes y los fuertes, son en cada instante de su vida, a la vez los productores y los productos. La misma libertad de cada individuo siempre es la resultante de nuevo reproducida, de esta masa de influencias materiales, intelectuales y morales que todos les individuos que la rodean, que la sociedad en medio de la cual nació, se desenvuelve, actúa a su vez, y muere, ejercen sobre él. Querer escapar a esta influencia en nombre de una libertad trascendental, divina, absolutamente egoísta y que se baste a sí misma, es condenarse a no ser. Querer renunciar a ejercerla sobre los demás es renunciar a cualquier acción social, a la misma expresión de su pensamiento y de sus sentimientos, es también llegar al no ser. Esta independencia tan predicada por los idealistas y los partidarios de la metafísica, y la libertad individual concebida en ese sentido, *desembocan* por tanto en la nada.

En la naturaleza como en la sociedad humana, que no es otra cosa que esta misma naturaleza, todo lo que vive sólo vive con esta condición suprema de intervenir del modo más positivo, y con tanto poder como lo comporta su naturaleza, en la vida ajena. La abolición de esa influencia mutua sería pues la muerte. Y cuando reivindicamos la libertad de las masas, no pretendemos en absoluto abolir ninguna de las influencias naturales ni de ningún individuo, ni de ningún grupo de individuos que ejercen su acción sobre ellas. Lo que queremos es la abolición de las influencias artificiales, privilegiadas, legales, oficiales. Si la Iglesia y el Estado pudieran ser instituciones privadas, seríamos los adversarios de las mismas sin lugar a dudas, pero no protestaríamos contra su derecho de existir. Pero protestamos contra ellas, porque a pesar de ser sin duda instituciones privadas en el sentido de que sólo existen en efecto por el interés particular de las clases privilegiadas, estas instituciones no dejan de servirse de la fuerza colectiva de las masas organizadas con la meta de imponerse autoritariamente, oficialmente, violentamente a las masas. Si la Internacional pudiera organizarse en Estado, nos convertiríamos, nosotros, sus partidarios convencidos y apasionados, en sus enemigos más encarnizados.

Pero precisamente no puede organizarse en Estado. No lo puede, primero, porque como su nombre ya lo indica, ella cancela todas las fronteras. Y no existe Estado sin fronteras, habiéndose históricamente demostrado imposible la realización del Estado universal, soñado por los pueblos conquistadores y por los mayores déspotas del mundo. Quien dice Estado, dice por lo tanto necesariamente varios Estados, opresores y explotadores por dentro, conquistadores o al menos hostiles por fuera, dice negación de la humanidad. El Estado universal, o el Estado popular de que hablan los comunistas alemanes, sólo puede significar por tanto una cosa: *la abolición del Estado*.

La Asociación Internacional de los Trabajadores no tendría sentido si no tendiera invenciblemente a la abolición del Estado. Ella organiza las masas populares únicamente con vista a esa destrucción. ¿Y cómo las organiza? No de arriba abajo, imponiendo a la diversidad social producida por la diversidad del trabajo en las masas, o imponiendo a la vida natural de los

masas en la sociedad una unidad o un orden ficticios, como lo hacen los Estados; sino de abajo hacia arriba, al contrario, tomando como punto de partida la existencia social de las masas, sus aspiraciones reales, y provocándolas, ayudándolas a agruparse, a armonizarse y a equilibrarse de acuerdo con esta diversidad natural de ocupaciones y de situaciones diferentes. Tal es el propio objetivo de la organización de las secciones de oficio.

Hemos dicho que para organizar las masas, para establecer de manera sólida la acción benefactora de la Asociación Internacional de los Trabajadores sobre las mismas, bastaría al menos que un solo obrero, de diez del mismo oficio, formara parte de la Sección respectiva. Esto se concibe fácilmente. En los momentos de grandes crisis políticas o económicas, en que el instinto de las masas se inflama hasta el rojo vivo, se abre a todas las inspiraciones felices, o en que esos rebaños de hombres-esclavos, encorvados, aplastados, pero nunca resignados, se rebelan por fin contra su yugo, pero se sienten desorientados e impotentes. Están en efecto completamente desorganizados, 10, 20 o 30 hombres bien vinculados y bien organizados entre ellos, y que saben adónde van y lo que quieren, llevarán fácilmente a 100, 200, 300 o inclusive más. Lo vimos recientemente en la Comuna de París. La organización, apenas empezada durante el estado de sitio, no fue ni muy perfecta, ni muy fuerte; y sin embargo bastó para crear una potencia de resistencia formidable.

¿Qué será pues cuando la Asociación Internacional esté mejor organizada y cuando cuente en su seno con un número mucho mayor de Secciones, sobre todo muchas Secciones agrícolas, y, en cada sección, el doble y el triple de miembros que los que abarca en la actualidad? ¿Qué será sobre todo cuando cada uno de sus miembros sepa mejor de lo que lo sabe hoy, la meta final y los principios reales de la Internacional, así como los medios con que realizar su triunfo? La Internacional será una potencia irresistible.

Pero para que la Internacional pueda adquirir realmente esta potencia, para que la décima parte del proletariado, organizada por esta Asociación, pueda incitar las otras nueve, es preciso que cada miembro en cada Sección sea mucho mejor impregnado de los principios de la Internacional que lo es hoy por hoy.

Sólo con esta condición podrá, en tiempo de paz y de calma, cumplir eficazmente la misión de propagador y de apóstol, y en tiempo de luchas la de jefe revolucionario.

Hablando de los principios de la Internacional, no entendemos otros que los que están en los Considerandos de nuestros Estatutos Generales votados por el Congreso de Ginebra. Son tan pocos, que pedimos permiso para recapitularlos:

1) *La emancipación del trabajo debe ser obra de los mismos trabajadores;*
2) *Los esfuerzos de los trabajadores para conquistar su emancipación no deben tender a constituir nuevos privilegios, sino a establecer para todos (los hombres vivientes en la tierra) derechos y deberes iguales y a aniquilar cualquier dominación de clase;*
3) *La esclavitud económica del trabajador, con el acaparador de las materias primas y de los instrumentos de trabajo, es la fuente de la servidumbre en todas sus formas: miseria social, degradación mental, sumisión política;*
4) *Por esta razón, la emancipación económica de las clases obreras es la gran finalidad a la que todo movimiento político tiene que subordinarse como un simple medio;*
5) *La emancipación de los trabajadores no es un problema simplemente local o nacional; al contrario, este problema interesa a todas les naciones civilizadas, siendo su solución necesariamente subordinada a su participación teórica y práctica;*
6) *Todos los miembros de la Asociación así como todos sus miembros reconocen que la Verdad, la Justicia, la Moral, deben ser la base de su conducta para con todos los hombres sin distinción de color, de creencia o de nacionalidad;*
7) *En fin, consideran como un deber reclamar los derechos del hombre y del ciudadano, no sólo para los miembros de la Asociación, sino también para cualquiera que cumpla con sus deberes: "No hay deberes sin derechos, ni derechos sin deberes".*

Sabemos ahora todos que este programa tan anodino, tan sencillo, tan justo, y que expresa de una manera tan poco pretenciosa y tan poco ofensiva las reivindicaciones más legíti-

mas y más humanas del proletariado, precisamente porque es un programa exclusivamente humano, contiene en sí todos los gérmenes de una inmensa revolución social: el derrumbe de todo lo que existe y la creación de un mundo nuevo.

Esto es lo que hay que explicar ahora, haciéndolo totalmente comprensible y claro a todos los miembros de la Internacional. Este programa trae consigo una ciencia nueva, una nueva filosofía social que debe reemplazar todas las antiguas religiones, y una política muy nueva, la política internacional, y que como tal, no puede tener otro fin que la destrucción de todos los Estados. Para que todos les miembros de la Internacional puedan cumplir concienzudamente el doble deber de propagadores y de jefes naturales de las masas en la Revolución, cada uno tiene que estar impregnado, en la medida de lo posible, él mismo de esta ciencia, esta filosofía y esta política. No basta con saber y decir que se quiere la emancipación económica de los trabajadores, el disfrute integral del producto para cada uno, la abolición de las clases y de la esclavitud política, la realización de la plenitud de los derechos humanos y la equivalencia perfecta de los deberes y de los derechos para cada uno, en una palabra: el cumplimiento de la fraternidad humana. Todo esto es sin duda muy hermoso y muy justo, pero si los obreros de la Internacional se limitan a estas grandes verdades, sin profundizar las condiciones, las consecuencias y el espíritu, y si se conforman con repetirlos siempre y siempre como forma general, corren, sí, el riesgo de convertirla rápidamente en palabras hueras y estériles, en fórmulas sin contenido.

Pero dirán, todos los obreros, aunque sean los miembros de la Internacional, no pueden hacerse cuerdos. ¿Y acaso no baste con que se encuentre, en el seno de esta Asociación, un grupo de hombres que poseen, tan completamente como sea posible hoy en día, la ciencia, la filosofía y la política del socialismo, para que la mayoría, el pueblo de la Internacional, obedeciendo con fe a su dirección y a su *mando fraterno* –(al estilo del señor Gambetta, el jacobino-dictador por antonomasia)–, pueda estar seguro de no desviarse de la vía que ha de conducirle a la emancipación definitiva del proletariado?

Éste es un razonamiento que ya hemos oído bastante a menudo, sin que lo confiesen abiertamente –la gente no es ni bas-

tante sincera, ni bastante valiente para ello– pero que desarrollan bajo cuerda, con todo tipo de reticencias más o menos hábiles y de elogios demagógicos dirigidos a la suprema sabiduría y a la omnipotencia del pueblo soberano, mediante el partido autoritario, hoy por hoy triunfante, en la Internacional de Ginebra. Lo hemos combatido siempre con pasión, porque estamos convencidos, y ustedes sin duda también, compañeros, con nosotros, de que en cuanto la Asociación Internacional se divida en dos grupos: uno con la inmensa mayoría y compuesto de miembros que sólo tendrían como única ciencia una fe ciega en la sabiduría teórica y práctica de sus jefes; y otro integrado solamente por unas decenas de individuos-directores, esta institución que ha de emancipar la humanidad, se transformaría de ese modo a sí misma en una suerte de *Estado oligárquico*, el peor de todos los Estados. Más todavía, esta minoría clarividente, sabia y hábil asumiría, con todas las responsabilidades, todos los derechos de un gobierno cuanto más absoluto, que su despotismo se oculta cuidadosamente bajo las apariencias de un respeto obsequioso para la voluntad y para las resoluciones del pueblo soberano, resoluciones siempre inspiradas por él mismo a la presunta voluntad popular. Esta minoría, decimos, obedeciendo a las necesidades y a las condiciones privilegiadas de su posición y sufriendo la suerte de todos los gobiernos, se haría además despótica, malvada y reaccionaria. Es lo que está ocurriendo precisamente hoy por hoy en la Internacional de Ginebra.

La Asociación Internacional sólo podrá convertirse en una herramienta de emancipación para la humanidad cuando se haya emancipado primero a sí misma. Sólo lo será cuando, dejando de estar dividida en dos grupos: la mayoría de los instrumentos ciegos y la minoría de los maquinistas sabios, habrá hecho penetrar en la conciencia y la reflexión de cada uno de sus miembros la ciencia, la filosofía y la política del socialismo.

(Traducción de María Esther Tello y Frank Mintz.)

Bakunin visto por Kropotkin [10]

El viejo Blanqui muchas veces decía que el significado de los acontecimientos no se mide de acuerdo con sus resultados inmediatos sino según sus consecuencias indirectas, que resultan siempre mucho más importantes.

Se aplica exactamente al hablar de Bakunin. Se debe apreciar su papel no en razón de lo que hizo él mismo, sino en razón de la influencia que ejerció sobre los hombres que lo rodeaban, sobre su pensamiento y su acción.

Su herencia intelectual no es grande. *Estatismo y anarquía*, *El desarrollo histórico de la Internacional* [11], *Dios y el Estado* son los tres libros suyos no muy grandes; el resto *El Imperio knuto-germánico*, las *Cartas a un francés sobre la crisis actual*, *La teología política y Mazzini*, *Los Osos de Berna*, etc., son folletos escritos sobre temas de actualidad. E incluso los tres libros, ya citados, tienen un origen idéntico. Bakunin se ponía a redactar un folleto sobre una cuestión del día pero el folleto se convertía en un libro, porque, con su inteligencia profunda de la filosofía de la historia y su amplio conocimiento de los acontecimientos contemporáneos, tenía tanto que decir que las páginas se agregaban unas a otras.

Si recordamos todo lo que él y sus amigos (y sus amigos eran Herzen, Ogaref, Mazzini, Ledru-Rolin y todos los actores más notables del período revolucionario de los años 1840-50 en Europa), habrían debido pensar ante aquellos dramas, aquellas esperanzas, aquellas desilusiones, vividas por ellos; si recordamos todo lo que tuvieron que sentir durante el año 1848, tan lleno de esperanzas, y durante la reacción que siguió, es fácil comprender por qué las ideas, las imágenes, los argumentos, sacados del conocimiento de la vida, bullían en la cabeza de Bakunin y por qué sus enfoques filosóficos e históricos son siempre tan ricamente llenos de hechos y juicios relativos a la actualidad.

Sin embargo es interesante apuntar que cada folleto de Bakunin marca un hito en la historia del pensamiento revolucionario en Europa. Su discurso en el congreso de la “Liga de la Paz y de la Libertad” era un desafío a todos los radicales de Europa. Bakunin declaraba que la era del radicalismo de los

años 1840-50 había terminado y que una nueva fase del pensamiento revolucionario se iniciaba: la era del socialismo obrero. Al lado de la cuestión de la libertad política se planteaba el problema de la independencia económica, que iba en adelante a ser predominante en la historia. Su folleto dirigido a los mazzinistas anunciaba el fin de la conspiración, puramente política y revolucionaria, por la emancipación nacional, y el principio de la revolución socialista. Él anunciaba también el fin, en la historia, de un cristianismo sentimental y socialista, y el comienzo de un realismo ateo y comunista. Su carta a Herzen sobre la Internacional[12] y sobre el realismo de Bazarof tenía la misma significación para Rusia.

Los *Osos de Berna* son una despedida al democratismo burgués suizo; las *Cartas a un francés*, escritas durante la guerra de 1870-71, señalan la muerte del radicalismo de Gambetta y el de una nueva era que pronto iba a inaugurar la Comuna de París, rechazando la idea socialista-estatista de Louis Blanc y proclamando una idea nueva, la del comunismo de los municipios y de las ciudades. La Comuna, alzándose por la defensa de su territorio y empezando en su seno la revolución social, esto aconsejaba Bakunin en estas Cartas, para oponer a la invasión alemana.

El Imperio knuto-germánico, este folleto que los socialdemócratas alemanes tanto aborrecen, es el grito profético de un viejo revolucionario que, ya en ese momento (en 1871), comprendía todo el horror de la reacción que iba a pesar sobre Europa con una duración de 30 a 40 años tras el triunfo del Estado militar de Bismark, y también del socialismo estatalista, cuyo padrino en Alemania fue el mismo Bismarck. Este folleto señalaba al mismo tiempo un cambio brusco, en los países latinos, en dirección del comunismo antiestatalista, del anarquismo.

Por fin, *Estatismo y anarquía*, *El desarrollo histórico de la Internacional* y *Dios y el Estado*, a pesar de la forma de panfletos combativos, puesto que se escribieron con la rabia del momento, contienen, para un lector atento, más pensamiento político y una mejor inteligencia filosófica de la historia que la gran masa de los tratados universitarios y social-estatistas, que ocultan la ausencia de pensamiento, con una dialéctica oscura, confusa, por consiguiente mal reflexionada. En estos libros de

Bakunin no hay recetas ya preparadas. Quienes esperan que un libro resuelva todas las dudas, sin que tengan que pensar por sí mismos, no lo hallarán en Bakunin. Pero si somos capaces de pensar *de modo independiente*, sin seguir a ciegas al autor, considerando el libro como un *material para el pensamiento* –como una conversación inteligente que provoca en nosotros el trabajo intelectual–, entonces las generalizaciones ardientes, ya desordenadas, ya brillantes, de Bakunin serán una ayuda para nuestra educación revolucionaria infinitamente más que todos esos tratados que se escriben para persuadirnos que sólo somos buenos para obedecer y que debemos seguir ciegamente en el pensamiento al autor y en la acción al jefe.

Además, la principal fuerza de Bakunin no radicaba en sus escritos. Estaba en su influencia personal sobre los hombres. Él hizo que Bielinsky se volviera para Rusia el tipo de revolucionario incorruptible, socialista y nihilista, que iba más tarde a encarnar nuestra maravillosa juventud de los años 1870. Él hizo que renaciera: "Eres mi padre espiritual", le escribía el mismo Bielinsky. Y sabemos qué fuerza fue Bielinsky [13] en la evolución de Rusia.

En París, en 1847 (el año en que fue expulsado) y en Alemania en 1848, su influencia sobre los mejores hombres de su tiempo fue enorme. Bernard Shaw cuenta con una forma en parte humorística (*The perfect Wagnerite*) que Wagner representó a Bakunin bajo los rasgos de su Siegfried, que no conoce el miedo y lleva a Brunhaut por su amor. Desde luego, no es a Bakunin en particular al que se representa así, sino al revolucionario en general, lleno de coraje y audacia. Pero no cabe duda que tanto en Wagner como en George Sand, en Herzen y Ogaref, en todo el grupo socialista francés que estaba en aquel entonces en París y en la Joven Alemania, y sobre la Joven Italia, y sobre la Joven Suecia, la influencia de Bakunin fue enorme. "No es posible acercarse a él sin estar contagiado por su ardor revolucionario", decían sus contemporáneos.

Y era aún el mismo hombre cuando, tras su fuga en 1862 de Siberia, volvió a aparecer entre sus amigos en Londres. Herzen, como se sabe, describió su aparición en Londres y con un tono medio burlón la propaganda que Bakunin lanzó entre los eslavos[14]. Es muy posible, e incluso cierto, que Bakunin a me-

nudo colocaba, en los hombres que se le acercaban, más esperanzas de lo que merecían. ¿Pero acaso otro tanto no se podrá decir de Mazzini y de todo revolucionario sincero? Y quizá la potencia mágica que él poseía venía precisamente de que creía en el hombre, en lo que la gran obra que le confiaba iba a despertar en él lo mejor. Y él lo despertaba, en efecto, y la persona, bajo la influencia de Bakunin, dedicaba ya a la revolución lo mejor de sí mismo.

Herzen cuenta con tono de broma cómo Bakunin adoctrinaba a la gente, lanzándola a la acción. ¿Acaso estaba tan equivocado en su apreciación de los hombres? Quienes inspiró en Italia, en Suiza, en Francia: Varlin, Eliseo Reclus, Cafiero, Malatesta, Fanelli (su emisario en España), Guillaume, Schwitzguebel, etc., agrupados enderredor suyo en la célebre Alianza, ¿no eran los mejores hombres de las razas latinas en esa gran época? Me parece que su apreciación de los hombres era, al contrario, sorprendentemente justa. Leamos, por ejemplo, lo que escribía respecto de Nechayef, cuyas vertientes fuertes y débiles supo caracterizar tan atinadamente que no podemos añadir nada[15]. ¿Y quién mejor que él comprendió a Nicolás Utin, ese ídolo de los marxistas de Ginebra?

Una observación más. Lo que es más llamativo y más aleccionador para nosotros es el nivel moral elevado de los hombres que, en Europa occidental, se juntaban con Bakunin. No conocí a Bakunin, pero intimé con la mayor parte de los hombres que lo rodearon en la Internacional y por eso fueron perseguidos de modo tan inexorable por Marx, Engels y Liebknecht. Y puedo afirmar resueltamente, frente a sus enemigos, que cada uno de esos militantes de la Internacional federalista que acabo de nombrar era una personalidad moral de primer orden. La historia, lo sé, confirmará esta apreciación y no dejará, al mismo tiempo, de echar de menos que en el campo de sus adversarios, entre los principales jefes por lo menos, se hallaba inteligencia, pero la base moral distaba mucho de alcanzar la altura y la firmeza que presentaban esos amigos de Bakunin.

En lo que concierne la importancia de la actividad de Bakunin en la Internacional, caractericé el papel de los bakuninistas al hablar de la Federación Jurasiana en mis *Memorias de un revolucionario*[16].

En el momento en que la derrota de Francia, el exterminio de los proletarios franceses después de la Comuna y del triunfo militar del Imperio alemán había inaugurado un período de reacción que dura hasta hoy día, en el momento en que Marx y sus amigos querían, mediante intrigas subterráneas, hacer de la acción de la Internacional obrera, creada por una lucha directa contra el capitalismo, un arma para la agitación parlamentaria en favor de los socialistas aburguesados, los "ex miembros" de la Internacional federalista de antes, inspirados por Bakunin, constituían la única defensa contra la reacción que invadía Europa.

Y a él le debemos, en gran parte, el hecho de que el espíritu revolucionario ha quedado vivo en los países latinos[17], ha encontrado en las masas obreras de estos países una nueva fuerza viva para combatir la brusca evolución de la burguesía antes radical.

Y es en el seno de esas jóvenes fuerzas vivientes, desafiando los riesgos y los peligros, que declaró la guerra al viejo mundo, sin ningún apoyo de parte de los burgueses, en este medio se asentó por fin el comunismo anarquista moderno, con su ideal de igualdad económica y política y su negación audaz de toda explotación del hombre por el hombre.

Tales son los méritos de Bakunin ante la historia.

Pedro Kropotkin, junio de 1905 (traducido del ruso)

Maximov: breve biografía y extractos de textos

Nació el 10 de noviembre de 1893 en el pueblo de Mituchino en la provincia de Smolensk. Sus padres lo enviaron a cursar estudios como seminarista, pero prefirió seguir agronomía en San Petersburgo. Diferentes lecturas, sobre todo de Bakunin y de Kropotkin, lo convirtieron al anarquismo.

"Gregori P. Maximov (Gregori Lapot). Agrónomo, en 1912 hizo propaganda anarquista entre los estudiantes de Petrogrado y entre los campesinos. En 1915, si bien era antimilitarista, aceptó ser movilizado para hacer propaganda en el ejército. Desde los primeros días de la revolución en Petrogrado, participó en

la lucha armada y en la organización de huelga en las fábricas. Luego participó, en tanto que delegado de comité fabril, en la conferencia y en el congreso de sindicatos de fábricas. En 1917 formó parte del periódico *Golos Truda*, órgano de "la unión de propaganda anarcosindicalista de Petrogrado", de *Izvestiaj pochtovo-telegrafnij slusashtij* [Informaciones de los empleados de Correos y Telégrafos], de *Golos Truda* de Moscú y de *Volni Golos Truda*. Fue miembro del "Secretariado anarcosindicalista de toda Rusia" y del "Buró ejecutivo provisional de la conferencia anarcosindicalista". El poder comunista lo detuvo seis veces. Encarcelado en Jarkov en 1919 por oposición a las fuerzas de policía del ejército rojo, lo colocaron entre los condenados a muerte. La intervención del sindicato de los metalúrgicos lo salvó de la ejecución. La última detención fue en Moscú el 8 de marzo de 1921 por actividad anarcosindicalista. Tras diez días y medio de huelga de hambre y de escándalo durante la conferencia de los sindicatos rojos, fue expulsado de la URSS con otros nueve compañeros (a fines de 1921).

Instalado primero en Berlín, donde el movimiento anarcosindicalista alemán era poderoso, fue el redactor de la revista *Rabochi Put* y publicó dos folletos en ruso [a guisa de programa] y [por qué y cómo los bolcheviques deportaron los anarquistas de Rusia]. Tras un breve momento en París, Maximov emigró en 1925 a los Estados Unidos para trabajar como colocador de papel pintado. Allí tuvo también una impresionante actividad de edición en ruso hasta su muerte: las revistas *Golos Trujenika, Delo Truda Probujdenie,* los folletos *Besedi s Bakuninim* (nuestra traducción), *Konstruktivni anarjizm* 1927 [18], *Moe Kredo* [19] 1933; dirigió la edición de artículos consagrados a Kropotkin para el décimo aniversario de su muerte *P. A. Kropotkin i ego uchenie* [Kropotkin y su enseñanza], 1931 y dejó un manuscrito de antología de textos de Bakunin, editado después de su muerte *The political philosofy of Bakunin: scientific anarchism* [20]. Hizo publicar, no obstante, dos libros en inglés *Bolshevism: promess and realities* en 1935 y *The guillotine at work* en 1940. Murió súbitamente en 1953 en plena actividad.

Reseña de The guillotine at work (vol I. The leninist counter-revolución).

Mientras que los intelectuales sedicentes “conscientes” (salvo escasas excepciones como Gide, Orwell, Camus y Octavio Paz) esperaron a Soljenitsin para cerciorarse de la realidad soviética, Maximov presenta treinta años antes el mismo análisis, más profundizado socialmente y, a veces, con las mismas citas sobre la Tcheka.

Maximov no descarta en absoluto los esloganes anarquizantes de Lenin que cautivan a los leninistas de hoy reconvertidos a una seudoautogestión, pero los pone en relación con la práctica del Partido que no los practicó nunca: “los funcionarios, la burocracia serán sustituidos por el poder directo del pueblo [...] podrán ser revocados [...] cobrarán un salario que no superará el salario medio de un obrero cualificado” “Sobre el doble poder”, p. 22), un diálogo entre la base del Partido –¡¡no se habla de los sin partidos!!– y el comité central.

Maximov demuestra que en 1917 el Terror estaba en función: “Todo indica que la actitud dominante de las masas está próxima a la desesperación o en curso de permitir la influencia de los anarquistas que se ve crecer”, Lenin “Carta a los compañeros” (9-1917, p. 57). Dos elementos de estabilización (¡!) están aplicados por Lenin: “El Estado es una institución hecha para ejercer la violencia. [...] Queremos organizar la violencia de acuerdo con los intereses del pueblo” (21-11-1917), “creación de la Tcheka a petición de Lenin” (27-12-1917).

Maximov expone el pensamiento de Lenin, con extractos de “Tareas inmediatas del Poder soviético” (abril de 1918), “La situación externa e interna”: “Los bandidos, los corrompidos, los aventureros que encontremos en el Partido serán fusilados desde ya y en el futuro” (1919).

Maximov presenta igualmente las críticas de la Oposición Obrera[22]. “La misma víspera de lo que fue de hecho una huelga general en Petrogrado (principio de 1921), ni siquiera sabíamos las razones de la misma, si bien teníamos comunistas por todas partes. Sólo sabíamos que se preparaba. ¿Qué significa eso? Eso quiere decir que la clase obrera está separada de los comunistas por un muro impenetrable y que el Partido no está

más informado que los confidentes de la época del zar. […] Un tipo especial de comunista se está formando. Es descarado, materialista y, lo más importante, sabe cómo ser agradable a los superiores, lo que éstos aprecian enormemente. Les importa muy poco que los comunistas tengan influencia sobre los trabajadores. Todo lo que cuenta es que sus superiores estén satisfechos".

Termina la obra Maximov con la nueva clase en el poder: "[tiene] un poder ilimitado sobre la población entera. […] El ejército, la flota, la policía, los tribunales y el monopolio de los crímenes legales, son ejércitos poderosos para reforzar y perpetuar la dominación y los privilegios. Por medio de la escuela y de las universidades, sus rangos están sustituidos por una selección artificial y hereditaria". (p. 326) El autor hace un trabajo cronológico y lo más sistemático posible de la evolución de la represión, de las ejecuciones de las víctimas de la hambruna.

Para 1918, las cifras de la Tcheka dan 245 alzamientos anticomunistas, 8.121 personas ejecutadas, 42.254 encarceladas; para 1919, 99 alzamientos y Maximov estima que hubo entre 23.000 y 25.000 muertos y 45.000 presos; para 1920, 6.872 fusilados (cifra oficial), pero Maximov constata unos "olvidos" y tiende a 30.000; 1921 es un año de hambruna "gracias" a la política de Lenin. El autor estima que 5.200.000 personas perecieron. De 1917 a 1924 (muerte de Lenin) debió de haber unos 200.000 fusilamientos.

El período de Stalin es evidentemente abordado: Maximov estima en unos siete millones de personas el número de presos en los campos en 1933. Páginas interesantes, pero demasiado breves, se dedican a la nueva clase. El capítulo final aborda el futuro de la URSS con extraordinaria lucidez.

"En condiciones de terror, de dependencia material absoluta de cara al Estado (es decir la burocracia), únicamente el miedo dicta la conducta de la gente. […] Los miembros de la familia de un desertor viven en un miedo constante, porque están amenazados por el paredón, la ruina económica, la cárcel o el destierro. […] Todo lleva inevitablemente a la pérdida del sentido moral más elemental sobre el bien y el mal […] Un individualismo carrerista se impone antes de la responsabilidad moral y una actitud responsable en el trabajo para con la propiedad y la opinión colectivas, el hombre en general, el sentido de

la dignidad y el valor de la vida. […] Rusia entera está en la oscuridad de una larga noche ártica. Pero el despertar es inevitable”. (p. 337)

Este libro completa las obras de Volin y Archinov, que testimonian las realizaciones anarquistas, demostrando implacablemente los engranajes del leninismo y dando un análisis anarquista de la URSS.

Notas

1 Es notable que durante el siglo xx no aparecen ningún folleto ni libro de y/o sobre Bakunin en español, francés, italiano o en inglés, con una excepción en Suiza en francés. En ruso, se publicó en folleto en 1905.

2 Seguimos el texto establecido por Fernand Rude en *le Socialisme libertaire,* París, 1973, pp. 158-181, artículos escritos por Bakunin para *L'Égalité,* publicados en agosto de 1869. De las notas técnicas, se ha conservado sólo una. (N. del T.)

3 Miembro suizo antilibertario de la Internacional, colaborador del *L'Égalité* (NDT.)

4 “Subversivo” porque ir a la huelga no basta para superar de golpe la fe en curas y curanderos (N. del T.).

5 Una dictadura como la de Julio César en Roma, a base de pan y circo, o sea cierto aumento del nivel de vida con una racha de diversiones para mantener la explotación social. (N. del T.)

6 Libertades primero, represiones, luego.

7 Véase las Fábulas de Pierre Lachambeaudie, 9ª edición, París, Pagnerre, 1851, pp. 188-189 (Poésies diverses).

8 Extracto de un manuscrito de Bakunin de 1871 y publicado el mismo año en *Almanach du Peuple* para 1872 por James Guillaume, bajo el título de Organización de la Internacional, véase Guillaume *La Internacional (Documents y souvenirs)* París 1985, tercera parte, pp. 164, 257-258; VI, *Protesta de la Alliance*. El texto está sacado del CD Rom de las obras de Bakunin, limitando al máximo las modificaciones estilísticas de Guillaume, para quedar más fiel al texto (N. del T.).

9 Ciencia social: para Bakunin es la sociología portadora de la revolución (N. del T.).

10 El texto aparece bajo el título de “A guisa de prólogo” en un folleto en ruso de 1905 *Sbornik statey M. Bakunina* [Colección de artículos de M. Bakunin], 30 páginas, publicado por *Jleb i Volia* [Pan y Libertad], grupo anarquista ruso en exilio. Los textos de Bakunin son “La política de la Internacional, La organización de la Internacional, La Comuna de París y la noción del Estado, A propósito del congreso de la Haya”. El formato (19/12,5) y la tipografía pequeña facilitaban el envío clandestino, dada la importancia de los eventos en Rusia. (N. del T.)

11 Confusión de Kropotkin, el libro fue escrito por Ross y James Guillaume,

véase *Bakounine œuvres complètes Étatisme et anarchie*, París, 1976, p. xxii. (N. del T.)

[12] Carta del 19 de julio de 1866 cuya parte más famosa es "Ya es tiempo de que yo presente un resumen: la propaganda de ustedes [en Rusia], no cabe duda, ni siquiera se beneficia, en la actualidad, de la décima parte de la influencia que tenía hace cuatro años. Los sonidos de vuestra Kolokol ["campana" en ruso, título de la revista de Herzen] se propagan y se pierden hoy en el desierto y el eco que encuentran es, digamos, casi nulo.... Significa que la Campana tañe en el vacío y que no anuncia lo que hace falta. Les quedan dos salidas: parar o dar otra orientación. Les corresponde decidir. ¿Qué debería ser la orientación?" (N. del T.)

[13] Visarión Bielinsky, crítico literario y publicista ruso de gran talento, que ejerció una influencia decisiva tanto en su generación –la de Bakunin– como en las siguientes. (N. del T.)

[14] "Bakunin creía en la posibilidad de un levantamiento campesino armado en Rusia. Lo creíamos en parte y nosotros –incluso el mismo gobierno lo pensaba– como ocurrió a consecuencia de una serie de medidas, de artículos, de peticiones, de detenciones y de ejecuciones de condenas a muerte. La presión de la inteligencia, el ímpetu del espíritu era incontenible, y nadie preveía en aquel entonces que ello iba a terminar en un violento patriotismo. Bakunin, no insistiendo demasiado en todas las circunstancias posibles, apuntaba a una finalidad lejana y tomaba el segundo mes del embarazo por el noveno. Se dejó arrastrar no por los argumentos, sino por los deseos." Herzen Alexander *Biloe i Dumi* [Pasado y palabras], parte seis, texto ruso en az.lib.ru/g/gercen_a_i/text_ (N. del T.).

[15] "Usted me engañó, y yo, sospechando o presintiendo instintivamente la superchería, me negaba consciente y sistemáticamente a creerlo [...] pero ni este afecto ni este respeto podrían impedirme decirle francamente que su sistema de engaño, que tiende cada vez más a convertirse en su principal, su solo y único sistema, su arma y su método preferido, resulta funesto a la misma causa."

"Sí, estimado amigo, usted no es un materialista como nosotros, los pecadores, sino un idealista, un profeta. [...] por su forma de pensar usted está más cerca [...] de los jesuitas que de nosotros." *Bakounine œuvres complètes relations avec Sergej Nechaev 1870-1872*, París, 1977, pp. 222, 225 (traducido del ruso). (N. del T.)

[16] "El nombre de 'Michel' se repetía sin cesar en sus charlas, no como el nombre de un jefe ausente cuyas opiniones marcarían la ley, sino como el de un amigo personal, del que cada uno hablaba con amor y con un espíritu de camaradería. Lo que me llamaba más la atención era que la influencia de Bakunin venía menos de su superioridad intelectual que de su personalidad moral." París, 1971, p. 295. (N. del T.)

[17] Es evidente que la interpretación parte de un absurdo enfoque antialemán, más visible en Kropotkin que en Bakunin (N. del T.).

[18] Se trata de una crítica de la Plataforma de Archinov y de Makhno, acompañado de un *Programa del sindicalismo revolucionario*. Estos textos se publicaron en inglés en *Constructive Anarchism*, Chicago, 1952.

[19] Escrito en plena crisis mundial, es un texto breve, una muestra: "Creo que la anarquía y el comunismo no son posibles sino a escala internacional, y

no creo en la anarquía y en el comunismo en un solo país. Así considero indispensable unir al proletariado en una *unión internacional de productores*. Pienso que es únicamente por la acción solidaria internacional del proletariado como la sociedad burguesa y el Estado podrían ser destruidos. *Sólo una unión internacional de obreros productores puede cambiar la sociedad capitalista en decadencia*. Por eso soy internacionalista. Para mí la pertenencia a la clase es importante, y no la nacionalidad, y respeto, además, la personalidad colectiva. La vía y el método que pueden eliminar el capitalismo y organizar el comunismo son la toma en mano de la producción por las uniones de los trabajadores productores. Por eso soy *sindicalista*".

[20] Esta obra fue adaptada en francés: *Théorie générale de la révolution (Textes assemblés et annotés par Etiene Lesourd, d'après G. P. Maximov*) Les nuits rouges, 2001.

[21] Sandays Cienfuegos Press, 1979, 377 págs.

[22] Era un folleto de Miasnikov, *Material de discusión*, noviembre de 1921, sacado a 500 ejemplares para los miembros de la cúpula del Partido, pp. 267, 269.

Bibliografía

Bakounine, *Oeuvres complètes* CD-Rom Amsterdam: Edita, 2000; ISBN 90-6984-303-X.

Bakounine, *Confession (1857)* Paris, éditions Rieder, 1932, 335 pp. /notas de Nettlau Max y traducción del ruso de Paulette Brupbacher, introducción de Fritz Burpbacher/. Hay edición en español: Barcelona, editorial Labor, 1976, 220 pp.

Bakounine, *De la guerre à la Commune* París, Anthropos, 1972, 613 pp. / textos de 1870-1871 restablecidos de acuerdo con los manuscritos originales y presentados por Fernand Rude.

Bakunin, *Estatismo y anarquía*, Buenos Aires, Anarres, Col. Utopía Libertaria, 2004, 231 pp.

Bakunin, *Estatismo y anarquía,* Madrid, La Piqueta, 1986, 342 pp. *Obras completas,* tomo 5, prefacio de Sam Dolgoff, Prólogo de Max Nettlau, *Estatismo y anarquía,* Apéndice A, Apéndice B, Adónde ir y qué hacer, Postscriptum de Max Nettlau, índice de nombres.

Bakunin, *El sistema del anarquismo,* Buenos Aires, Proyección, 1973, 167 pp. Selección de textos de G. P. Maximoff, una parte de su antología *The Political Philosophy of Bakunin-Scientific Anarchism,* 1953.

Bakounine, *Théorie générale de la révolution* París, Nuit Rouge, 2001, 383 pp. /adaptación de Étienne Lesourd de la antología de Maximov *The Political Philosophy of Bakunin-Scientific Anarchism,* 1953.

Grawitz, Madeleine *Bakounine (biographie),* París, Calmann-Lévy, 2000, 630 pp.

Guérin, Daniel *Ni Dieu ni Maître,* París, Maspero, tomo 1, 227 pp.

Kaminsky H.-E., *Bakounine (la vie d'un révolutionnaire),* París, Aubier, 1938, 360 pp.

Lehning, *Michel Bakounine et les autres,* París, 10/18, 1976, 434 pp.

Leval Gaston, *La pensée constructive de Bakounine*, París, Spartacus, 1976, 272 pp.

Mehring Franz, *Karl Marx (histoire de sa vie)*, París, éditions sociales, 1983, 600 pp. Hay edición en español: Madrid, Editorial Cenit, 1932, 580 pp.

Nettlau Max, *Michael Bakunin. Eine Biographie*, tomo I, se trata de un documento escrito a mano y reproducido en 50 ejemplares repartidos en las principales bibliotecas de Europa, que reproduce numerosos documentos en la lengua original.

Poliansky Fedor Iakovlevitch, *Kritika ekonomicheskikh torii anarkhizma* [Crítica de las teorías económicas del anarquismo] Moscú, izdaltestvo moskovskogo universiteta, 1976, 301 pp.

Porges, *Bakounine*, París, Portes de France, 1946.

Ribeil, *Socialisme autoritaire ou libertaire,* París, 10/18, 1975, 447 pp.

Shtyrbul Anatoli, *Anarjiskoe dvijenie v Sibiri v 1 cherverti XX veka (antigosudarstvenni bunt i negosudarstvennaya samoorganizatsia trudiashtijsia: teoria i praktika)* [El movimiento anarquista en Siberia en los primeros 20 años del siglo xx, insurrección antiestatal y autoorganización no estatal de

trabajadores: teoría y práctica], Omsk, Omskii Gosudarstvenni Pedagoguitheskii Universitet, 1996, tomo 1: 1900-1918, 205 pp.

Otras obras importantes sobre Bakunin

Hay una inflación de libros en varios idiomas entre biografía e interpretaciones que aportan poco, incluso cuando los títulos tienen gancho como *La revanche de Bakounine ou de l'anarchisme à l'autogestion,* de Philippe Oyhamburu (París, éditions Entente, 1975, 334 pp.) –a favor de nuestro autor– y *Bakounine et Marx, ombre et lumière,* de Jacques Duclos (París, Plon, 1974, 479 pp., 24 cm) adaptación de su *Anarchistes d'hier et d'aujourd'hui, comment le gauchisme fait le jeu de la réaction* (París, éditions sociales, 1968, 93 pp.). Estas dos obras confirman la singladura de Duclos, uno de los responsables de las brigadas internacionales y pilar del estalinismo francés.

Existen tres antologías interesantes y muy diferentes: una redactada en la Italia de la posguerra con un fuerte peso de la filosofía, del anticlericalismo y de la crítica a Mazzini, otra de Munoz, muy dinámica, en la Francia del pre 68 y por fin la reciente de Lesourd, que presenta documentos de la juventud de Bakunin y textos dirigidos a obreros.

Por fin, además de las presentaciones, en cada tomo de Bakunin que editaron, de Max Nettlau y Arthur Lehning, que mezclan erudición con comentario ideológico, tenemos cuatro fuentes imprescindibles. Steklov da su visión (que tengo que ahondar) que le valió, bajo Stalin, el gulag donde murió. Confino aporta datos indiscutibles sobre Bakunin y el uso de la violencia, los compañeros italianos reúnen contribuciones valiosas para el centenario de la muerte de Bakunin y por fin René Berthier desentraña las posturas de Bakunin y de Marx sobre las naciones europeas.

Steklov Yuri. *Mijail Aleksandrovich Bakunin Ego zhizn i deyatelnost, 1814-1876,* [Bakunin su vida y su acción 1814-1876] Moscú y Leningrado, 1926-1927, cuatro tomos.

Bakunin Michele, *Libertà e Rivoluzione,* Milán, Istituto editoriale italiano, 1948, 381 pp. / presentación, elección y selección de Carlo Doglio, anarquista militante.

Bakounine, la liberté, París, J. J. Pauvert éditeur, 1965, 325 pp. /10/18,

presentación y notas de François Munoz, ex comunista libertario. Hay ediciones en español: Buenos Aires, Proyección, 1975, 206 pp. y Buenos Aires, AGB, 2005, 211 pp.

Bakounine Michel, *Le sentiment sacré de la révolte*, París, Nuit Rouge, 2004, 263 pp., textos raros y desconocidos, presentados por Étienne Lesourd.

Confino Michael, *Violence dans la violence (le débat Bakounine-Necaev)* París, Maspero, 1973.

Bakunin cent'anni dopo (atti del convegno internazionale di studi bakuniniani), Milán, edizioni antistato, 1977, 469 pp.

Berthier René, *Bakounine politique, révolution et contre révolution en Europe centrale,* París, éditions du Monde Libertaire, 1991, 237 pp.

Índice

Textos inéditos en español